

BOLETÍN
DEL
MUSEO PROVINCIAL
DE
BELLAS ARTES

Número dedicado a la
EXPOSICION DE GOYA
y a su organizador
D. Hilarión Gimeno y Fernández - Vizarra

Año XV	Zaragoza, Diciembre de 1931.	Núm. 14.
--------	------------------------------	----------

**Acto inaugural de la Exposición de obras
de Goya, en Zaragoza.**

La Exposición de obras de Goya, instalada en el Museo Provincial, fué brillantemente inaugurada en una sesión extraordinaria de la Academia de Bellas Artes de San Luis, que se celebró con inusitada solemnidad el día 17 de abril de 1928.

El artístico y alegre patio del Palacio de Museos ofrecía a las once de la mañana brillante golpe de vista. Numeroso y distinguido público, en el que predominaban personalidades destacadas en las Letras y en el Arte, así como señoras y señoritas de la buena sociedad zaragozana, autoridades y corporaciones oficiales, agrupábanse bajo las naves y en los jardines del patio que presiden la efígie de Moret, bienhechor de Zaragoza, y la bella fuente de cerámica mudéjar que hay en el centro.

Minutos después de las once, suenan los timbales y clarines de la Corporación municipal y organizase lucida comitiva que, subiendo por la suntuosa escalera principal, desfila por las galerías hasta llegar al salón de actos de la Academia.

Abren marcha varios números de la Guardia municipal con uniforme de gran gala. Siguen los maceros del Ayuntamiento y la Diputación provincial; representaciones de entidades y organismos oficiales, en dos filas; Académicos, Concejales y Diputados; y presidiendo la comitiva, las autoridades; en el centro, el Sr. Director general de Bellas Artes, y a sus lados, el Alcalde, el Gobernador civil, el Capitán general, el Presidente de la Audiencia, el de la Diputación y el de la Academia de Bellas Artes de San Luis.

El salón queda rápidamente ocupado por la concurrencia. En el estrado presidencial tomaron asiento el Excmo. señor Conde de las Infantas, como Director general de Bellas Artes y en representación del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública; el Excmo. Sr. D. Miguel Allué Salvador, Alcalde de la ciudad; el Excmo. Sr. D. Juan Cantón-Salazar, Gobernador civil; el Excmo. Sr. D. José Porales Vallejo, Capitán general; Ilmo. Sr. D. Miguel Hernández, Presidente de la Audiencia; Ilmo. Sr. D. Antonio Lasierra, Presidente de la Diputación; Ilmo. Sr. D. Julio Díaz Sala, Fiscal de S. M.; M. I. Sr. D. Carlos Albás, canónigo, en representación del señor Arzobispo, y el Excmo. Sr. D. Mariano de Pano, Presidente de la Academia de Bellas Artes de San Luis, que, juntamente con los señores Académicos, hizo los honores de la casa galantemente.

A ambos lados de la mesa presidencial ocuparon asientos preferentes, en el estrado, las representaciones de las Corporaciones oficiales y demás entidades. Académicos de la de Bellas Artes de Zaragoza, además del Sr. Pano, ya citado, y de los Sres. Allué Salvador y Lasierra, que según se ha dicho asistían como Alcalde y Presidente de la Diputación, respectivamente, vimos a los Sres. Jimeno (D. Hilarión), Azara (D. Luis Gonzaga), de la Figuera (D. Luis), Colomina, Bardaviu, Albareda, Pallarés y Abizanda. Asimismo vimos al Académico de honor y mérito D. Ignacio Zuloaga, y a los Correspondientes Sres. García Arista y Cativiela. En representación de la Junta local del Centenario de Goya asistió D. Manuel Giménez Catalán.

El salón se hallaba rebosante de un público selecto, en el que se destacaban distinguidas señoras y señoritas.

Abierta la sesión por el Sr. Conde de las Infantas, fué concedida la palabra al Sr. Presidente de la Academia.

D. Mariano de Pano, Presidente de la Academia.

Agradece al Sr. Director general de Bellas Artes la deferencia de haber venido a Zaragoza, para presidir, en nombre del Gobierno, y especialmente del Ministro de Instrucción Pública, este acto solemnisimo dedicado a enaltecer y honrar la memoria de D. Francisco de Goya.

Recuerda que en el Museo se guarda, como una reliquia, la carta autógrafa del pintor de Puendetodos, en que, dando muestras de una gran modestia y de una sincera religiosidad, encomienda a su amigo Zapater, que le busque casa en Zaragoza, y que no se preocupe mucho de las comodidades, pues con una mesa, unas sillas, una cama y una estampa de la Virgen del Pilar..., tiene bastante.

Termina dirigiendo un atento saludo a todos los presentes en nombre de la Academia que preside, y pidiendo a la Excelsa Patrona de Aragón que derrame sus bendiciones sobre el Gobierno de S. M. y singularmente sobre el Excmo. Sr. Director general de Bellas Artes.

(El Sr. Pano fué calurosamente aplaudido).

D. Miguel Allué Salvador, Alcalde de Zaragoza.

A continuación se levantó a hablar el Alcalde de Zaragoza, Excmo. Sr. D. Miguel Allué Salvador, que pronunció las siguientes palabras:

Celebramos hoy el acto inaugural de una Exposición de Arte que nadie dejará de considerar como el acontecimiento más importante del Centenario de Goya en Zaragoza. Y claro es que no podía faltar en este acto solemnisimo la representación de nuestra Inmortal Ciudad que, por boca de su Alcalde, exterioriza en estos momentos la satisfacción que experimenta y el gran honor que recibe.

Esta satisfacción y este honor se acrecientan al considerar la presencia entre nosotros, en el día de hoy, del Excelentísimo Sr. Director general de Bellas Artes, mi querido amigo el Sr. Conde de las Infantas, que no es un burócrata más en el Ministerio de Instrucción pública, sino el prócer ilustre, independiente y cultísimo, que ha puesto toda su cultura al servicio de la Patria.

Bienvenido seáis a Zaragoza, y bien venida con vos la ciudad de Granada que os vió nacer, para la cual tenemos los aragoneses un hondo sentimiento de simpatía y de gra-

titud, allá en el fondo de nuestro corazón, al recordar que ella es la celosa guardadora de los restos de aquel gran rey de Aragón, forjador de la unidad nacional, que se llamó D. Fernando el Católico.

En nombre de la ciudad felicito a esta docta Academia, especialmente a su dignísimo presidente D. Mariano de Pano, y al ilustre académico, alma de este Certamen, D. Hilarión Gimeno, por el acierto que supone el haber organizado esta Exposición de obras de Goya en Zaragoza. Indudablemente ella ha de ejercer una influencia muy saludable en la educación de las masas populares, ya que Goya fué ante todo, en el templo, en el palacio y en todas partes, el pintor soberano del pueblo.

Por eso, Zaragoza, engalanada hoy con el magno acontecimiento de esta magnífica Exposición, realiza un acto de justicia para con el más grande artista del pincel que han conocido los tiempos modernos, y paga con nobleza la deuda de gratitud debida al insigne artista que tanto enaltecíó con sus obras a nuestra tierra y a España.

(Al terminar su discurso, el Sr. Allué Salvador oyó una larga ovación).

D. Hilarión Gimeno.

Seguidamente, el académico Sr. Gimeno dió lectura al trabajo que publicamos por separado, en este mismo número de nuestro Boletín.

El Conde de las Infantas, Director general de Bellas Artes.

Sus primeras palabras fueron para agradecer el saludo del presidente de la Academia Sr. Pano, y el cariñoso recuerdo dedicado a su ciudad natal por el Alcalde de Zaragoza Sr. Allué Salvador.

Elogia la labor de la Academia de Bellas Artes de San Luis, al organizar esta interesantísima Exposición, que en ningún sitio podría celebrarse más adecuadamente que en la capital de Aragón, ya que Goya, precisamente por su condición de aragonés, fué el pintor más español entre todos los pintores españoles. El Justicia de Aragón murió por defender los Fueros. Goya supo también defender los fueros del Arte.

Tal vez — dice — la obra de Goya no ha sido debida-

mente comprendida en todos sus aspectos. Pero sus cuadros guardados en los Museos, son como los granos de trigo guardados en los graneros, que no fructifican sino cuando son sembrados en los campos. Así las obras de Goya darán ópimos frutos en la Historia del Arte, cuando sean totalmente comprendidas y acertadamente imitadas por los artistas. En este sentido, es de justicia señalar la obra del pintor D. Ignacio Zuloaga, a quien debemos considerar como el más caracterizado continuador de la obra de Goya.

(El público tributa una gran ovación al Sr. Zuloaga, presente en la sesión).

Sea la vida de Goya, modelo de trabajadores, estímulo y aliento para que cada uno de nosotros, desde nuestro puesto respectivo, trabajemos por la gloria de Aragón, que es la gloria de España.

(El Sr. Conde de las Infantas fué muy aplaudido).

Inauguración de la Exposición.

Puestos en pie todos los presentes, el Excmo. Sr. Director general de Bellas Artes, pronunció las palabras de ritual:

"En nombre de S. M. el Rey (q. D. g.) declaro oficialmente inaugurada la Exposición de obras de Goya, organizada por la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza."

El Secretario accidental de la Academia Sr. Abizanda lee los documentos relativos al concurso para la medalla conmemorativa del Centenario de Goya.

Y pasan a recoger los pergaminos y los cheques del premio los escultores valencianos Sres. Rubio Rosell y Giner Canet.

El público les tributa una gran ovación.

El Sr. Conde de las Infantas les felicita cordialmente.

Y se da por terminada la sesión.

DISCURSO

leído por

D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra

en la solemne sesión que la

Academia de Bellas Artes de San Luis

celebró pa a conmemorar el Centenario de la muerte del excelso
pintor zaragozano

D. Francisco de Goya y Lucientes

el día 17 de Abril de 1928.

EXCMO. SR.:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Motivos que se relacionan con la misión artística encomendada a nuestra Academia, nos aconsejaron un día celebrar en el presente curso, de una manera inusitada, la sesión que ahora nos congrega; porque teniendo todos presente la fecha que memora, el fallecimiento del insigne maestro, que vino al mundo en tierra aragonesa para honor y gloria de la Patria, todos queremos recordar sus merecimientos, y es unánime el deseo, al rendirle el homenaje debido, de mostrar la gratitud de que le somos deudores, por el renombre que han logrado y que logran España y Aragón, merced a la virtuosidad de sus obras.

Pensando ahora así nuestra Corporación, no hace otra cosa que continuar una labor ya histórica de acatamiento y admiración hacia el artista insuperable, porque considerándole mientras vivió como su miembro más valioso y principal, supo después, no sólo enaltecer su nombre, sino defenderlo cuando en tierras extrañas se desfiguraban los hechos de su gloriosa historia.

Desgraciadamente existen en la vida de Goya periodos oscuros que la investigación histórica no ha llegado todavía a esclarecer; y lo que se ignora, se pretende suplir con lo que la leyenda supo forjar allende el Pirineo, para salpimentar la bio-

grafía del artista, invadiendo casi siempre terrenos que nada tienen que ver con el arte; y a pesar del tiempo transcurrido aún corren de boca en boca y se transcriben de libro en libro versiones que carecen por completo de fundamento, aunque sobran voceros que las propagan y defienden.

Si ocupando esta tribuna, merced a vuestras decisiones, consiguiera yo demostrar lo apuntado, y lograrse que ciertos hechos de la vida de Goya tuviesen explicación natural y sencilla, sin necesidad de recurrir a lo que la imaginación peor intencionada supo inventar, con desdoro de su gloriosa existencia, quizá mereciese el perdón que, de antemano, solicito por mi atrevimiento, al aceptar la misión que todavía ignoro si he sabido cumplir, a pesar de que para desempeñarla he puesto de mi parte el mejor de los deseos.

I

Fué nuestra Academia obra póstuma del Rey Carlos III, según consta en el decreto de su fundación; pero antes que lo-
grasen estado oficial sus enseñanzas, existieron meritisimas escuelas sostenidas por el entusiasmo de eminentes patricios que, con el concurso de artistas inolvidables, fueron los verdaderos iniciadores del florecimiento de las Bellas Artes en Aragón al promediar el siglo XVIII.

Todos mecieron la cuna de nuestro Instituto, prestándole al nacer alientos de vida; y fuera pecado imperdonable olvidar los desvelos y sacrificios que supieron imponerse los Pignatelli, Goicoechea, Zapater, Ramirez, Luzán y tantos otros, hasta conseguir que los poderes públicos reconociesen su patriótica labor, cuando ya comenzaba a ofrecer sazonados frutos, es decir, cuando ya brillaban con luz propia en el mundo del Arte los discípulos de sus primitivos estudios, D. Francisco Bayeu y D. Francisco de Goya.

De todos conserva la Academia memorias que avaloran sus Anales; pero limitando nuestras referencias a los que se relacionan con el tema que intentamos desarrollar, anotaremos algo que interesa a todos saber, siquiera para que los recién venidos no puedan tacharnos de ociosos o de ingratos.

Tan pronto como quedó definitivamente constituida en Zaragoza la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, fué nombrado, por aclamación, individuo suyo de honor y mérito Francisco Goya y Lucientes; y sus relaciones con nuestra corporación, puestas de manifiesto constantemente por su inolvidable fundador D. Juan Martín de Goicoechea, evidenciaron siempre el interés que a Goya le inspiraban las escuelas de di-

bujo y colorido creadas entonces para la enseñanza artística de la juventud; y a ellas dedicó, como modelos, valiosos dibujos y grabados originales, que, con dos copias del *Esopo* y el *Menipo* de Velázquez, enriquecían antaño el Museo de la Academia. En sus sesiones, se enteraba ésta con regocijo de las cartas que escribía a su entrañable amigo D. Martín Zapater; y alguna vez hubo que utilizar su influencia para conseguir lo que la Corporación había solicitado del Monarca o de sus Ministros. Por eso, cuando, sin previo aviso, llegaba a Zaragoza para pasar, entre sus íntimos, periodos de descanso, nunca dejó de visitar las escuelas que le recordaban su niñez, estimulando a profesores y a discípulos con geniales observaciones y cariñosos consejos.

Goicoechea y Zapater fueron de por vida sus consejeros y protectores, hasta el extremo de que cuando Goya dejaba la Corte, en el punto de llegada encontraba siempre la recomendación de sus *Martines*, como él decía, que se anticipaban a satisfacer lo que pudiera necesitar.

Por desdicha, el régimen político que imperaba en España el año 1928, consideró que también podía ser delito el elogio público de los muertos; y nuestra Corporación tuvo que limitarse a ocultar en sus actas el profundo pesar que experimentó al saber que el 16 de abril de aquel año había fallecido en Burdeos *Francisco de Goya y Lucientes*.

Y después, sólo al inaugurar sus tareas anuales y al reparar los premios que habían merecido los alumnos más aventajados, se aprovechaban las ocasiones para rendir a la memoria del pintor aragonés las debidas alabanzas.

Entre la documentación conservada en nuestro archivo, interesa citar, por lo que comprueba, el informe elevado en 1837 al Gobierno de S. M., suplicando que no se incluyese entre los bienes nacionales puestos a la venta, con otros monumentos de la región, la Cartuja de Aula-Dei, situada en las proximidades de Zaragoza, entre otras razones, se decía, *para conservar las pinturas murales que decoran su Iglesia, debidas al pincel de D. Francisco de Goya*.

Más tarde, en 1868, para desvanecer los errores en que habían incurrido, entre otros escritores franceses, Matherón e Iriarte, publicó nuestro benemérito compañero D. Francisco Zapater y Gómez sus noticias biográficas, dando a conocer, en interesantísimo extracto, la colección de cartas que conservaba de Goya, dirigidas a su protector y amigo D. Martín Zapater y Clavería, obra que llamó con justicia la atención del mundo artístico y que ha sido y será siempre base fundamental de cuanto se pueda escribir referente al pintor aragonés.

Ampliando el trabajo de Zapater con nuevas investigaciones, apareció en 1887, dedicado a nuestra Academia, el estudio del

Excmo. Sr. Conde de la Viñaza, titulado: *Goya: su tiempo, su vida y sus obras*; y tan preciado trabajo, citado siempre con elogio, excitó entre los españoles el deseo de completar el conocimiento que se tenía hasta entonces del biografiado en sus diversas manifestaciones. Zapater y la Viñaza, los dos ilustres académicos de la de San Luis, fueron en España los iniciadores de una bibliografía, hoy copiosa, que estudia la representación altísima que en el día se otorga al insigne maestro en los dominios del Arte.

Entonces debió ser cuando la Real Sociedad de Amigos del País y la Academia intentaron trasladar a Zaragoza los restos de Goya, sepultados en la capital girondina, para que descansasen bajo las bóvedas de nuestra Santa Capilla. Según apuntes que hemos tenido presentes, se consiguió para ello el permiso necesario de la familia, representada a la sazón por los Marqueses del Espinar; pero como para la realización del pensamiento debía preceder una negociación diplomática, sin duda no estimó el Gobierno que procedía iniciarla entonces, y cuando, años después, se llevó a efecto, fué para que Madrid se adteñase de tan preciadas reliquias.

Tan pronto como la Academia dispuso de local apropiado, fué su primer acuerdo mostrar públicamente su admiración a Goya; y en lugar preferente de este salón donde celebra sus sesiones, puede verse desde el año 1909 la primera lápida dedicada en Zaragoza a enaltecer su memoria.

Por abril de 1916, el ilustre pintor D. Ignacio Zuloaga quiso demostrar, en tierra aragonesa, sus fervores y entusiasmos por el genio de Goya; y al conocer la Academia los fines nobilísimos que perseguía puso a su disposición el salón del Museo que quiso elegir, para exponer la magnífica colección de sus cuadros que todos seguramente recordáis. Zaragoza entera visitó aquella exposición inolvidable; y lo que en ella se recaudó, con lo que aportaron su iniciador y sus amigos y admiradores, el Sr. Zuloaga adquirió y restauró en Fuendetodos, la humilde casa natal de Goya, construyó junto a ella una escuela de niños y elevó en la plaza principal un bloque de granito que se corona con el busto en bronce del pintor de las majas. Y porque redunda en su honor, recordaré que nuestro llorado compañero D. Dionisio Lasuén esculpió y regaló la lápida de mármol colocada en la casa de Goya durante aquellas solemnidades.

Agradeciendo la Academia las generosas iniciativas del señor Zuloaga, le hizo saber oficialmente que, aun contándole entre sus individuos más ilustres, siempre quedaba obligada a su patriótico comportamiento.

En dos ocasiones distintas contribuyó, como pudo, la Academia a propagar el nombre de Goya.

Ocupando la Dirección de Bellas Artes el Excmo. Sr. D. Mariano Benlliure, y por su iniciativa, acordó el Gobierno de Su Majestad celebrar una exposición de arte en la capital francesa, para evidenciar en el extranjero la valía de nuestros artistas contemporáneos, presidiendo a sus trabajos algunas obras poco conocidas del hijo de Fuendetodos. Y, para el caso, estimáronse como las más apropiadas el incomparable retrato del Duque de San Carlos, propiedad de la Junta del Canal Imperial de Aragón, y el hermosísimo que posee el Museo de Valencia, de D. Francisco Bayeu. Cuando supo la Academia, por informes particulares, que accedería gustosa la Junta del Canal a los deseos privadamente manifestados, se hicieron oficiales aquellas gestiones; y asegurado el cuadro en *un millón de pesetas*, vino el director de Bellas Artes *en persona* a encargarse del mismo, poco menos que en tren especial; y después de depositado y expuesto durante dos o tres días en el Museo del Prado, se envió a París. Allí fué admirado por el mundo entero; no hubo revista de arte que no lo reprodujese con las mayores alabanzas; y los que aquí pasaron el tiempo augurando que no lo volveríamos a ver entre nosotros, tuvieron la satisfacción de verlo de nuevo en Zaragoza, después de haber enaltecido con su presencia el arte español fuera de España.

Y aún nos queda por recordar que una obra genial de nuestro Museo presidió con aplauso unánime la exposición de aguas fuertes celebrada en Madrid, conmemorando la última edición de *La Tauromaquia*, llevada a cabo por su Circulo de Bellas Artes.

Perdonad si he utilizado las ejecutorias de la Academia que he podido reunir, como prólogo de mi trabajo, en el cual entro ya, sin más preliminares.

II

Dónde vivió Goya.

Leyendo con alguna atención la partida de bautismo de Goya, que se guarda en Fuendetodos, advierte el menos avisado que su nacimiento en dicho pueblo debió de ser casual, ya que en aquella se dice que los padres habitaban en la parroquia; *pero haciendo constar que eran vecinos de Zaragoza* (1).

Incitados por estas comprobaciones, tratamos de averiguar si en Fuendetodos estaban también registrados el matrimonio de

(1) Y como "cesaraugustano" firmó Goya en 1817 el cuadro que representa a Santas Justa y Rufina y que está en la catedral de Sevilla.

los cónyuges y el nacimiento de los hermanos del pintor insigne; y por el bondadoso párroco D. Juan Martín, supimos que en los libros de su parroquia existen únicamente las partidas de nacimiento de la madre: Engracia o Gracia Lucientes y Salvador; y las de sus hermanos: María, Francisca, Miguel y Juan; advirtiéndonos, el mismo párroco, que en Zaragoza había que buscar la documentación referente al padre y a la mayoría de los hijos del matrimonio.

La investigación así emprendida fué laboriosa y pródiga en decepciones. Sólo después de larga peregrinación logramos saber que, en la parroquia de San Miguel de los Navarros y a 21 de mayo de 1736, contrajeron matrimonial enlace *José Goya*, mancebo, de oficio dorador, natural de Zaragoza, hijo de *Pedro* y de *Gertrudis Acuña*; y *Gracia Lucientes*, mujer moza, natural de Fuendetodos, hija de *Miguel* y de *Gracia Salvador*. Los padres de Goya, pocos meses después, debían ser ya parroquianos de San Gil; porque a 24 de mayo de 1737 aparece bautizada en esta última iglesia su primera hija, con el nombre de Rita. La misma a que alude repetidamente D. Francisco en sus cartas.

Y como, en años sucesivos, fueron bautizados en la propia pila sus hermanos Jacinta Goya (1743) y Mariano Goya (nacido el año 1750) y Camilo (1752), puede desde luego afirmarse que en Zaragoza residiría el matrimonio y sus hijos, aunque parientes de la mujer viviesen en Fuendetodos, explicándose así que por encontrarse ésta temporalmente en su pueblo natal, naciesen en él Francisco Goya Lucientes.

Si esta documentación no fuese bastante para demostrar que parte de la familia del pintor aragonés residió desde antiguo en Zaragoza, todavía podemos argumentar en pro de nuestra tesis extractando los capítulos matrimoniales de *Isabel Lucientes y Salvador* (tía de Goya), casada entre nosotros con *D. Pedro Pablo Mur y Lezaún*, el año 1714, en los cuales da fe, el notario José de Guadalajara, de que el marido era hijo de los ya difuntos D. Martín de Mur y de D.^a Francisca Lezaún, vecinos de Zaragoza, y que la mujer era hija de José Lucientes, hijodalgo, y de María Salvador de Castro, domiciliados también en nuestra ciudad.

Poseemos copia exacta del documento; pero haremos constar sólo que el esposo Pedro Pablo aportó al matrimonio dos casas, situadas en el Coso; y que D.^a Isabel Lucientes, al casarse, recibió de sus padres 800 libras jaquesas (1).

Tomás Goya y Lucientes casó en San Miguel (7 noviembre 1763) con Polonia Elizondo, hija de Juan y de Valera Azlor.

(1) Las casas del Coso a que nos referimos, y en las cuales aparece más tarde domiciliada la familia de Goya, las aportó al matrimonio D. Pe-

Otros datos ciertos proporcionan los documentos a que aludimos: uno de ellos recuerda y comprueba que José Goya era de oficio *dorador*; en otro se titulan infanzones los ascendientes de su mujer; y en la partida de bautismo de Rita, figura, como madrina, *Angela de Goya*, es decir, con el apellido en genitivo, como firmó más tarde el pintor insigne.

Pero, después de casados en la parroquia de San Miguel, ¿dónde vivieron, es decir, en qué casa de Zaragoza, el matrimonio y sus hijos?

A nuestro inolvidable presidente, el Excmo. Sr. D. Mario de la Sala Valdés (q. s. g. h.), corresponde el descubrimiento (1886), que queremos recordar con sus mismas palabras:

José Goya vivía en su casa propia, calle de la Morería, cerrada, número doce moderno, que era treudera, por cien libras de capital, al capítulo eclesiástico de San Gil (libro de treudos de dicho capítulo, señalado con el número nueve de su archivo). En esa casa humilde, vendida por los cónyuges en 1760, y recientemente renovada por el actual propietario, corrió la niñez del que, andando el tiempo, había de ser el más célebre pintor de su época.

Esta casa fué, durante muchos años, propiedad de nuestro convecino D. Bernardo Fitá, y es aún de sus herederos; y con sólo fijarse en el típico aspecto que presenta la contigua que en la calle del Baño lleva el número 10, se puede formar cabal idea de cómo debió ser la vivienda de la familia de Goya en la última mitad del siglo XVIII.

¿Qué poco costaría hoy reedificar la tal casa y conservarla, procurando que una lápida historiase lacónicamente su abolengo!

dro. Pablo Mur, al casarse con Isabel Lucientes, prima hermana de Gracia Lucientes, madre de D. Francisco de Goya.

En las capitulaciones matrimoniales a que nos referimos, se dice:

*Primera*mente trae el dicho Pedro Pablo Mur, en confirmación de su matrimonio ya contraído, con la dicha Isabel Lucientes, su esposa, es de saber. *Primo*, unas casas grandes, que son las de su propia habitación, sitas en dicha parroquia del Señor San Miguel de los Navarros y calle del Coso, que confrontan con otras propias de dicho señor D. Pedro Pablo Mur, que son las abajo puestas y confrontadas; y con casas del Real Convento de Santo Domingo de dicha ciudad.

Item otras casas, que son las arriba expresadas, sitas en la dicha ciudad, parroquia del Señor San Miguel de los Navarros y calle del Coso, que confrontan con las dichas casas mayores arriba puestas y confrontadas, y con casas y horno de la capellania fundada por los ejecutores de Andrés Joquera, que actualmente las posee el licenciado Juan Francisco Salinas, como capellán de ella.

Pero los años transcurrieron, y Goya, en cuanto lo permitió su edad, fué en Zaragoza alumno de la Escuela Pía, según él mismo recordó:

Me he vuelto viejo, con muchas arrugas, que no me conocieras sino por lo romo y por los ojos hundidos; lo que es cierto que voy notando mucho los 41; y tal vez tú te conserves como en la escuela del P. Joaquín, decía, en carta dirigida a su amigo Martín Zapater, el 28 de noviembre de 1788, testimoniando así su educación calasancia.

Tan espontánea manifestación también picó nuestra curiosidad, y quisimos saber si nuestros Padres escolapios conservaban registros donde constase la asistencia de Goya a sus aulas; pero las listas de alumnos más antiguas que guardan en su Archivo son de 1794, y sólo llegamos a averiguar que por los años en que pudo ser Goya su discípulo, figuraban como profesores en aquella Congregación religiosa los Padres *José Espeleta, Cayetano del Ramo y Joaquín Ibáñez de Jesús María*, tan afamados por sus virtudes como por sus escritos.

Este último fué, de seguro, maestro de primera enseñanza del pintor insigne y de su entrañable amigo Martín Zapater; y bien merece que dejemos consignado el nombre del que enseñó a los dos a poner la cruz al comienzo de sus escritos y a encomendarse a la Virgen del Pilar en los trances más duros de su vida.

Y... ¡coincidencia singular! La mejor de sus obras religiosas, según la crítica más autorizada, es el cuadro que representa la última comunión de San José de Calasanz, pintado por Goya en Madrid, para la Escuela Pía de San Antonio, el año 1820, es decir, a los 74 años.

Los biógrafos del Santo fundador refieren sus postreros instantes diciendo:

"Siguió celebrando la santa Misa con pena varios días, hasta el primero de agosto de 1648, en que la celebró por última vez con la devoción de siempre, elevada al mayor grado, y con el fervor de un serafín que estaba a punto de remontarse al cielo.

Al otro día, que era domingo, no pudiendo más, asistió al Santo Sacrificio en compañía de los niños, a quienes edificó con la indecible piedad con que recibió la sagrada Comunión. Al fin de la misa, les aconsejó que rezasen una Ave-Maria a su intención, y aquellos niños, impresionados por lo que veían, la rezaron con gran devoción. Después, previendo que ya no volvería a verlos más, les dirigió con los ojos arrasados en lágrimas una

Goya, escolapio.

tierna mirada de despedida, encomendando al Señor sus almas con más fervor que nunca, para que los librase de todo mal; y se retiró conmovido a su aposento". ¡Sublime escena que quedó entre sus hijos y devotos para siempre memorable!

Dijérase que para representarla empleó Goya los pinceles de Velázquez y las tintas del Greco, en momentos de verdadera inspiración, que hizo retoñar en el artista las ideas y los fervores que los hijos del santo aragonés inculcaron un día en su corazón de niño.

Imaginando que pudo ser un zaragozano ilustre el que encargase a Goya tan hermosa producción, solicitamos del R. P. Rector de los Escolapios de Madrid los datos que conservase la Comunidad referentes al asunto, y atentamente contestó a nuestras instancias diciéndonos: "Procuraré enterarme por los libros del Archivo del Colegio de lo que haya sobre el cuadro del insigne Goya. Lo que yo sé es muy poco. Tenga la seguridad de que no olvidaré su encargo, y créame suyo afmo. s. s. y capellán, José Cerdeiría".

Hasta hoy no he recibido noticia alguna sobre el particular; conste así, en prueba de que no es posible correr por los caminos de la investigación.

Hace 48 horas he podido comprobar en *A B C* que lo que el R. P. me prometió en su día, lo ha debido facilitar al distinguido escritor Sr. Veggé y Goldoni, quien, sin duda alguna, merece más que yo tan señalado obsequio.

IV

uzán, maestro de
Goya.

Ni a propios ni a extraños, ni a sus maestros ni a sus amigos, pasaban inadvertidas las disposiciones artísticas del escolapio, puestas de manifiesto a todas horas y sobre toda clase de superficies, en cuanto caían la pluma o el lápiz en sus manos.

Sobre las paredes, en los libros, en el papel, aunque fuese de estraza, copiaba o ideaba las formas más distintas y las figuras más raras; y cuando veía dibujar o pintar al que sabía hacerlo, concentraba su atención en el ejecutante como si quisiera apropiarse lo que creía serle beneficioso.

Ciego de inteligencia fuera su padre si no hubiese procurado estimular tan notorias aptitudes; y como, por su oficio, conocía bien a los profesores de pintura que descollaban a la sazón en Zaragoza, al de mayor renombre encomendó la educación artística de su hijo.

Frente a su vivienda de la calle de la Morería, cercaban unas tapias los jardines de la casa-palacio de los Condes de Fuentes;

y en este casal histórico ocupaba una de las estancias el estudio del pintor D. José Luzán, que desde su juventud, halló los mecenas que podía apetecer en la familia de los Pignatelli. Sus biógrafos nos dicen que estuvo cinco años en Italia, pensionado por tan aristocrática familia; y que, a su regreso, Luzán, después de haber sido discípulo de Mastroleo, siguió mereciendo el afecto de sus favorecedores. Las obras que de él nos quedan demuestran claramente que el profesor de Goya no fué un genio; y con sólo ver las que todavía existen en las Iglesias parroquiales de San Miguel y Santa Cruz y en la del Hospital de Ntra. Sra. de Gracia, se comprende en seguida que, dibujando correctamente, fué un fiel cumplidor de la preceptiva aprendida fuera de España, debiendo ser considerado entre nosotros como un representante más de una época decadente y amanerada. Y, sin embargo, es preciso reconocer en él un mérito que realizó no poco su personalidad.

D. José Luzán y Martínez fué un excelente profesor, de los que enseñan sin imponer criterio alguno a sus discípulos, limitándose a mostrarles las distintas sendas por donde pueden caminar y dejando que las propias inspiraciones se revelen copiando la naturaleza o los modelos de los grandes maestros. Sus enseñanzas sirvieron de base a las establecidas después por la Academia de San Luis; y a él y a cuantos le ayudaron en tan patriótica empresa, debe el arte aragonés sus días de gloria.

Matherón e Iriarte, quienes, más que biografías de Goya, escribieron novelas de gusto francés, en las que el hijo de Fuendetodos fué el objeto de sus imaginaciones, aderezaron sus respectivos trabajos con toda clase de patrañas, y como tales, sin fundamento alguno, creyendo, al obrar así, dar mayor interés a la adolescencia y juventud del pintor insigne, siendo lo peor que todavía hay quien toma como artículos de fé sus palabras.

Todo para explicar el hecho sencillísimo de que, reconociendo el dorador José Goya las aptitudes de su hijo y viviendo con él en Zaragoza, lo presentase en el estudio de Luzán para adiestrarlo en las artes del diseño. Y es lo cierto que, desde entonces, Ramón Bayéu, José Beratón, Tomás Vallespin, Antonio Martínez y Francisco Goya Lucientes, fueron condiscipulos; para que, andando el tiempo y por la gracia de Dios, el último llegase a ser el primero entre los primeros.

Cuando el peso de los laureles y de los años rendían su naturaleza octogenaria, recibió Goya una comunicación oficial pidiéndole datos que condensasen su carrera artística en el primer catálogo del Museo del Rey Nuestro Señor, que se formaba entonces (1827); y contestó en forma que no pudo ser más suya, diciendo:

Nació en Fuendetodos, reino de Aragón, en 1746; fué nom-

brado pintor de Cámara del Rey en 1780, y después, primero de los mismos. Ahora, jubilado por su avanzada edad. Fué discípulo de D. José Luzán, en Zaragoza, con quien aprendió los principios del dibujo, haciéndole copiar las estampas mejores que tenía; estuvo con él cuatro años y empezó a pintar de su invención hasta que fué a Roma; no habiendo tenido más maestro que sus observaciones en las cosas de los pintores y cuadros célebres de Roma y de España, que es de donde ha sacado más provecho.

Luis Eusebi, a la sazón pintor honorario de Cámara y Conserje del Museo de pinturas del Rey, advirtió en el Catálogo que la nota trascrita le había sido comunicada por el mismo Goya.

Procuremos ampliar esta sencilla autobiografía, que tiene el mérito de recordar al que guió los primeros pasos del famoso artista.

V

El Arte en Zaragoza.

Su aplicación, la independencia de su carácter y el deseo de ampliar los conocimientos adquiridos en Zaragoza; el consejo de sus profesores; el ejemplo de alguno de sus condiscípulos y hasta la esperanza, acariciada por los suyos, de que pudiera ayudarles un día a conllevar su trabajosa vida, decidieron que Goya fuese a la Corte a proseguir la carrera artística comenzada entre nosotros. Sin embargo, la decisión tomada se debía meditar, porque, además de los riesgos que pudiera ofrecer Madrid, para un joven a los catorce años, su manutención y sus estudios suponían gastos que debían calcularse, dados los exiguos recursos de que sus padres disponían; y para hacer frente a tan ineludibles atenciones, no se halló medio más expedito que enajenar la humilde casa de la calle de la Morería. Y hecha la venta, con poco dinero y con algunas recomendaciones, salió Goya para la Corte cuando acababa el año 1760, ganoso de cursar y con firme propósito de aprovechar el tiempo.

Veamos lo que en Zaragoza pudo aprender al lado de sus padres y de sus maestros; y lo que le esperaba en la Corte para saciar los anhelos artísticos que enardecían su alma.

Nuestras catedrales, las parroquias, los monasterios, las corporaciones y los particulares, todavía conservaban las obras maestras del Arte que las edades acumularon en esta ciudad bendita para admiración de todos.

Ni la ignorancia, ni la guerra con sus espantosos vandalismos, habían llegado a tocarlas siquiera; y para orgullo de Aragón, en él seguían como florones de su propia historia. Entre ellas discurrió la juventud de Goya; con los que podían y sabían

apreciar su mérito, se crió y vivió; y por eso, cuando estuvo en sazón su inteligencia, no le faltarian medios de conocerlas y de aquilatar el esfuerzo gigantesco de nuestros primitivos, inspirados por la fe más acendrada, en todas las manifestaciones del Arte; el perfeccionamiento de las formas por la contemplación serena del natural; los efectos no soñados de las luces y de las sombras, creando la perspectiva y el claro-oscuro; y el color con sus variados matices, dando realce y vida a lo representado, todo lo pudo observar Goya en su paulatino desarrollo, mediante la producción rica y variada de tiempos que no eran los suyos. Y si los maestros enseñaban la práctica con el ejemplo, modelos excelentes, pudieron hacer ver a sus discípulos mostrándoles, entre otras, las tablas de Jaime Serra, en el convento del Santo Sepulcro; en el de Santa Catalina, la obra hermosísima de Francisco Ribalta; en el Pilar y el Seminario, las producciones de Ribera "el Españolito"; en la galería del Marqués de Lierta, las que tenía de todas las escuelas, y en la Cartuja Baja, "El entierro de Nuestro Señor", que, sin desdoro, pudo firmar el Ticiano.

El maestro que así podía enseñar sabría bien la casa señorial que poseía el retrato que pintó Velázquez en el estudio de Jusepe Martínez, para que en todas partes fuese admirado su pincel soberano; y a pocos pasos de la casa de Goya haría alto con sus discípulos para contemplar con ellos los últimos resplandores de la pintura netamente española, que irradiaban desde la cúpula de Santo Tomás de Villanueva (actual iglesia de las Escolapias), los frescos todavía brillantes del insigne Claudio Coello.

Y no era esto sólo, pues Zaragoza, que había sido corte de reyes, residencia de Justicias, cuna de historiadores, maestra de ciudadanía y emporio de las Ciencias y de las Letras, era a la sazón Escuela y Museo de las más nobles artes; porque D. Ventura Rodríguez y D. Ramón Pignatelli, dirigiendo las obras de la Santa Basílica y las del Canal Imperial, realizaban el milagro de congregar para sus fines los artistas y obreros más hábiles; y aunque de fuera—dicho sea de paso—llegaban soberanos alientos para que aquéllos no desmayasen en sus empresas, más de una vez se pusieron a prueba los fervores y entusiasmos de los dos insignes patriotas, ante cuya labor admirable se levantaron reiteradamente obstáculos no siempre fáciles de explicar.

En Madrid había ya establecido la Real Academia de San Fernando, con carácter oficial, las enseñanzas de las Bellas Artes, encomendándolas a los profesores más ilustres. La misma Corporación, después de otorgar en público certamen merecida recompensa al zaragozano D. Francisco Bayéu y Subías, acordó

El Arte en Madrid

poner bajo su dirección los estudios de pintura. Con los mismos anhelos que nuestro pintor residían ya en la Corte Ramón Bayeu, José Beratón y Antonio Martínez, discípulos los tres de Luzán; y a Madrid se encaminó su compañero Francisco de Goya, deseoso de ampliar los conocimientos que había podido adquirir entre nosotros.

No era en aquel entonces tan fácil como hoy la educación artística de la juventud, porque las obras que cincuenta años después constituyeron la Galería del Rey y hoy forman parte del Museo del Prado, no eran accesibles a los que podían aprovecharlas, como modelos, en los comienzos de su carrera. Esparcidas y custodiadas en los Sitios reales o reservadas en los palacios de la aristocracia, las que todavía subsistían en ellos, con dificultad el recién llegado de provincias podía estudiar otras que las públicamente expuestas a la devoción en iglesias y monasterios, o las que mostraban los profesores en sus clases respectivas; sumándose a tales causas el estado de postración a que había llegado en España el Arte que en siglos anteriores contribuyó tanto a su grandeza; y el poco aprecio que llegaron a tener sus bellas producciones, hasta el punto de que hoy sonroja leer lo que se pudo escribir comentando aquella época en la que parecía haber perdido su soberana inspiración el genio de la raza.

“Fueron puestas en boga —escribe el Principe de la Paz, en sus Memorias—, las estofas de Lión, y entre ellas invadieron nuestros salones y gabinetes las ricas colgaduras de aquella capital, que medró tanto a expensas nuestras.

La manía de estos nuevos estrados al gusto de la Francia, desterró de los salones el adorno de los cuadros antiguos, donde abundaban tantas obras de nuestros grandes pintores, casi sin aprecio por entonces.

Estos cuadros se descolgaron y pusieron como hacinas en las piezas destinadas a los muebles inútiles. No sabiendo ya, y estorbando estas vejeces, que como tales se les miraban, se hicieron almonedas públicas, donde se vendieron a vil precio. Una de ellas se estableció en el Rastro. Tanta fué la abundancia de los cuadros y tan corto el número de compradores, que las pinturas mismas, históricas y mitológicas, llegaron a venderse contando las cabezas, y estimándolas, grandes con pequeñas, a real de a ocho. Don Juan Pacheco, portugués de nación, paje que fué del Rey Fernando VI, me contó que, comprando de esta suerte, había formado su preciosa galería; y D. Bernardo Iriarte Torreo, del mismo modo la suya, cuyos postreros restos ha comprado

en París con mucha estima S. A. R. el Príncipe de Wurtemberg (1).

Así se explica cómo pudieron nutrir sus colecciones la mayoría de los Museos de Europa, que hasta el último tercio del siglo XIX tuvieron nuevas ocasiones de completarlos al venderse en París galerías tanpreciadas como las de Altamira, Alba, Salamanca y Osuna!

Entonces fué cuando, con recio temple, llegó desde Aragón a la Corte el hijo de Fuendetodos, que había de reponer a la pintura española en su trono de gloria, para que admirada y respetada de nuevo, volviese a imperar en los dominios del Arte. ¡Magna empresa que será siempre florón inmarcesible de la corona de su fama!

VI

Uno de los problemas por resolver en la vida de Goya, sobre todo para los que la estudian lejos de nosotros, es la relativa facilidad con que logró relacionarse en la Corte, cuando en ella las puertas, más o menos doradas, se abrían difícilmente a los que no contaban con otras ejecutorias ni otros bienes que el talento y la inspiración.

Tema es este que se debe abordar con la atención necesaria, pues quizá en su desarrollo aclare hechos al parecer inexplicables en la carrera artística de nuestro biografiado.

No era en tal época la Prensa, como lo es hoy, el vocero que, cuando la ocasión se ofrece, juzga la obra de nuestros artistas y divulga sus méritos. Las gacetas, mercurios y semanarios publicados entonces, dedicaban sus páginas a la literatura, la historia, la poesía o las ciencias; pero la crítica, como no fuera de producciones escénicas, mostrábase en aquéllos muy pocas veces, aquilatando las obras de las artes más bellas. Los merecimientos del artista se propagaban así muy lentamente; era necesario contar al oído sus excelencias, y darse a conocer el recién llegado a la Corte, en tales condiciones, equivalía a tener que vencer obstáculos que aún hoy parecen a muchos insuperables.

¿Quiénes fueron los consejeros de nuestro artista en su tierra y quiénes los que propagaron fuera de ella su nombre hasta hacerlo oír en las residencias reales?

Por creer que en gran parte fué obra de aragoneses, es por lo

(1) Memorias del Príncipe de la Paz. Tomo II, págs. 228 y 29. Samna, 1836.

que intentamos bosquejar el tema, deseando que otros, con nuevos elementos de juicio, lo desarrollen más ampliamente, aunque sólo sea por compensar con sus enseñanzas aquellas amargas frases que un día pudo escribir Goya diciendo:

En cuanto me hablan de Zaragoza y pintura, me quemo vivo!

Dos amigos de veras tuvo Goya entre nosotros con el mismo nombre, pero al primero le llamó siempre *don Martín* y al segundo *Martín mío*, y es claro que nos referimos al ilustre patricio D. Juan Martín de Goicoechea y a D. Martín Zapater y Clavería, admiradores los dos de D. Ramón de Pignatelli.

Bien conocida es de todos, por haberla divulgado no hace mucho nuestra *Económica*, la biografía del primero, y poco nuevo podemos agregar a lo que escribió el Censor benemérito de la Sociedad D. Juan Enrique Iranzo (q. s. g. h.); sin embargo, algo conviene decir rectificando lo que se repite sin fundamento alguno, referente a su parentesco con Goya.

Todos los biógrafos de nuestro pintor han dicho que su hijo Javier contrajo matrimonio con una hija de nuestro Goicoechea, y con sólo advertir que éste murió sin sucesión directa, queda refutada otra de las invenciones que han copiado muchas plumas, por no haber quien consultase el testamento de D. Juan Martín de Goicoechea Ziordia entre los protocolos de D. Nicolás Bernués, ni la partida de su defunción en el libro correspondiente, conservado en las oficinas del Cabildo Metropolitano.

El primero de dichos documentos demuestra que D. Juan Martín de Goicoechea estuvo casado con D.^a María Manuela de Goicoechea y Latassa, hija de D. Lucas y de D.^a Josefa, que al morir era ya viudo, y que aparte algunas mandas a las asociaciones benéficas y religiosas, a sus servidores y deudos, legó toda su fortuna a su sobrino D. Pedro Miguel de Goicoechea, que habitaba con él en su casa, calle de la Caraza, número setenta y cuatro, que hoy lleva su nombre.

Entre sus disposiciones testamentarias advierte que quiere ser enterrado ostentando el manto e insignias de la Orden de Carlos III, en la Santa Basilica del Pilar, usando de la concesión que le hizo el Cabildo el año 1790, después de construir a sus expensas, el año 1786, la capilla del Santo Cristo, que se venera a espaldas del Altar Mayor (1).

(1) José de Ibas, Secretario de la Metropolitana de Zaragoza;

Certifico: Que Goicoechea mandó trabajar, a sus expensas, la capilla o altar del Santo Cristo, que está frente a la Cripta; acordó se le devolviese el derecho de sepultura de su difunta esposa D.^a Manuela Goicoechea, enterrada al frente.

Atendiendo a su especial favor, piedad y devoción.

A 10 de abril de 1794."

La documentación que hemos reunido aclara perfectamente el parentesco del testador con el ilustre D. Félix Latassa, autor de las Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses, explicándose así que tan preciada obra fuese dedicada a aquel insigne patricio.

Protector y amigo entrañable desde la niñez fué para Goya otro zaragozano ilustre, a quien nuestra ciudad relegó al olvido —y al hablar así nos referimos a D. Martín Zapater y Clavería, que con tan justos títulos figura constantemente en la biografía del pintor de Fuendetodos.

Según se puede ver en una de las cartas publicadas de Goya, el cariño entre ambos debió originarse en la niñez para ser de por vida perdurable y sin que se entibiara jamás, pues mientras vivieron, uno y otro se comunicaron sus alegrías y tristezas en una correspondencia copiosa, que en gran parte llegó hasta nosotros merced al cuidado que puso en conservarla el benemérito escritor D. Francisco Zapater y Gómez, vindicador y primer biógrafo en España, de D. Francisco de Goya.

Establecido en Zaragoza y dedicando sus actividades a las operaciones bancarias y al abastecimiento del ejército, gozaba de gran crédito entre nosotros por su honradez y caballerosidad. Como oro en paño guardamos de él uno de los libros donde copió las cartas que dirigía a sus relacionados, y entre ellas destacan, por su interés, las que se refieren a Pignatelli, a Goya, a los Bayeu y a las personalidades de la época que figuraban más entre nosotros.

Soltero de por vida, fué socio fundador de la Económica Aragonesa y de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, y unido a Goicoechea por lazos de la más intensa amistad contribuyó a establecer las primitivas Escuelas, y a sus expensas mantuvo fuera de nosotros a discípulos aventajados de ellas.

Nuestras actas elogiaron más de una vez su desinterés y patriotismo: el Rey le hizo Noble de Aragón, recompensando sus servicios, y al morir (1803) en su casa de la calle del Coso, número 27 moderno, fué enterrado en la parroquial de San Gil, y Zaragoza entera mostró su duelo.

Algo y aun algo hicimos por consultar su testamento entre los protocolos de D. Nicolás Bernués; pero los correspondientes al año de la defunción de Zapater, se encuentran en un estado tan deplorable por acción de la humedad, que no logramos realzar nuestros propósitos.

Goicoechea y Zapater fueron los amigos entrañables de Goya, y los dos y el bondadosísimo fray Félix Salcedo, Prior de la Cartuja de Aula-Dei, merecen ser recordados y enaltecidos al escribir la biografía del glorioso maestro.

Pero, una vez en la Corte, ¿quiénes guiaron sus pasos hasta conducirlo a las residencias reales y aristocráticas?

Recordemos al insigne arquitecto D. Ventura Rodríguez, que dirigió la reedificación de nuestra Santa Basílica; tengamos presente que estuvo casado con D.^a Rita Garro y Cantería, nacida en Zaragoza y nieta del célebre platero D. Lamberto, y no olvidemos que D. Ventura recibió del infante D. Luis de Borbón el encargo de reconstruir sus palacios de Boadilla y de Arenas, después de casarse con la zaragozana D.^a Teresa de Ballabriga, contrariando la voluntad de Carlos III, y con estos antecedentes se llega a comprender la facilidad con que llegó a oídos reales todo lo que era y prometía ser el artista que ya había decorado la Santa Basílica del Pilar y los muros de la Cartuja de Aula-Dei, en las proximidades de Zaragoza.

Goya frecuentó aquellas residencias, y en ellas encontraron cariñosa acogida sus pinceles. En Arenas retrató a los infantes; a sus hijos y a D. Ventura Rodríguez, y en carta dirigida a Zapater, recordaba una de aquellas visitas, diciéndole:

Acabo de llegar de Arenas y muy cansado. Su Alteza me ha hecho mil honores; he hecho su retrato, el de su señora y niño y niña... He salido dos veces a cazar con Su Alteza, y tira muy bien, y la última tarde me dijo, sobre tirar a un conejo: "Este pintamonas aún es más aficionado que yo". He estado un mes continuamente con estos señores, y son unos ángeles. Me han regalado mil duros, y una bata para mi mujer, toda de plata y oro, que vale 30.000 reales, según me dijeron allí los guardarrapas; y han sentido tanto que me haya ido, que no se podían despedir del sentimiento, y haciéndolo a condición que he de volver lo menos todos los años.

La infanta consorte María Teresa Ballabriga y Roxes participaba de las aficiones artísticas de su esposo; y pobre de entendimiento ha de ser quien no comprenda lo que podría hacer en favor de Goya, siendo los dos coterráneos.

Tan ilustre señora vió constantemente amargada su vida por razones de Estado y veleidades de la política, y ya viuda, residió en Zaragoza, ejerciendo el bien y dando su nombre a una casa inolvidable, y entre nosotros murió, cuando habitaba en la calle del Coso, solicitando del Cabildo, en su testamento, ser enterrada bajo la Santa Capilla de la Virgen del Pilar, a la que regaló sus mejores alhajas.

Creo que tan excelentísima señora merece el recuerdo de nuestra Academia, participe también de su munificencia, al recibir, con destino al Museo, dos tablas originales, que hoy obran en poder de la Sociedad Económica Aragonesa:

Sólo hipótesis pueden hacerse para explicar la estancia de Goya en Madrid, como discípulo de la Academia de San Fernando; pero dos sucesos comprobados demuestran que quiso pronto luchar por adquirir renombre. Terminados sus estudios, bajo la dirección de D. Francisco Bayéu, aspiró, con otros compañeros, al premio que se debía conceder al que mejor demostrase sus aptitudes artísticas, según el cartel publicado a principios del año 1765; pero terminados los ejercicios de aquella oposición, todos los concursantes menos uno quedaron defraudados en sus esperanzas, cuando el tribunal decidió otorgar la apetecida recompensa al alumno D. Ramón Bayéu, a pesar de que su hermano dejó de votar, si bien es de suponer que, bajo mano, influyó cuanto pudo en la calificación, seguramente muy comentada.

Otro suceso, ocurrido en el extranjero, debió convencer a nuestro paisano de que no eran los asuntos históricos, impuestos entonces por las Academias, los que debían dar gloria a sus pinceles. Nos referimos al resultado que obtuvo aspirando, sin salir de España, al premio ofrecido por la Academia de Bellas Artes de Parma para recompensar el cuadro que mejor representase a *Aníbal mostrando desde los Alpes a sus huestes vencedoras, las campiñas de Italia*, aunque entonces, el jurado calificador, al concederle el segundo premio, fué el primero en proclamar las excelentes condiciones del concursante, que casi llegaron a contrarrestar los votos que alcanzó el italiano Pablo Borroni (27 de junio de 1771).

¡Pero quién se acuerda hoy de los que en tales condiciones disputaban los laureles a nuestro artista, como no sea para encomiar la manera como luchó hasta conseguir que fuese reconocido y respetado su nombre!

Zaragoza, poco después, le dió ocasión de mostrar que no eran ilusorias sus aspiraciones.

Habían ya pintado, D. Antonio González Velázquez la cúpula elíptica protectora de la Santa Capilla, y D. Joaquín Inza el techo y los muros de su sacristia, cuando Goya fué encargado de decorar la bóveda del Coreto, y desde febrero a mayo de 1772 realizó su obra tan a gusto de todos, que se desistió de someterla a la censura de la Academia de San Fernando, como en principio había acordado la Junta de Obras, la cual pagó a Goya 15.000 reales por su trabajo, ahorrándose 10.000 que pedía de más González Velázquez por ejecutarla.

Y que Zaragoza reconoció entonces los alientos que animaban a nuestro artista, lo comprueba el hecho de que, a continuación y casi sin dar descanso a sus pinceles, en abril quizá de 1772, el R. P. Prior de la Cartuja de Aula-Dei, Fray Félix Salcedo, de gratisima memoria, encargaba a Francisco Goya las pinturas

que aún decoran su Iglesia, aunque desfiguradas por una restauración mal sentida.

No es fácil saber hoy lo que dicha Comunidad pagaría a Goya por esta obra; pero dada su magnitud, mucho mayor que la ejecutada en el Coreto de la Santa Basílica, no es aventurado creer que cobrase su autor por ella, si no más, a lo menos lo mismo que le había abonado el Cabildo por su anterior trabajo.

Y yo no sé si habréis comprendido adónde voy a parar con esta serie de recuerdos.

¿Goya torero?

Goya fué a Italia después de haber pintado la bóveda del Pilar y los muros de la Iglesia de Aula-Dei. ¿No es una patraña indigna seguir afirmando con Iriarte que para realizar tal viaje tuvo que sumarse a una cuadrilla de toreros que salían de Zaragoza con ignorado rumbo? ¿Hasta cuándo va a durar la leyenda de que Goya fué torero, que aún continúa propagándose en biografías y conferencias alterando para ello el texto que pretenden utilizar?

Lo que D. Leandro Fernández de Moratín escribió refiriendo un alarde de su viejo amigo, fué:

Goya dice que él ha torreado en su tiempo, y que con la espada en la mano a nadie teme. Dentro de dos meses va a cumplir 80 años. (Carta de Moratín a Melón en octubre de 1825).

Si haber torreado de joven equivale a ser torero, esperamos que en los Anales de la Tauromaquia figurarán cualquier día, junto a las biografías de Lagartijo o Belmonte, las de D. Marcelino Unceta y D. Ignacio Zuloaga, por haberse expuesto alguna vez a las acometidas de un becerro.

VIII

Se ha dicho, en España con más insistencia que en el extranjero, que Goya se *afrancesó* en los últimos años de su vida; y las pruebas que se han dado para defender semejante acusación carecen, a nuestro modo de ver, de fundamento sólido, como no se pretenda comprobarla tan sólo recordando que vivió fuera de la Patria en las postrimerías de su existencia, y que murió lejos de ella, a los ochenta y dos años de edad.

Hemos procurado estudiar cuanto se ha escrito sobre esta ingrata cuestión; y declaramos que no nos han convencido los argumentos que se aducen en favor de tan disparatado problema, que debemos tratar de resolver los que deseamos que la memoria del Pintor insigne aparezca en todas las fases de su vida, digna de perdurable conmemoración.

Y es claro que el asunto se plantea cuando la intervención

7
Querido Martin mio: Mucho sen-
timiento he tenido, de tu indisposi-
cion y enfermedad. y te digo sobre todas
las cosas q. no trabajes tanto. q. e-
nada. (ya el asunto q. sea) te tom.
disgusto q. te cuides como el primer
objeto. q. a la verdad, si tu e aca-
bas, nada tiene q. te dilaten sus
candidatos y ascensos. y lo se con-
sejan mejor q. acon y descanza
q. lo hicierdes verbi gra. tienes mu-
chos asuntos, y te pide el cuerpo
buen a Madrid lo dize todo y te-
nias a ver cuatro fiestas a lo vez y
comedia

y te riez muy bien a todo y a
ti mas te reueria la satisfaccion y
el sosiego q. el interef. y Dios te
concede siempre asi: pues los
q. tienen mucho. y no te valen de
ello nada tienen.

Pasado mañana
cobrare el fondo y pondre
en el poder de Pizan requi-
eray lo q. te debo y si no donde
quieres pues aun esperare tu
respuesta.

Amigos nada ay de
nuevo y aun ay mas silencio
en mis asuntos con el S.^{ro} Mu.
nino

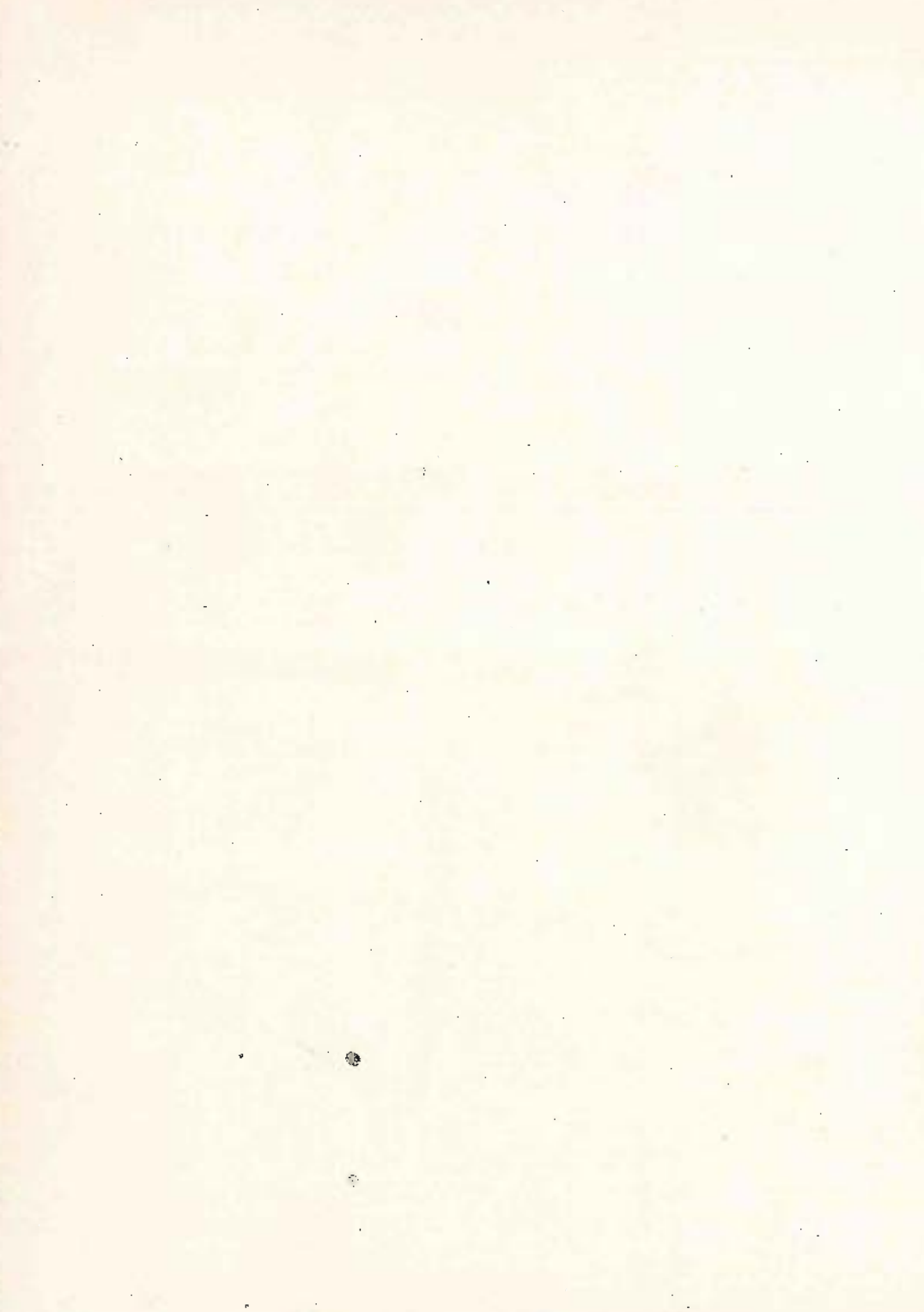
q' antes de aburle echo el
retrato y yo por mi nada le
incomodare pues estoy bien
acomodado de ombres pruden-
tes y me dicen todos q' es me-
jor señal el estar silencioso
y no abur echo demostracion al-
guna con mi gente; lo mas q'
me a dicho despues de aburle
gustado, Goya ya no veremos
mas de espacio. Con y no lo
puedo decir mas. Aqui aca
un tiempo como sabes y na-
se puede salir al campo
Dos Reinos tengo con tanta

on poder d' Albiñon no se
si seran buenos, ni malos
si salen. A Dios, y escribe
mil espre. de la decanacia
y dale a d. Joaquina, y
abodas y nadie te desear
may q. tu benda. Amigo
Juan Poye

Madrid 7 de Enero de 1784.

J. de Martin mis





francesa en nuestra patria se dejó sentir, y después de ponerse en evidencia la incapacidad de nuestros reyes, las osadías de un favorito y las ingratitudes de un príncipe ante las ambiciones de un coloso.

A los pocos días de conocerse en Madrid el acto de abdicación en Aranjuez del rey D. Carlos IV, arrastrado por la ruina de Godoy, que anticipó la exaltación al trono del descastado Fernando VII, recibió D. Francisco de Goya, primer pintor de Cámara y Director honorario de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, una comunicación académica que le encargaba hacer el retrato de cuerpo entero del nuevo monarca, advirtiéndole que debía estar hecho el próximo mes de julio y colocado lo antes posible en su Sala de Juntas; y nuestro D. Francisco, al recibir tan honrosa distinción, contestó en oficio de su puño y letra lo que sigue:

"Tengo la mayor satisfacción en que la Real Academia me elija para el desempeño del retrato que quiere tener del rey nuestro señor; pero no puedo menos de hacer presente a V. S. que no me es posible verificarlo si S. M. no permite hacerlo por el natural, lo que la misma Academia podrá suplicar como lo hizo en igual caso con su augusto padre para que D. Francisco Bayeu desempeñase parecida comisión. Dios guarde, etc. — Francisco de Goya".

Para salvar este inconveniente se dirigió la Academia al excelentísimo Sr. D. Pedro Cevallos, suplicándole que permitiese el Rey hacer su retrato del natural, y en 5 de abril contestaba el Ministro que el Monarca se prestaría a ser retratado por Goya el día siguiente, a las dos y media de la tarde. Los acontecimientos que sobrevinieron un mes después retardaron la terminación de la obra hasta fines de septiembre; y el dos de octubre dirigió el gran pintor a la Academia el oficio siguiente:

"Muy señor mío: Tengo acabado el retrato del Rey Nuestro Señor Don Fernando VII que la Academia ha tenido a bien encargarme, el que estando seco pasará a colocar de mi orden don José Tol, no pudiendo hacerlo yo personalmente a causa de haberme llamado el Excmo. Sr. D. José Palafox para que vaya esta semana a Zaragoza a ver y examinar las ruinas de aquella ciudad, con el fin de pintar las glorias de aquellos naturales, a lo que no me puedo excusar por interesarme tanto en la gloria de mi Patria.

La Real Academia disimulará los defectos que halle en dicho retrato, teniendo en consideración que S. M. me dió sólo tres cuartos de hora en dos sesiones, diciendo que a su vuelta de Burgos me daría el tiempo necesario.

Lo participo a V. S. para que lo ponga en noticia de la Junta próxima, y ruego a Dios guarde su vida muchos años. Madrid,

2 de octubre de 1808. — Francisco de Goya. — Sr. D. José Muñárriz.

El viaje de Goya a Zaragoza en tan críticas circunstancias fué recordado por Alcalde e Ibiaca, en su "Historia de los memorables asedios de nuestra Ciudad", diciendo, en el tomo III, página 51:

"...El general Palafox llamó al célebre aragonés D. Francisco Goya, pintor de Cámara de S. M., que llegó a Zaragoza a últimos de octubre de 1808 y formó, aunque precipitadamente, dos bocetos de las principales ruinas, figurando en uno de ellas el hecho de arrastrar los muchachos, en el choque del 4 de agosto, por la calle del Coso, los cadáveres franceses; y como a últimos de noviembre se aproximaron de nuevo las tropas de Napoleón, no pudo continuar el proyecto y partió al lugar de Fuendetodos, corregimiento de Zaragoza, pueblo de su naturaleza, en el que, para evitar un compromiso, los cubrió con un baño, que después no pudo quitar, y quedó inutilizado aquel trabajo".

¿Qué más podía hacer Goya, sordo como una tapia, a los sesenta y dos años?

Al recibir la Academia el retrato ecuestre de Fernando VII, que aún posee, acordó que su autor señalase sus honorarios, y a tal acuerdo correspondió D. Francisco con la siguiente comunicación:

He recibido el oficio de V. S. con la mayor satisfacción, pues me da el mucho honor con que la Academia me distingue; en continuación espero me dispense el decirle honorarios que debo recibir por el retrato de nuestro Rey Fernando VII, que de su orden he ejecutado. La Academia debe estar muy persuadida de que el gusto de haberla servido es mi mayor recompensa; y que la más leve demostración suya me dejara contento y deseoso como siempre de servirla. Dios, etc. — Francisco de Goya.

La Academia, en vista del rasgo de su Director, determinó en 6 de noviembre que debía recompensarle con 150 doblones y un ejemplar de las Antigüedades de Granada y Córdoba; pero Goya no regresó a Madrid hasta 1809, y el 5 de mayo, al ver que los acuerdos de la Corporación no se habían cumplido, solicitó que le fuese satisfecho lo que la Junta le había prometido, forzado a ello por muchas razones.

En 1814 todavía reclamaba Goya lo que la Academia le debía, haciendo constar que, durante la invasión francesa y después de la salida de las tropas enemigas, no había tenido el exponente obra alguna capaz de ayudarle a subsistir, en términos de que había agotado todos los recursos que tenía en esta larga época

El empuje p.º y q.º de lo q.
 debe, aun y siento sea ya nuevo
 lo sea alguno de los dos q.º yo como
 a ay á Dios y quisiera saber
 muy seguramente a Clemente

en' caso.



Juan L. B.

de seis años. *A no ser por esta escasez —añadía—, excusaría el recurrente recordar a V. E. el acuerdo en 1808; pero no siendo posible dejar de hacerlo, le suplica se sirva abonarle, si no el todo, algún plazo de lo que se le adeuda.* (23 marzo de 1814).

Pero la Academia carecía de fondos para cubrir sus atenciones; y todavía el año 1816 debía a Goya, en su totalidad, el importe del retrato que figuraba en lugar preferente de su salón de sesiones.

En respetuosa comunicación, recordó Goya una vez más el compromiso que con él tenía la Corporación, añadiendo: "*Son notorias las pérdidas que todos hemos tenido en nuestros intereses; y estas circunstancias me ponen en el caso de recordar a la Academia su generoso ofrecimiento, para que, según lo permita el estado de sus fondos, se sirva satisfacerme la dicha cantidad, en la forma y plazos que tenga por conveniente*". Y terminaba diciendo:

"*He llegado a entender que se ha pensado que el retrato del Rey Ntro. Señor quede en la Academia como obra equivalente a la que deben dejar en ella los profesores cuando son admitidos académicos de mérito, creyendo, sin duda, que yo no había cumplido todavía con esta obligación.*

"*Cuando tuve el honor de que la Academia se sirviese admitirme entre sus individuos, la presenté y doné un Cristo, pintado de mi mano, cuyo cuadro se llevaron después los religiosos de San Francisco, por orden del Conde de Floridablanca. Yo no tuve parte ni intervención alguna en esta providencia; y, según noticias, existe en dicho Convento aquella pintura, aunque estropeada. Espero que todo esto lo hará presente V. E. a la Academia; y que resuelva lo que estime más justo:— Dios de Madrid, 14 de octubre de 1816*".

No fué Goya, sin embargo, quien percibió de la Academia lo que ésta acordó pagarle. En el año 1829, muerto ya D. Francisco, su hijo don Javier, después de regalar a dicha Corporación el magnífico autorretrato de su padre, fechado en 1815, percibiendo quinientos reales cada tres meses, llegó a cobrar los dos mil en que quedó transigida la deuda que la Academia contrajo con su Director el año 1808 (1).

Los datos transcritos ponen en evidencia cuál fué la situación de Goya durante la dominación francesa. En período tan difícil, debió pensar únicamente en ganar el pan de cada día como Dios

(1) La documentación que hemos extractado fué publicada por extenso en los Boletines de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, números 51 y 55, por D. Narciso Sentenach, en los años 1919 y 1920.

le dió a entender, viendo agotarse sus ahorros, por no ser aquella época la más propicia para dar que hacer a los pinceles; pero reconociendo siempre como rey y señor a S. M. don Fernando VII:

No obstante, todavía se dice, argumentando en contrario:

Que Goya hizo magníficos retratos del rey intruso; que fué condecorado por él; y que, como adicto al nuevo régimen, se prestó a elegir las pinturas que debían ser enviadas al Museo de Napoleón.

El malogrado escritor don Felipe Pérez González, en su obra titulada "Un cuadro de historia", libro que no tuvo el consuelo de llegar a tener en sus manos, porque murió, llorado de todos, antes de que fuera impreso, dejó bien demostrado cuán infundadas eran dichas acusaciones. El trabajo no es raro ni creemos que sea difícil de adquirir; por eso no extractamos su valiosísima argumentación, limitándonos a añadir por nuestra cuenta que ni en España ni en el extranjero se ha encontrado todavía retrato alguno de José Bonaparte hecho por Goya. En la Exposición histórica y artística del centenario del 2 de mayo, celebrada en Madrid el año 1908, en la que figuraron más de 4.000 objetos relacionados con la guerra de la Independencia, se dejaron ver una miniatura en esmalte, del rey intruso, de 35 milímetros de diámetro y autor desconocido, y el retrato pintado por el Barón de Gerard que posee la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. En otra Exposición celebrada en Barcelona más tarde, figuró un tercero, debido al pincel de José Flaugier, que reprodujo "La lectura", como propiedad de D. J. Fábregas; y terminaremos esta parte, ya larga, de nuestro estudio, haciendo constar que, en aquel tiempo, sólo figuró y fué reconocido como pintor de cámara, el valenciano don Mariano Maella. Y así cada palo aguantará su vela...

VIII

Las mojas y la Inquisición.

Sin embargo, hoy se sabe de modo indubitable, que a pesar de su patriótica conducta durante la dominación francesa, llegaron días de prueba para el insigne maestro, que temió verse procesado, no por sus simpatías por el antiguo régimen, ni como amigo de Godoy, ni como partidario del rey intruso, sino por el grave delito de haber pintado de manera insuperable dos retratos, de una misma mujer, *vestida y desnuda*, como lo habían hecho sin riesgo alguno, en tiempos más tolerantes, Veronés y el Ticiano, Velázquez, Rubéns y tantos otros. Porque es el caso, que, revolviendo papeles viejos en los archivos de la Corte, halló, no hace mucho, don Fernando Iglesias y Figueroa, un le-

gajo de amarillentos folios, que contienen graves sentencias, severas acusaciones y pruebas testificales formuladas por el Tribunal de la Inquisición "contra los autores de unos cuadros de inmoral y execrable asunto".

El inquisidor, doctor Zorrilla y Velasco, se había enterado de que existían las tales obras en el Depósito de bienes confiscados; y ordenó, el 15 de noviembre de 1814, "recoger dichos cuadros, para después proceder con ellos del modo más provechoso para la religión y el rey".

Otras diligencias que obran en el expediente comprueban que entre los cuadros objeto de la denuncia figuraban una copia de la *Vénus dormida*, del Ticiano y las dos majas *despiertas*, de Goya.

El inquisidor fiscal del Santo Oficio, en vista de lo diligenciado, decretó diciendo: "Que debiéndose proceder contra los pintores, según la regla undécima del expurgatorio, y resultando ser don Francisco de Goya el autor de dos de las pinturas que se han recogido, una de ellas que representa una mujer desnuda sobre una cama, con marco de tres pies y medio de alto, y seis y doce pulgadas de ancho, y la otra, una mujer vestida de maja, sobre una cama, es de dictamen que se mande comparecer a este Tribunal a dicho Goya, para que las reconozca y declare si son obra suya, con qué motivo las hizo, por encargo de quién y qué fines se propuso; asimismo reconocerá las demás que se le presentarán, y declarará, según su saber y entender, quién o quiénes son sus autores, con lo demás que comprenda en este particular. Y con arreglo a lo que resulte, pedirá lo que sea de justicia. V. E., sin embargo, acordará lo que sea de su agrado.—Cámara secreta de la Inquisición de Corte, 16 de marzo de 1815.—Doctor Zorrilla de Velasco."

El documento transcrito es el último que figura en el proceso, al cual le debió caer mucha tierra encima, hasta dejar tranquilo al pintor de S. M.

¿Os explicáis ahora por qué Goya permaneció oculto durante tres meses en casa de su ilustre paisano y amigo, don José Duaso y Latre, capellán honorario de Fernando VII?

Años más tarde volvieron a seguirse procedimientos de gobierno que la misma Corona había prometido olvidar; retoñaron, por obra y gracia suya, tribunales y camarillas, que prohibían toda clase de denuncias. Las persecuciones arreciaron cada vez con más saña; y Goya, ante su producción variada, se vio demasiado solo para afrontar las acusaciones que pudieran de nuevo hacersele, porque sus amigos, y hasta sus parientes, habían traspuesto la frontera, por propia voluntad los menos, y a la fuerza los más. Sintió el peso de los años, y creyendo hallar

la tranquilidad que apetecía al otro lado del Pirineo, y pretextando necesitar ciertas aguas medicinales para remediar sus achaques, solicitó del rey una licencia de seis meses, que sin dificultad le fué concedida, cuando ya era *brazo derecho del monarca* el famoso aragonés don Francisco Tadeo Calomarde (30 de mayo de 1824).

El 27 de junio del mismo año escribió desde Burdeos don Leandro Fernández de Moratín a su amigo D. Juan Antonio Melón, diciéndole:

“Llegó, en efecto, Goya, sordo, torpe, débil, sin saber una palabra en francés y sin traer un criado (que nadie más que él lo necesita), y tan contento y deseoso de ver mundo. Aquí estubo tres días; dos de ellos comió con nosotros, en calidad de joven alumno. Le he exhortado a que se vuelva para septiembre y no se enlodanice en París y se deje sorprender del invierno, que acabaría con él. Lleva una carta, para que Arnao vea en dónde acomodarle y tome con él cuantas precauciones se necesitan, que son muchas, y la principal de ellas, a mi entender, que no salga de casa sino en coche; pero no sé si él se prestará a esta condición. Allá veremos si el tal viaje le deja vivo...”

Dejémosle, por ahora, en tan arriesgado viaje.

Duquesa de Alba.

Otro tema nos proponemos comentar aquí, referente a la vida de Goya y a sus relaciones con una dama de aristocrático abolengo.

El asunto, que bosquejó primeramente el escritor francés Carlos Iriarte, ha sido después recordado por varios autores, sin reparar en que con sus insinuaciones y glosas mancillaban la honra de una mujer, sin beneficio alguno para el artista.

Ninguna prueba decisiva aportaron los acusadores. Los que pretendieron demostrar más, se contentaron con repetir que la acusada quiso un día que Goya, en su propio estudio, avivase los arreboles de su cara, saliéndose con la suya, según comunicó el insigne maestro a su entrañable amigo don Martín Zapater; pecado que entonces, como hoy, cometieron muchas, y aun muchos, sin desdoro de su reputación.

Pero como cuando se escribe con fines preconcebidos todo se convierte en argumento, una figura de las aguas fuertes, que aparece con dos caras, sobre el busto de Goya, en actitud amorosa y suplicante, es la mejor demostración; según ellos, de que las relaciones del pintor y la dama aludida llegaron a ser pecaminosas e ilícitas.

Procuremos, sin embargo, plantear el problema con serenidad.

Que Goya retrató repetidas veces a la duquesa de Alba, es cierto.

Que fué admirador constante de la hermosura y gentileza de dicha señora, es verdad.

Que frecuentó su trato y formó parte del cortejo de poetas y artistas, que no olvidaron nunca sus gracias y atrevimientos, puede sin dificultad demostrarse.

Y que Goya la visitó alguna vez en la residencia de Piedrahita cuando aun tenía ojos para ver, aunque los oídos no le servían para oír, no es menos exacto.

Pues esto es todo lo que con certeza se sabe, porque lo demás, que la murmuración lleva y trae, bien pudiera ser pura novela.

Conociendo bien a Goya, y mejor todavía a la duquesa de Alba, pasó gran parte de su vida en Piedrahita, su pueblo natal, el distinguido escritor don José Somoza, amigo íntimo de Quintana, de Arriaza, de Menéndez Valdés, de Cienfuegos y de los hermanos Azara. Los semanarios y revistas de la Corte publicaron sus producciones literarias; y en más de una ocasión se mostró en ellas partidario entusiasta del pintor aragonés y admirador de aquella aristocrática dama, a la cual debió recomendaciones e influencias, que le pusieron a salvo alguna vez, cuando las persecuciones estaban constantemente al desorden del día.

Como dato curioso, diré que, herido de un bayonetazo en la guerra contra Napoleón, cayó prisionero de sus tropas, hasta que logró su libertad gracias al general Hugo, padre del famoso escritor del mismo apellido, a condición de no volver a tomar las armas en la lucha.

La vida de Somoza, lo mismo que sus obras, merecen ser estudiadas, como ejemplares de su época, tan pródiga en lances de todo género.

Y como uno de ellos, narrado perfectamente por él, permanece en el olvido, aspiro a darle publicidad, creyendo que si Goya retrató físicamente a la duquesa de Alba, Somoza fué quien hizo, con pluma inimitable, su retrato moral, en el artículo titulado: "*La duquesa de Alba y fray Basilio*".

Oídlo, que quizá os distraiga más que mis ideas:

"*La duquesa de Alba y fray Basilio*.—La persona de quien hablo es la última heredera de los estados de Alba, María Teresa de Silva, en quien la naturaleza había personificado tan hermosamente la beneficencia; y digo la naturaleza, porque el arte nada había hecho en su favor. No había recibido educación alguna, ni había oído buenos preceptos, ni había leído buenos libros, ni había visto sino malos ejemplos. Mas la naturaleza de este ser era, respecto del bien, lo que la de los metales respecto del imán.

La primera vez que después de casada vino a Piedrahita, distinguió entre las gentes que la visitaban a un fray Basilio,

viejo, cojo, tartamudo, mal criado y tan ignorante, que no había podido hacer carrera alguna en la comunidad, y le habían enviado de procurador al convento de monjes de este pueblo. El buen religioso era tal, que la más refinada malicia y la calumnia, que ya se aprovechaba de las imprudencias de aquella amable joven, no pudo atribuir su familiaridad con aquel fraile sino al extraño capricho de reirse de sus simplezas, y todos le miraban como al Sancho de esta nueva duquesa, de cuyas faldas era inseparable, y que, para que la acompañase en sus paseos a caballo, le había regalado una mula muy mansa y andariega.

En una de estas cabalgatas echó de ver la duquesa que fray Basilio se había quedado atrás y aun perdiéndose de vista, por lo cual se paró y mandó a algunos criados que corriesen a saber qué le había sucedido, y aun a poco rato, viendo que no parecía, marchó ella misma a galope en su busca, seguida del resto de la comitiva.

Era el caso, que el buen fraile Basilio había visto, no lejos del camino, un ternero atollado en una zanja, a quien la madre no podía socorrer y bramaba alrededor suyo. El caritativo fraile había dado voces a los lacayos para que volvieresen a sacar al animal, que perecía; pero, o no le habían oído, o no habían hecho caso, y fray Basilio había tenido la bondad de apearse y meterse en la zanja y sacar al becerro en brazos, con mucho trabajo, porque ya he dicho que era cojo, que gastaba muleta. No le había costado menos fatiga, después, el volverse a salir al borde de la zanja, y lo peor de todo fué que, cuando ya estaba arriba, la vaca, que le vió asido al ternero, corrió a quitárselo a testaradas, y volvió a arrojar al fraile de cabeza en la zanja.

A esta escena del drama habían llegado los criados y aún la estaban celebrando con carcajadas malévolas que resonaban por el valle de Corneja, mientras el fraile perneaba en el fango, cuando llegó la Duquesa. Un grito de ésta hizo cesar la algazara de aquella gente soez, y entraron y orillaron y pescaron al caritativo Padre, que estando fuera contó el caso, añadiendo: "¡Cuerno, señora Duquesa, y lo que cuesta hacer un beneficio!". La Duquesa estaba frenética contra todos, y a un *bello espíritu madrileño* que en hora menguada le ocurrió glosar el lance chabacanamente, le hizo enmudecer diciéndole: "que el lado del semblante de aquel fraile valía más que sus epigramas y que su persona", y comenzó a llorar y abrazar a fray Basilio y le daba mil besos, y replicó al Duque porque la rogaba que se serenase: "Cuidado, Duque, con ponerse de parte de los malos, que seré capaz de creer que no hay aquí más buenos que fray Basilio y yo. No nos entienden, fray Basilio. Yo sí le conocí a Ud. desde el primer día y vi un alma a la manera de esta con que Dios me

ha dotado y de que le doy gracias". Se empeñó en volverse con el fraile a casa y no hubo remedio, aunque el Duque proponía seguir el paseo, y que al Padre se le llevase al pueblo por los domésticos. "De tales domésticos, replicaba la Duquesa, ni mi marido ni el fraile ni yo debemos servirnos: ¡canalla, que es capaz de persuadirnos de que somos mejores que ellos".

Nada he añadido: Fontanelle ha dicho con relación a un aserto dado por una gran dama a un hombre de letras, que tales recompensas no son las destinadas a las ciencias: yo no sé si deben serlo a la bondad maltratada, pero siempre he creído que la *admirada, envidiada, murmurada* y quizá *poco conocida Duquesa de Alba* hubiera sido capaz de repetir en sí misma la acción que cuenta *Mariana de D.^a María Cornel*, si posible hubiera sido de que el alivio de la humanidad se consignara por tal medio.

Por esta clave tal vez debería estudiarse la aparente discordancia de sus costumbres.—(Firmado): José Somoza.

No sé si todos los que me escuchan sabrán lo que, según los historiadores, hizo D.^a María Cornel por defender mejor su fidelidad de esposa, pero dudo que mis palabras logren manifestarlo, pues no es fácil decir que se abrasó con un tizón ardiendo aquella parte de su cuerpo cuyo nombre ignora siempre la inocencia.

Si la aclaración os hiere, conste que no he sabido hacerla con mayor recato.

Algunas cartas de Goya escritas en sus últimos años, y los recuerdos que le dedicó D. Leandro Fernández de Moratín en las dirigidas a D. Juan Antonio Melón, son las únicas referencias que tenemos de la estancia en París y Burdeos del pintor aragonés (1).

Nada nuevo aportaríamos reproduciendo aquí los documentos que sobre el particular publicaron La Viñaza y Loga primero; y Beruete y Mayer después. Por ello se viene en conocimiento de que Goya pintó, dibujó y escribió hasta pocos días

Muerte y sepulcro
de Goya.

(1) Las cartas de Moratín que hacen referencia a Goya, son las señaladas con los números 87, 88, 89, 93, 190, 210 y 211. Tomo II.

224, 226, 230, 240, 246, 253, 258, 268, 269, 278, 282, 284, 285, 294. Tomo III.

En las "Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín", publicadas de orden y a expensas del Gobierno de S. M. Madrid, imprenta y estereotipia de M. Rivadeneira. Calle del Duque de Osuna, número 5, 1867. Tres tomos en 4.^o

antes de morir, siendo quizá la última de sus obras el retrato de su amigo D. Pio Molina, que dejó sin terminar.

La enfermedad que acabó con él dió tiempo a su familia para que pudiese presenciar cómo entregaba a Dios su espíritu aquella naturaleza de tan recio temple, rendida al peso de los años y a los estragos del mal, pero a pesar de que rodearon su lecho hasta el último instante deudos, amigos y discípulos, nos faltan detalles que siempre interesan cuando atañen a figuras de su elevada condición.

Y fué que meses antes se había ausentado de Burdeos en busca de la salud que necesitaba el que hubiera sido cronista de aquellos duelos, y al hablar así nos referimos al famoso autor de "El sí de las niñas", que falleció poco después en la capital de Francia, contribuyendo su muerte a que el año 1828 sea siempre de triste recordación para el Arte y la Literatura patrias.

Al funeral y al entierro de Goya asistieron las más distinguidas personalidades de la población y la colonia de españoles expatriados, numerosa entonces en Burdeos (1). Y los restos mortales fueron depositados en la misma sepultura que tres años antes acogió los de su deudo D. Martín Miguel de Goicoechea, del comercio de Madrid y natural de Alsasua, unido por lazos de parentesco con la esposa de Javier de Goya, único hijo que dejó al morir el afamado autor de tantas obras inmortales.

Yriarte, en 1867, representó en su estudio, por medio del grabado, el cenotafio que guardó aquellos restos en el cementerio de Burdeos, y como había hecho antes Matheron y después hizo La Viñaza, transcribió las inscripciones que se leían en aquel monumento (2).

Era éste a manera de una torre cilíndrica de piedra de dos metros de altura, en la que, separadas por antorchas invertidas, se simulaban tres cartelas. La inscripción en la primera dice sólo:

Sepultura de la familia de Goicoechea.

En una de los laterales se lee:

Al mejor de los padres. El amor filial eleva este monumento a la memoria de D. Martín Miguel de Goicoechea, del comercio de Madrid. Nació en Alsasua, reyno de Navarra, el 27 de octubre de 1755, y falleció en Burdeos el 30 de junio de 1825. Rogad a Dios por su alma.

En la cartela dedicada a Goya aparecía esta inscripción:

(1) En Burdeos vivían entonces Muguiro, Molina, Carnicero, el marqués de San Adrián y el pintor Antonio Brugada.

(2) Hoy está en Zaragoza, en el rincón de Goya. Téngase en cuenta la fecha en que fué escrito este trabajo.

HIC JACEY
FRANCISCUS A GOYA ET LUCIENTES
HISPANIENSIS PERITISIMUS PICTOR,
MAGNAQUE SUI NOMINIS
CELEBRITATIS NOTUS
DECURSO, PROBE, LUMINE VITÆ
ORIT XVI KALENDAS MAII,
ANNO DOMINI
M.DCCC. XXVIII
CITATIS SUÆ
LXXXV.
—
R. I. P.

Y bien se advierte que D. Pio Molina, autor del recordatorio, según Matheron, desconocía la fecha en que había venido al mundo su llorado amigo, pues si el texto reproducido por los autores citados es exacto, le atribuyó más edad de la que realmente tenía.

Goya murió, según documentos oficiales, a las dos de la mañana del 16 de abril de 1828, que fué miércoles y día dedicado a Santa Engracia, virgen y mártir y patrona de Zaragoza, que dió nombre a su madre, y como había nacido el 31 de marzo de 1746, es claro que al morir tenía 82 años y 15 días, y no 85 como se dijo en su sepultura.

Zaragoza no dió muestra alguna de haberse enterado del fallecimiento de Goya. El mismo día en que ocurrió comenzaba el Ayuntamiento a disponer festejos públicos para agasajar a su rey Fernando VII, a su esposa y a D. Francisco Tadeo Calomarde, que al regresar de Barcelona permanecieron entre nosotros hasta el diez y ocho de mayo (1).

Aunque las cosas de Palacio, según nuestros abuelos, iban entonces muy despacio, pudo el monarca saber la noticia hallándose aquí, pues el día diez de mayo la comunicó a la Corte el sumiller de Corps, Sr. Duque de Híjar, *para superior conocimiento del rey*.

(1) Véase: Manifiesto que la M. N. L. y H. ciudad de Zaragoza ofrece al público de los principales regocijos con que explicó su alborozo durante la permanencia en la mistra de sus amados Soberanos al regreso del principado de Cataluña para la Corte. Zaragoza, año 1828. En la imprenta de Mariano Miedes. Vid. Biano de Zaragoza, segundo trimestre de 1828.

Cráneo de Goya.

La mayoría de los biógrafos del pintor aragonés terminaban sus obras doliéndose de que los restos de Goya permaneciesen abandonados en tierra extranjera. En varias ocasiones solicitaron a nuestros Gobiernos las Corporaciones oficiales que fuesen trasladados a España, y entre aquellas iniciativas debemos recordar las encaminadas a tan noble fin por la Real Sociedad Económica Aragonesa y por nuestra Academia de Bellas Artes, según demuestra la documentación custodiada en sus archivos. Pero fué menester que el Excmo. Sr. D. Francisco Silvela, desde las alturas del poder, recordase tan justas reclamaciones para que éstas lograsen satisfacción cumplida, y con los de Goya recibió Madrid los despojos mortales de Moratin, de Menéndez Valdés y del Marqués de Valdegamas el día 11 de abril del año 1900.

La comitiva que les acompañó desde la estación del Norte al cementerio, no pudo ser ni más numerosa ni más lucida. La presidió el Gobierno, y formaban parte de ella las personalidades más ilustres, y las cintas de la caja que contenían los restos de nuestro pintor las llevaron *Martínez Cubells, Luis Alvarez, Silvino Stuyk* y el doctor *D. Mariano Sáinz* en representación de la familia, como esposo de D.^a Francisca de Goya.

Después, el día 13 de mayo, la Real Academia Española celebró Junta pública para solemnizar el hecho ante Sus Majestades, y en ella recordó los méritos de los españoles cuyos restos volvían a la Patria, el ilustre D. Juan Valera.

Años más tarde, en noviembre de 1919, fueron removidos otra vez los restos de Goya para depositarlos, al parecer definitivamente, bajo las bóvedas de San Antonio de la Florida, que decoraron un día sus pinceles.

Esto es lo que oficialmente fué contado sobre el particular; pero en voz muy baja se dijo que la comisión que fué a Burdeos a recoger los restos del pintor de las Majas encontró en la sepultura *un solo cráneo y dos esqueletos*, siendo imposible distinguir cuál de los dos había correspondido al cuerpo de Goya.

Yo no sé si el monumento que se alza sobre aquella sepultura estaba ya construido al fallecer el pintor aragonés o si se construyó después. Matheron, en el texto de su obra, dice:

"Una modesta losa rodeada de tupidas hierbas que crecen en libertad y colocada en el rincón de un cementerio extranjero: una inscripción latina trazada por la mano piadosa de un amigo; he aquí lo que resta del vigoroso anciano que sintió latir en su pecho el corazón de un pueblo y que vivió en intimidad con poderosos reyes"; y esta descripción se parece poco a la que hace después en los apéndices.

Cuándo se hizo el panteón que todavía subsiste, lo ignora-

mos; si se abrió más tarde por acuerdo de la familia o por cualquier otro motivo, tampoco lo sabemos con certeza; pero sospechamos que el cráneo que echó de menos la comisión encargada de traer los restos a España era el de Goya.

Hará ya diez años que un anticuario de Zaragoza nos ofreció en venta un lienzo firmado por Dionisio Fierros y fechado el año 1849, que llegamos a adquirir por algunas pesetas, sabiendo lo que sabíamos, pues el cuadro representaba sólo una calavera sobre fondo verde, llevando por detrás el bastidor un rótulo que decía y dice:

Cráneo de Goya, pintado por Fierros.

Y aunque tratamos de averiguar la procedencia de tan extraña obra, sólo pudimos saber que había pertenecido a una familia de Navarra, y durante algún tiempo fué objeto de nuestras investigaciones la aclaración del problema que el cuadro nos planteaba.

Por ellos supimos que *Dionisio Fierros*, de origen asturiano y discípulo de D. Federico Madrazo, fué pintor de Historia bien conocido, y que demostró merecer con sus obras, en exposiciones nacionales y extranjeras, las superiores recompensas que obtuvo. Entre los cuadros que se le atribuyen se citan con elogio un retrato de Moratin, propiedad de la Academia de San Fernando; el de nuestro rey Alonso V y los que representan *Un grupo de espigadores del Alto Aragón*, *Un labrador aragonés* y muchos más que todavía se conservan en casas particulares de nuestra región y en Navarra. Ignoramos cuándo murió; pero consta que en 1879 regaló al Ateneo de Madrid una *Mesa revuelta*, para la rifa organizada a beneficio de los inundados de Murcia, y también se nos dijo que Fierros, en su juventud, fué protegido por los marqueses de San Adrián.

Nuestro cuadro, y conste que no es reclamo, porque desde hoy es propiedad del Museo, excita la curiosidad por los detalles que le acompañan, diferenciándolo de otros que hemos visto ofreciendo representaciones parecidas. Dos existen en el Museo de Zaragoza, que bien pudieran ser de Valdés Leal; y a Francisco Bayeu se atribuye un tercero; pero ninguno lleva fecha ni firma, quizá por la naturaleza y sencillez de tales trabajos, que generalmente tienen por único encargo recordar el fin que logran las obras humanas.

Por esto, la misma dificultad que entraña el problema nos hace preguntar con tristeza:

¿Quién extrajo de su sepultura el cráneo de Goya?

¿Quién lo facilitó a Dionisio Fierros para que lo copiase?

¿Adónde fué a parar tan interesante reliquia?

Quizá investigadores afortunados puedan dar contestación a

nuestro interrogatorio, que no tiene otro fin que evitar, a ser posible, lo que ocurría con el cráneo y los fémures de Saavedra Pajardo, cuando la Academia de la Historia consiguió poner a salvo sus restos.

Juicio sobre Goya.

Sin que la pasión nos inspire, podemos afirmar que ningún pintor del mundo dejó obra artística más completa que Goya.

El genio soberano que Dios le otorgó se revela en todas las manifestaciones de su arte y aun aquellas que la crítica estima como secundarias dejan entrever en detalles que parecen insignificantes, rasgos característicos que las distinguen y avaloran.

Con la misma facilidad que decoraba al fresco o al temple muros y bóvedas, pintó al óleo sobre el lienzo, sobre madera o sobre hojadelata, empleando en su labor el pincel o la brocha, la esponja o la espátula, y hasta de los dedos se servía para aumentar el relieve con masas de color y graduar así las luces y las sombras.

Tras repetidos ensayos consiguió dominar la acción del aguafuerte sobre láminas de cobre, y los procedimientos complementarios de que se sirvió fueron tan originales como los efectos que obtuvo infundiendo artística y perdurable vida a las fantasías y quimeras que forjaba en el mundo de sus imaginaciones. Y los mismos éxitos consiguió sobre el papel con el carboncillo o la aguacha, que dibujando en la piedra litográfica con la tinta grasa, pues de todo dejó muestras que harán imperecedero su nombre.

Que la sátira y la ironía inspiraron muchas de sus producciones, es cierto; pero téngase en cuenta que ni las costumbres de la época merecían más ni los hombres podían ser criticados de otro modo bajo el régimen que imperaba. Se dice también que al representar en sus estampas los desastres de la guerra, no fué el entusiasmo patriótico lo que mostró en ellas, sino el horror que debía inspirar la lucha, considerada en tesis general como azote del género humano. Los que argumentan así, deberían pensar que Goya dibujaba y grababa, no en lugar seguro donde no se corre riesgo, sino teniendo que reprimir u ocultar, a los 65 años, sus ideas y sentimientos, bajo el imperio del mal y ante el enemigo que lo originaba.

Los que creen con más razón que Goya merece censuras, afirman que sus obras son siempre profanas y que la religión le debe escasas inspiraciones.

Yo no pretendo demostrar que nuestro pintor fué un místico y menos un santo. Tengo muy presente la condición impuesta por fray Angélico da Fiesole, cuando decía:

Chi fa coze di Christo, con Christo debb stare sempre.

Y no olvidaré con facilidad la impresión que me produjo en la Galería Pitti de Florencia la dedicatoria puesta al pie de una *Anunciación* pintada por Andrés del Sarto.

*Andrea del Sarto la pinta qui
come nel cuore ti porta, e non
qual sei tu, Maria; per spargere
tua gloria e non suo nome.*

"Andrés del Sarto te representa aquí como te lleva en el corazón, no como eres, María; para propagar tus glorias y no su nombre".

¿Pero es que el ambiente embalsamado por la piedad que legó San Francisco de Asís, se parecía en algo a la atmósfera impía que el mundo respiraba antes y después de la revolución francesa? ¿Podían sentir y pensar los artistas del siglo XVIII como pensaban y sentían los contemporáneos de Giotto y de fray Angélico?

¿Se conoce en toda su integridad la obra de carácter religioso que Goya llevó a cabo? ¿Ha sido estudiada como merece en la parte que conocemos?

Y nada más, Excmo. Sr: Los datos acoplados son muchos, pero mis fuerzas son escasas y vuestra benevolencia debe tener un límite, por eso termino mi lectura suplicando

Que lo que se hizo de prisa
no se critique despacio.

HE CONCLUIDO.

G. A. D.



Medalla conmemorativa del Centenario de Goya.

Catálogo de la Exposición de Goya.

Dos palabras.

Sin otro auxilio que el que le han prestado generosamente cuantos en ella figuran como expositores, la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, de acuerdo con la Junta de Patronato del Museo provincial de Zaragoza, acordó hace un mes celebrar la Exposición que ahora se inaugura, memorando a D. Francisco de Goya, en el primer centenario de su muerte.

Causas que no debemos recordar aquí nos obligaron a realizar lo que otras entidades hubiesen podido hacer con los elementos y el tiempo que a nosotros nos falta, y al ver ya realizados nuestros modestos propósitos, sólo deseamos que sean para los señores expositores todas las alabanzas y que la censura y la crítica recaigan sobre los que, con el mejor deseo, han querido rendir el tributo de su admiración a la obra inmarcesible realizada para honor y gloria de Aragón y de España, por el pintor insigne que nació en Fuendetodos.

NOTA. — La Junta del Patronato del Museo hubiera querido que la visita a esta Exposición fuera gratuita, como lo fué en las anteriormente organizadas; pero como el disponer de las salas donde ahora se celebra, el transporte y seguro de cuadros y el servicio de vigilancia, han originado y producen excesivos gastos, mientras éstos no se compensen, habrá de abonar cada visitante el importe de su entrada.

Sres. Expositores por orden alfabético.

Arzobispo de Zaragoza, Excmo. y Rmo. Sr.

Abaitúa, Srta. María Luisa

Alicante, Señoritas de

Arias, Srta. Pilar de

Ayuntamiento de Zaragoza, Excmo.

Asensio, Srta. D.^a Dolores

Albareda, D. Manuel

Balaguer, Sra. D.^a Cecilia, viuda de Gimeno

Balaguer, D. Víctor

Ballestar, Excmo. Sr. Marqués de

Bergua Escudero, Familia de
Cabildo Metropolitano, Excmo.
Canal Imperial de Aragón, Junta Directiva
Canti, Srtas de
Cortés y Pujadas, D. Luis
Ena, D. Mariano
Foz, Srta, Marcela
Gabarda, Excmo. Sra. Condesa, Viuda de
García Julián, D. Javier
García de Pallás, D.^a Pilar
Castro Santoyo, D. Sancho de
Gimeno Riera, D. Joaquín
Gutiérrez Muro, D.^a María de los Angeles
Insa Sagristán, Srta. D.^a Teresa
Jarrod Bolaños, D. Miguel
Marín y Sancho, Srtas. de
Melarno Fernán, D. Higinio
Menglana, Excmo. Sr. Barón de la
Méndez Montells, Srta. de
Monserrat, Sres. Viuda e hijos de D. Sebastián
Monserrat, D. José María
Nibbiano, Excmo. Sr. Marqués de
Ortiz, D.^a Magdalena, viuda de Claver
Palús, D. José
Pano, Excmo. Sr. D. Mariano
Pascual de Quinto, Excmo. Sr. D. Máximo
Pujadas, Srta. D.^a Micaela
Pueyo Luesma, D. José
Rúa, Srta. D.^a Elvira
Ruiz Peraza, Srta. D.^a Carmen
Sáinz, D. Eduardo
Sagaseta, Sra. D.^a Magdalena, Viuda de Sanz
Sanz, Srtas. de
Sociedad Económica Aragonesa, Real y Excmo
Tárdex, D. Jesús
Torres Aisa, D. Jerónimo
Usón, D. José
Urriés, D. José Jordán de
Val Carreres, D. Antonio
Villagrasa, D. Hermenegildo

Pintura.

CUADROS

Núm. 1. RETRATO del Excmo. Sr. D. José Miguel Carvajal y Vargas, Duque de San Carlos, caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro, Gran cruz de la Real y distinguida de Carlos III, del Aguila Negra y Roja de Prusia, Teniente general de los Reales Ejércitos, Consejero del Estado, Embajador de la Corte de España en Viena, Director de la Academia Española y académico honorario de la de la Historia y de la de San Fernando. A pesar de los elevados cargos que desempeñó, de los títulos y condecoraciones que obtuvo y de sus palaciegas funciones durante el reinado de Fernando VII, nadie recordaría a este personaje si Goya no hubiera inmortalizado su figura en este soberano retrato. Es propiedad de la Junta del Canal Imperial de Aragón, que lo tiene depositado en este Museo para admiración de todos.

Dimensiones: 2'80 × 1'25.

Expositor: Junta Directiva del Canal Imperial de Aragón.

Núm. 2. RETRATO DE FERNANDO VII. — Son muchos los retratos que hizo Goya representando al hijo de Carlos IV, pero quizá ninguno aventaje a éste que posee la Junta del Canal Imperial depositado en nuestro Museo.

Dimensiones: 2'80 × 1'25.

Núms. 3 y 4. BOCETO del fresco que decora la cúpula correspondiente a la capilla de San Joaquín en la Santa Basílica del Pilar, representando a la Virgen como Regina Martirum.

Según documentación que conserva en su Archivo el Excelentísimo Cabildo Metropolitano, estos bocetos llegaron a ser propiedad de D.^a Angela Sulpice Chopinot, en Madrid. Al morir esta señora, en 1805, Godoy mandó hacer un inventario de todos los cuadros y pinturas que dicha señora poseía de buenos artistas; entre éstos se encontraban los bocetos de Bayeu y Goya.

Avisado el Cabildo, acordó éste que se adquirieran por la Junta de la Nueva Fábrica, como así se hizo en agosto-septiembre de dicho año, siendo comprados por el Cabildo y transportados, a cuenta de éste, en cajones, desde Madrid a Zaragoza. Datos que nos proporciona el doctor Galindo, distinguido catedrático de nuestra Universidad.

Los bocetos son tan hermosos que es lástima que de ordinario permanezcan ocultos para el público inteligente, que desearía admirarlos con frecuencia.

Dimensiones: 1'40 × 0'80.

Expositor: Excmo. Cabildo Metropolitano.

Núm. 5. Pinceladas al óleo, por Goya.

Dimensiones: 0'30 × 0'19.

Expositor: Real y Excm. Sociedad Económica.

Núms. 6-7-8-10-12-13.

Los cuadros correspondientes a los números expresados, decoraban los muros y el techo de un pequeño oratorio en el antiguo palacio de los Condes de Sobradiel, y su propietario, don Joaquín Cervero y Schar, Conde de Gabarda (q. s. g. h.), los hizo trasladar a lienzo para que pudieran examinarse mejor estas obras pintadas por Goya, quizá en los años primeros de su carrera artística.

Expositor: Excm. Sra. Condesa Viuda de Gabarda.

Núm. 9. RETRATO de D. Juan Martín de Goicoechea, eminente patricio a quien Zaragoza debe la implantación de las enseñanzas de las Bellas Artes. Fué el primer director de la Academia de San Luis y amigo y protector de Goya.

Expositor: Excm. Sra. Condesa Viuda de Gabarda.

Dimensiones: 0'89 × 0'70.

Núm. 14. RETRATO del Excmo. Sr. D. Joaquín Company, arzobispo de Zaragoza desde 1797 hasta que fué trasladado a Valencia para regir su diócesis, en agosto de 1800. Este retrato forma parte de la serie de prelados que conserva nuestro Palacio Arzobispal.

En el papel que lleva en la mano el retratado, se lee el nombre de Goya.

Expositor: Excmo. Arzobispo de Zaragoza.

Dimensiones: 2'15 × 1'20.

Núm. 15. RETRATO del insigne ingeniero, marino y naturalista D. Félix Azara. — Nació en Barbuñales el 19 de mayo de 1742 y murió en Huesca el 17 de octubre de 1821.

Se conocen hasta veintisiete obras escritas por él, en su mayoría dedicadas a estudiar los seres naturales de América, en donde pasó la mayor parte de su vida. Fué hermano del célebre diplomático D. Nicolás.

Según la inscripción que se lee en la mano del retratado, Goya pintó este cuadro el año 1805.

Dimensiones: 2'15 × 1'32.

Expositor: D. José Jordán de Urriés y Azara.

Núm. 16. BOCETO del cuadro que pintó Goya con destino a San Francisco el Grande, de Madrid.

Representa a San Bernardino de Sena, predicando ante el Rey D. Alfonso de Aragón y su corte.

Poseyó esta obra de Goya D. Francisco Zapater, heredada de su tío D. Martín, a quien la regaló su entrañable amigo, el autor.

Dimensiones: 1'40 X 0'80.

Expositor: Familia Bergua-Escudero.

Núm. 17. BOCETO de uno de los tres medios puntos que pintó Goya para la Cueva del Rosario de Cádiz por encargo del Marqués de Val de Iñigo, a fines del siglo XVIII.

Representa el Cenáculo con vigorosa originalidad. El tema ha sido tratado por la mayoría de los grandes maestros de todas las épocas, pero ninguno lo concibió como Goya. Jesucristo y sus discípulos, pobres pescadores, aparecen sentados sobre el suelo, sin que en la mesa luzcan ricos vasos ni finos manteles.

Dimensiones: 0'42 X 0'25.

Expositor: D.^a Cecilia Balaguer, viuda de Gimeno.

Núm. 18. BOCETOS PARA TAPICES. Conserva este cuadro bocetos pintados por D. Ramón Bayéu para que la Real fábrica tejiese algunos de los tapices que decoran las regias estancias del Escorial y el Pardo.

Dimensiones: 0'95 X 0'43.

Expositor: D.^a Cecilia Balaguer, viuda de Gimeno.

Núm. 21. RETRATO de niño de D. Luis María de Cistué y Martínez, caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III. Con el tiempo fué doctor en Derecho, Brigadier de los Reales Ejércitos y Presidente de la Real Academia de San Luis en los años 1836 a 1842.

Dimensiones: 1'25 X 0'90.

Expositor: Excmo. Sr. Barón de la Menglana.

Núm. 20. RETRATO de D. José de Cistué y Coll, del Colegio Mayor de San Vicente de Huesca, Caballero con Cruz pensiónada de Carlos III desde 1787, fiscal y oidor en las audiencias de Quito, Guatemala y Méjico; fiscal en Madrid del Supremo Consejo y Cámara de Indias.

Dimensiones: 1'70 X 0'90.

Expositor: Excmo. Sr. Barón de la Menglana.

Núm. 24. BOCETO para el fresco del Coreto de la Basilica del Pilar. El Cabildo encomendó a Goya la pintura de la bóveda cuadrangular del Coreto en octubre de 1771. La Junta de obras aprobó el boceto presentado por aquél, y no obstante lo acordado

anteriormente acerca de someterlos a la aprobación de la Academia de San Fernando, se estimó innecesario ese trámite y se dispuso que la obra se emprendiese muy luego. En junio de 1772 terminó Goya su trabajo.

El fresco representa la alegoría de la Divinidad, figurando en el centro el simbólico triángulo, ángeles y patriarcas entre nubes adoran el divino emblema.

Dimensiones: 1'52 × 0'75.

Expositor: D. Sancho Castro y Santoyo.

Núm. 25. AUTORRETRATO DE GOYA. — Es un duplicado, pues, según el Conde de Viñaza, el Casino de Zaragoza poseyó en tiempos otro igual que el pintor Sr. Haes pudo adquirir a cambio de obras suyas, que aún conserva dicho centro. Tiene gran interés iconográfico.

Expositor: D. Mariano Ena.

Núm. 26. CAPRICHOS en colores, al óleo.

Caída de Napoleón.

Expositor: Excmo. Sr. Marqués de Legarda.

Núms. 462 y 463. Estos dos cuadros fueron vendidos al Museo por D.^a Manuela Lucientes, que los poseía en Zaragoza, como descendiente del insigne D. Francisco de Goya.

El primero representa la Muerte de Santiago Apóstol, y el segundo, la glorificación de la Virgen del Pilar rodeada de ángeles, y los dos pueden considerarse como manifestaciones de su iniciación artística.

Dimensiones: 0'78 × 0'52.

Expositor: Museo provincial de Zaragoza.

Núm. 454. AUTORRETRATO DE D. FRANCISCO BAYÉU.

Para atribuir a D. Francisco Bayéu esta hermosa producción, se funda la Academia en el catálogo razonado que de las obras de su Museo redactaron en 1828 profesores contemporáneos de Bayéu y de Goya.

Con el número 22 que lleva el lienzo en su parte inferior, figura en todas las ediciones del catálogo como autorretrato de D. Francisco Bayéu y Subías.

Dimensiones: 0'42 × 0'31.

Expositor: La Real Academia de Bellas Artes de San Luis.

Núm. 453. RETRATO de D.^a Sebastiana Merklein, esposa de D. Francisco Bayéu. Esta preciosa obra fué adquirida por el Gobierno de S. M. con destino al Museo de Bellas Artes de Zaragoza.

Dimensiones: 0'45 × 0'96.

Expositor: Museo provincial de Zaragoza.

Núm. 455. RETRATO de D.^a Feliciano Bayéu y Merklein, hija del autor D. Francisco Bayéu. Fué adquirido por el Gobierno de S. M. y depositado en nuestro Museo.

Dimensiones: 0'45 × 0'96.

Expositor: Museo provincial.

DIBUJOS Y GRABADOS

Núms. 446 y 470. A la Academia de Bellas Artes de Zaragoza pertenecen la magnífica colección de dibujos originales de distintos autores que de ordinario se exponen en las salas del Museo provincial, y en una carpeta se conservaron como *Borrones de Goya* los que ahora figuran en la Exposición.

Núm. 22. AGUAFUERTE firmada por Goya.

Representa a un ciego que toca la guitarra y canta rodeado de gente que le escucha.

Dimensiones: 0'55 × 0'37.

Expositor: Sra. Viuda e hijos de D. Sebastián Monserrat.

Núms. 451-457-460-466. Diez y seis reproducciones selectas grabadas a la punta seca y al aguafuerte, correspondientes a los *Caprichos*, *Proverbios*, *Desastres de la guerra* y *Tauromaquia* que engrandecieron y coronaron la obra artística de Goya.

Expositor: Museo provincial de Zaragoza.

OBJETOS EXPUESTOS

ABAITÚA, Srta. María Luisa

Dos grupos de cerámica.

Un jarrón porcelana.

Una cajita para el rapé, de plata.

Un abanico fines siglo XVIII.

Otra de sándalo calado.

ALBAREDA, D. Manuel

Un reloj esmaltado rodeado de brillantes. Siglo XVIII.

Dos cajitas de plata esmaltada.

Otra de filigrana de plata, forma arquilla.

Una bandeja pequeña de plata repujada.

Un par de pendientes.

Un alfiler de pecho, con esmalte.

Un par de pendientes plata y stras.

ALICANTE, Srtas. D.^a Vicenta y D.^a Leonor

Una peineta diadema de oro y topacios.

Una cruz esmaltada de oro y cristal de roca.

Un colgante de oro y esmalte representando a la Virgen del Pilar.

Una llave de reloj con gran topacio.

Una pulsera esmaltada.

Un medallón San José y la Virgen.

Una miniatura de caballero con marquito de oro.

Una miniatura francesa de señora, marco madera.

Una caja de plata para rapé.

Un abanico con varillaje de oro.

Un mantón de encaje.

Un abanico grande isabelino.

Otro pequeño de marfil, pintado.

ARIAS, Srta. Pilar de

Los objetos que expone figuran en la vitrina núm. 19.

ASENSIO, Srta. D.^a Dolores

Obras de cuero repujado, vitrina 20.

AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA, EXCMO.

Busto de Goya, en bronce (Benlliure).

BALAGUER, D. Victor

Cuatro miniaturas.

BALLESTAR, EXCMO. Sr. Marqués de

Lo contenido en la vitrina núm. 19.

BURILLO, D.^a Carmen, Viuda de Gastón.

Una peineta de concha.

Cinco abanicos.

Juguete de niña (juego de té).

Un par pendientes coral.

Un estuche alfilerero concha y nácar.

Caja de laca roja.

Una miniatura de caballero.

Un par gemelos esmaltados.

Tres copas de cristal grandes y otra pequeña, fabricadas en la Granja.

Dos vestidos de señora.

Una chupa bordada en sedas.
Una mantilla de tisú.
Una berta de encaje Bruselas.
Un pañuelo en punta, encaje de tul.
Otro bordado con sedas y lentejuelas.
Una cortina de malla bordada.
Un pañuelo estampado de algodón.
Un rogador.
Un paliillo de hacer media.

CANTI, Srtas. de

Dos abanicos pequeños.
Cuatro alhajas de plata y stras.
Un esmalte con marco de filigrana de plata.
Un tarjetero de nácar.
Una chupa bordada en sedas.
Dos chalecos bordados.
Un cuadro acuarela representando la Santa Capilla.
Un esenciero cristal dorado.

CORTÉS Y PUJADAS, D. Luis

Tres metros setenta y cinco milímetros de encaje de Alençon.
«Una miniatura, montada en oro, orlada de perlas, representando la Virgen Dolorosa.

REAL Y EXCMA. SOCIEDAD ECONÓMICA ARAGONESA DE AMIGOS DEL PAÍS.

Una miniatura firmada por D. Mariano Pinós que retrata a D. Francisco Martínez Marina, insigne escritor y presidente que fué de la Real Academia de la Historia.

Un borrón de Goya, al óleo.

Foz, D.^a Marcela

Dos abanicos.

GARCÍA JULIÁN, D. Javier

Diez abanicos.
Una caja de metal esmaltada.
Un reloj de oro de bolsillo, fabricante Carlos Guyé.
Cruz de Carlos III bordada sobre paño.
Dos escudos municipales bordados sobre paño.
Una caja de plata con esmalte.
Otra con escudo heráldico.
Una miniatura, Fernando VII.

Medallón de marfil con el busto del hijo de Napoleón.
Un retrato de Fernando VII grabado e iluminado.
Medalla condecoración de Irún.
Medalla condecoración de Almonacid (Toledo).
Un almizclero de oro con cadena y camafeo, esmaltado.
Un búcaro.
Un alfilerero de marfil.
Un camafeo en esmeralda rodeado de brillantes (aguja).
Dos alfileres de caballero con topacios.
Un grabado en cobre representando a los reyes Carlos IV y María Luisa.

GARCÍA DE PALLÁS, D.^a Pilar

Un abanico de nácar con varillaje calado y dorado.

GIMENO RIERA, D. Joaquín

Una miniatura de señora.

GUTIÉRREZ MURO, D.^a María de los Angeles

Un tarjetero filigrana.

Una cajita para rapé, de plata.

Otra de metal, esmaltada.

Siete abanicos.

INSA, Srta. D.^a Teresa

Tres bolsillos de punto.

Un medallón esmaltado de plata representando la Dolorosa.

JARIOD BOLAÑOS, D. Miguel

Una miniatura, firmada por Uranga, representando a D. Lorenzo Normante, profesor de las antiguas enseñanzas de la Económica Aragonesa.

MARÍN SANCHO, Srtas. de

Un collar formado por margaritas de plata.

Un par pendientes de aljófar.

Un bronce adornado de aljófar.

Dos guardapelos, uno con aljófar y otro con esmalte.

Un bolsillo seda con abalorios.

MELARNO, D. Higinio

Diferentes objetos.

MENÉNDEZ MONTELLS, Srta. D.^a Pilar

Cuatro abanicos japoneses, uno pequeño de principios del siglo XIX.

Dos cajas de metal, esmaltadas.
Una caja de madera tallada.
Un alfiletero de laca y concha.

MONSERRAT y señora, D. José María

Un reloj con tapa esmaltada y orlada de perlas finas.
Siglo XVIII.
Una miniatura de señora.
Una cajita de metal esmaltado.

MONSERRAT, Sres. Viuda e hijos de D. Sebastián

Una aguafuerte, firmada por Goya, representando un ciego cantando y tocando la guitarra y gente que le escucha.
Todos los objetos contenidos en la vitrina núm. 18.

NIBBIANO, Excmo. Sr. Marqués de
Diez medallas conmemorativas.

ORTIZ, D.^a Magdalena, Viuda de Claver

Una bandeja de plata repujada.
Una jarra de plata.
Dos platos y dos tazas del mismo metal.

PALÚS, D. José

Un pañuelo encaje de Brujas.
Tres relojes de bolsillo (plata).
Un sello de la dominación francesa en España.
Otro sello Aragón, Siglo XVII.
Un chaleco seda, Siglo XVIII.
Corpiño de igual tela que el anterior.
Una sortija de hierro.
Dos abanicos.
Una miniatura de señora.
Una medalla de oro, fechada en Méjico el año 1796, peso 120 gramos.
Otra del mismo metal, Méjico, Año 1800, peso 80 gramos.

PASCUAL DE QUINTO, Excmo. Sr. D. Máximo

Un abanico de varillaje marfil, tallado y dorado, pais mitológico, Siglo XVIII.
Otro varillaje de nácar tallado y pintado, pais y escena mitológica.
Otro más pequeño, varillaje concha, grabado y dorado.

Un tomo de los "Caprichos" de Goya, primera estampación.
Un reloj esférico de oro esmaltado (regalo de Napoleón al Sr. D. Agustín de Quinto).

Una caja de concha con flores esmaltadas.

Otra de concha tallada.

Un lapicero de oro esmaltado.

Una caja de plata con esmalte blanco y dorado.

Una condecoración de oro esmaltado fechada en 1808.

Una Cruz de San Juan, esmaltada.

Un reloj de bronce cincelado.

Un antejo de metal esmaltado azul rodeado de perlas.

Un pañuelo bordado.

Otro de encaje de Venecia.

Un recipiente metálico esmaltado con flores y pájaros.

Un chal de merino y seda, bordado.

PUEYO LUESMA, D. José.

Unas tijeras artísticas, siglo XVIII.

PUJADAS, Srta. D.^a Micaela

Un abanico varillaje marfil, calado, tallado y pintado, con pais sobre cabritilla. Siglo XVIII.

RÚA, Srta. Elvira

Objetos de piel, repujados.

RUIZ PERAZA, Srta. D.^a Carmen

Cerámica, juego de café.

SAGASETA, D.^a Marcelina, Viuda de Sanz

Todas las muestras de encaje, de fabricación distinta, contenidas en la vitrina núm. 17.

SÁINZ, D. Eduardo

Un tarjetero de tapas metálicas y miniatura de mujer.

Un duro de José Napoleón Bonaparte acuñado en 1809.

SANGRÓS GÓRRIZ, D.^a Angel

Diez abanicos.

Nueve camafeos en diferentes alhajas.

- Tres miniaturas de señora.
- Una caja de plata repujada y esmaltada.
- Un reloj niquelado con varios esmaltes que tiene por soporte una cigüeña.
- Un relojito plano de oro, cincelado.
- Retrato del Conde de Aranda pintado en cerámica de Alcora.
- Un jarroncito cerámica del Retiro.
- Dos espadines de paseo.
- Una cajita de porcelana del Retiro.
- Otra de Sévres.
- Un plato con las armas e iniciales de Napoleón I.
- Un vaso de cristal grabado.
- Un rosario de amatistas y colgante con camafeo representando a Jesucristo.
- Una joya de oro y piedras.
- Otra esmaltada.
- Otra de oro y perlas con estuche.

SANZ, Srtas. de

- Encajes diferentes.
- Una sortija.
- Un par pendientes.
- Dos miniaturas.
- Una pulsera.
- Un colgante de pecho.
- Todo contenido en la vitrina núm. 9.

TÁRDEZ, D. Jesús

- Dos abanicos.

TORRES AÍSA, D. Jerónimo

- Dos miniaturas de señora.
- Cuatro de caballero, dos de éstas retratan a D. Jerónimo de Torres y D. Antonio de Torres, heroicos defensores de Zaragoza en 1808-1809.
- Dos espuelas de hierro que usó el general D. Antonio de Torres.
- Una diadema con adornos de coral.
- Dos abanicos de fines del siglo XVIII.

URRIOLA, D. José

- Una miniatura de señora.

Usón, D. José

Tres abanicos.

Una purera.

VAL CARRERES, D. Antonio

Una copita de plata hecha en 1808.

VILLAGRASA, D. Hermenegildo

Dos miniaturas francesas fechadas en 1830.

NOTAS

ABANICOS. Celebrada en Madrid, en 1920, por los Amigos del Arte, una exposición de abanicos antiguos que llamó con justicia la atención de todos, fuera vano el empeño de superarla entre nosotros, careciendo de los ejemplares magníficos que la familia real y la aristocracia facilitaron a tan benemérita Sociedad para realizar sus fines.

Más modestos nuestros propósitos, aspiramos únicamente, mostrando los que hemos logrado reunir en algunas vitrinas, a dar idea de lo que fué en otros tiempos el abanico como obra de arte, digna en muchos casos de ser admirada, no sólo por los primores de talla de sus varillajes de metales preciosos, de marfil, madera, concha o nácar, sino por los *países* o escenas que los decoraban, ostentando las firmas de los pintores que los iluminaron.

Siendo casi siempre complemento indispensable del atavio de la mujer, no siempre tuvo el mismo nombre, pues si en el siglo XVI recibía el nombre de *Ventallo*, *Abanillo* se llamaba en Zaragoza, según Luis Díez de Aux, al describir como cronista la indumentaria de las damas que elegantemente vestidas, presenciaron las justas celebradas en el *Coso* de Zaragoza, con motivo de la Beatificación de Santa Teresa de Jesús, el 12 de octubre de 1615, cuando recuerda que la Virreina lucía joyas inestimables y un *abanillo muy lindo*.

Nuestro D. Eugenio Larruga, en sus estimadas *Memorias políticas y económicas*, asegura haber habido gremios de abaniqueros en la Corona de Aragón especialmente, lo que no es de extrañar sabiendo que en Zaragoza se fabricaban las cabritillas y vitelas de fama universal. Los que enumeran las diferentes formas del femenino utensilio recuerdan que los mayores se llamaban *pericones*, los de menor tamaño se nombraban *ñaños*, y que los hubo de pantalla, de bandera y completamente circulares.

MINIATURAS. No hay para qué recordar que la miniatura tuvo su origen decorando los manuscritos de carácter religioso, y que más tarde iluminó con distintas tonalidades las ejecutorias, en las que ya aparecen el retrato de los que en ellas acreditaban su nobleza, o del rey que la otorgaba o reconocía.

El Museo de Zaragoza conserva un protocolo del notario Antón Serveto, alias Reves, correspondiente al año 1498, en el que figura otorgando un poder el maestro Nicolás de la Gaye, *iluminador de libros*, diciendo que es hijo de Pedro y de Perona Oden, cónyuges, los tres originarios del lugar de Lome, en el condado de Flandes, demostrando que en tal fecha ya eran utilizadas entre nosotros sus aptitudes artísticas.

El descubrimiento de la Imprenta privó a la miniatura de sus antiguos dominios, y sólo decorando algunos *libros de horas* lució sus primores, hasta que el retrato familiar e íntimo y fácilmente manejable le ofreció campo apropiado donde mostrar sus delicadezas, sobre todo cuando los Augusti, Isabey, Goya, Thomson, etc., ejecutaban sus obras maestras, supremacía que perduró hasta que por procedimientos químicos se realizó el milagro de que fuese la luz la encargada de fijar las imágenes de los seres queridos, con facilidad y a bajo precio.

Entre los reunidos en nuestra modesta exposición figuran algunos retratando personalidades de la vida local, firmadas por miniaturistas residentes en Zaragoza.

Del profesor D. Mariano Pinós es el retrato de *Don Francisco Martínez Marina*, Presidente de la Academia de la Historia, que murió en nuestra ciudad el 25 de julio de 1899: D. Ignacio Uranga, que debió su educación artística a las escuelas de la Academia de San Luis, firma la miniatura que representa a *Don Lorenzo Normante*, profesor célebre por más de un concepto en las Escuelas de la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, y otra retrata a Carlota Gorday.

Hagamos nuestras estas sencillas frases del señor Ezquerrá del Bayo: *Cuidemos, dice, estas pequeñas reliquias del pasado, que si son de marfil la menor presión rompe, el calor abarquilla, una luz solar viva decolora, y la humedad y hasta el aliento las estropean. Guardémoslas bien y durarán centurias, y sobre todo no quitarles los marcos, que son la armadura que sirve de defensa a sus débiles carnes, y sin ellos se astillan, se ensucian y se borran.*

LA PLATERÍA EN LA ÉPOCA DE GOYA.

Entre los aragoneses que lograron fama en la Corte cuando Goya vivió en ella conquistando universal renombre, merece ser

recordado su amigo y condiscipulo D. Antonio Martinez, que llegó a ser el orfebre más reputado de su época.

Nacido en Huesca, al decir de sus biógrafos, debió venir pronto a Zaragoza a practicar con algún maestro acreditado el arte que deseaba conocer, asistiendo a la vez al estudio de don José Luzán, de quien aprendió a vencer las dificultades del diseño.

Años más tarde se trasladó a Madrid, donde sus obras le dieron pronto a conocer, hasta el punto de ser pensionado por Carlos III para que en Francia y en Inglaterra visitase los establecimientos de su arte que gozaban de mayor crédito, mereciendo, al regresar a España, que el Monarca mandase construir la Real Escuela de Platería conocida con el nombre de nuestro paisano hasta muchos años después de su muerte.

Quizá Martinez, influenciado por lo que pudo observar en el extranjero, olvidó en sus trabajos el estilo de nuestros argenteros nacionales, pero aun achacándole este defecto, hay que reconocer el mérito de sus obras, acomodadas a los gustos de su tiempo.

D. Ramón Pignatelli proclamó en la Económica Aragonesa las excelencias de la Escuela de Martinez, y la Sociedad pensionó en ella al discípulo de sus enseñanzas, Francisco Moliner, que trabajó varias obras con primor y se restituyó a Zaragoza, donde ya había fallecido al escribir Larruga sus preciadas Memorias.

D. Francisco Bayéu dejó hecho el retrato de Martinez, que lo poseen en la actualidad sus descendientes.

NAIPES.

Se ignora la época de su introducción en España, y aun se cree por algunos que aquí tuvieron origen en 1300 por Nicolás Pepino, formándose la palabra naipes de las dos iniciales N P del nombre de su inventor. Hay, sin embargo, documentos que revelan más remota antigüedad. Hasta que se inventó el grabado en madera, 1423, se iluminaban a mano, lo que las hacía muy costosas; pero después de aquella fecha los alemanes esparcieron por Europa los naipes a un precio infimo, y se generalizó su uso. Entonces cada país modificó las figuras según el espíritu dominante de la época, adoptándose entre nosotros las *copas* caliz, en representación del estado eclesiástico; las *espadas*, como distintivo de la nobleza; los *oros*, signo de comercio, y los *bastos*, de la agricultura.

En 1457 figuraba ya en Zaragoza como naipero *Antón Inglés*, y en 1533 fabricaba naipes entre nosotros, *Claudio Arreguer*.

TARJETAS DE VISITA.

Se dice que las tarjetas de visita tuvieron su origen en Francia a mediados del siglo XVIII. Las primeras que circularon fueron las de casamiento. Se hacían a mano y adornaban con bellísimas pinturas alegóricas de gran precio, por lo que solamente podían permitirse este lujo las familias más ricas y aristocráticas.

En la Biblioteca de París existe un ejemplar de las que repartió el célebre Duque de Richelieu, en 1784, dando participación de su casamiento con la hija del Duque de Guisa (que es la más antigua tarjeta que se conserva).

Diez años más tarde, 1794, Monsieur y Madame Ponz idearon imprimirlas como hoy se practica. Pero antes de la Revolución, entre la clase media empezaron a usarse las tarjetas de visita grabadas y adornadas con emblemas y jeroglíficos, cuya moda se generalizó durante la Revolución. De aquí, sin duda, la repugnancia que manifestó al principio la nobleza en adoptar las tarjetas.

CAMAFEOS.

La gliptica o arte de grabar en piedras duras, que alcanzó su mayor grado de perfección en Grecia y Roma, renació en el siglo XVI en Italia, y volvió a florecer en el siglo XVIII, patrocinada hasta en su mismo palacio por Luis XV de Francia, bajo la dirección de Guay, teniendo por discípula a Mme. Pompadour. En la misma época alcanzaron justa fama Brown, Burech, Morchant y Tassie como maestros de tan difícil arte.

ENCAJES.

De seguro que a los lectores de estas notas les importará muy poco lo que podamos decir referente a los encajes en general, y es muy posible que las lectoras sepan más de ellos que el que se ve precisado a referir abreviadamente las excelencias y encantos de tan preciada labor.

Además de ser ésta, en muchos casos, ocupación particular de la juventud, constituye hace mucho tiempo una industria artística nacional de verdadera importancia, a cuyo desarrollo y adelanto en sola una región de España se dedican más de 20.000 mujeres, sirviéndose de almohadillas, algunos palillos y alfileres, que cruzando y anudando los hilos, forman la red que constituye la blonda o el encaje.

Reconociendo Carlos IV la importancia de esta producción del país, procuró prestarle alientos de vida cuando la crisis a que dió lugar la Revolución francesa dificultó su prosperidad. Hoy, merced a la manera especial cómo se realizan los trabajos, es de las pocas industrias que han podido resistir en España la competencia con los productos de la moderna maquinaria, y todavía los encajes de Almagro y de Cataluña gozan de justa fama, aunque la moda con sus caprichos prefiera los manufacturados en el extranjero.

LETRAS DE CAMBIO.

El doctor Thebusem reprodujo en el *Averiguador* una letra de cambio fechada en Medina del Campo el año 1537, redactada en los siguientes términos: "*Pagaráis por esta primera de cambio a tiempo de pagar de media cuaresma próxima a Antonio Sannes cuatrocientos cincuenta y dos escudos y medio de sus sueldos... Cristo con todos.—P.^a de Aranda*".

Las expuestas ahora son de fines del siglo XVIII, pero también termina con la frase *Cristo con todos* como la citada anteriormente.

TIJEREROS.

D. Miguel Dámaso Genesis, en su obra *Reflexiones políticas y económicas...*, 1793, páginas 142 y 43, escribió lo siguiente:

"¿Cuáles son las causas fatales por las cuales tiene Aragón en tan lamentable estado sus fábrica y artes? ¿Cuáles fueron las que arruinaron sus antiguas, que en otros tiempos florecieron en sus ciudades? Las de paños de Teruel y Zaragoza; la de acero acendrado y perfecto de Calatayud, y omitiendo otras, la de templar el hierro a maravilla que poseyó el incomparable artifice de esta ciudad, el sin igual Jerónimo Picado, cuyas tijeras causaron un asombro universal y merecieron ser calificadas de milagro del Arte...?"

LA RELOJERÍA.

Es industria que, a pesar de los trabajos realizados en tiempo de Carlos III por hacerla nacional, hay que reconocer que no arraigó entre nosotros.

Los preciosos ejemplares expuestos en diferentes vitrinas de esta Exposición son de fabricación extranjera, y nos dejan, al admirarlos, la tristeza de no poderlos elogiar como hechos en nuestro país.

Homenaje Académico en honor de D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vi- zarra, fallecido el día 16 de marzo de 1931.

D. Hilarión Gimeno, erudito aragonesista.

Discurso de D. Miguel Allué Salvador.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Si la imparcialidad histórica consiste en la visión inanimada y fría de los hombres y de sus obras, reniego paladinamente de la imparcialidad.

Un hombre de entendimiento mecanizado y con el corazón como un témpano de hielo, será para mí un historiador nefasto, un biógrafo despreciable y un crítico sin autoridad.

Amigo entrañable de Hilarión Jimeno, declaro noblemente que mis juicios acerca de él serán apasionados; pero, entiéndase bien, yo pienso desde mi punto de vista que han de ser merecidamente apasionados; pues la pasión lo mismo puede mostrarse como humareda que oculta y entenebrece la verdad, que como luz que la ilumina y esclarece esplendorosamente.

Aquel Maestro de maestros que fué, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por quien Hilarión Jimeno sentía tan profunda admiración, ¿hubiera podido escribir sus obras inmortales sin la apasionada atracción que le inspiraban los grandes hombres de nuestro siglo de oro?

Ciertamente que Hilarión Jimeno no es un erudito del Renacimiento, ni yo puedo aspirar a otra cosa en punto a erudición que a ser un modesto admirador y discípulo del ilustre autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*; pero salvando la distancia que separa a las épocas y a los hombres, he aquí a un zaragozano dispuesto a hacer, no ya justicia seca, sino justicia

sincera, cariñosa y entusiasta, a uno de los hombres más extraños, pero a la vez más eminentes, que ha producido nuestra tierra en estos últimos tiempos.

Mis doctos compañeros D. Luis de la Figuera y D. Mariano de Pano, han tomado a su cargo el hablaros de Jimeno como profesor y como académico, es decir, como hombre de Ciencia y como hombre versado en Artes. Yo he de completar esta noble tarea examinando un aspecto distinto de la vida de Hilarión Jimeno: el aspecto que quizá lo caracterice mejor; desde luego, aquel por el cual ha de pasar a figurar del modo más relevante en la galería histórica de aragoneses ilustres. Mi misión consiste en presentaros a Hilarión Jimeno como un gran erudito aragonesista. Y he de hacerlo brevemente, tanto para no molestar vuestra atención como para no contrariar mi propósito de reducir los límites de este trabajo a los propios de un boceto, seguro de que más adelante, con más calma y más tiempo, nuestra obra habrá de ser continuada, no por su peculiar virtualidad, sino por méritos del hombre singular a quien sinceramente se dedica.

Apuntes psicológicos.

Para comprender la idiosincrasia de Jimeno como erudito aragonesista, lo primero que necesitamos es bucear un poco en su psicología.

Aficionado a las curiosidades del refranero, era sin embargo una repulsa viva y constante de no pocas sentencias vulgares que el refranero pregonaba; sobre todo desmentía a toda hora aquel refrán que dice: "la cara es el espejo del alma".

Quienes le veían de lejos o no lo trataban de cerca, le tenían por hombre huraño, de carácter irascible, lo que se llama un hombre con cara de pocos amigos. No obstante, nada más lejos de la realidad. Hilarión Jimeno era un espíritu sencilló, un corazón sensible y delicado, un alma siempre dispuesta a la noble y purificadora emoción.

Solterón recalcitrante, no lo fué por esa serie de trágicos y regocijados egoísmos tan admirablemente satirizados por Pereda en su novela "El buey suelto... bien se lame". Una prueba de ello es la pasión que sentía por su familia. Cuando hablaba de sus hermanos o de sus sobrinos, lo hacía siempre con cariño visible. Y a la solicitud con que atendía a sus achaques de estos últimos años su sobrino, el Dr. Jimeno Riera, correspondía generosamente con la efusión más grata entre familiares: la confianza ilimitada y la fe ciega en cuanto su sobrino Joaquín le decía o le mandaba.

Otra prueba de que no fué un solterón egoísta es el hecho

de haber constituido un hogar con todas las consecuencias económicas que lleva consigo. Por cierto que en fuerza de visitarlo llegó a inspirarme la más profunda simpatía. No era un cuarto de soltero a la usanza del día, sino una casa en la que se apreciaba, aunque esto parezca una paradoja, lo que yo me atrevo a llamar un ambiente de ascetismo sin rigor.

Tenia Hilarión Jimeno, del viejo asceta español, sus costumbres morigeradas, su vida sencilla y austera, su afición al retiro y a la soledad, ensalzados por fray Luis de León. Pero en vez de atormentar su vida con duras penitencias, la regalaba con ese misterioso halago que a pocos es dado experimentar, y que consiste en la lectura tranquila y deleitosa, en la diaria averiguación de una nueva verdad, en la contemplación serena de la belleza literaria, en nuestra identificación anónima con ese inmenso tesoro de Arte y de Ciencia labrado por los estudiosos a lo largo de los siglos.

Su cuarto de trabajo, en el piso tercero de la casa de la calle de Blancas, esquina a la de San Miguel, donde vivió muchos años, era un aposento que nos hacía recordar las descripciones y los grabados que conocemos de la habitación en que al Ingenioso Hidalgo, según frase de Cervantes, "se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio", lo cual no quiere decir que a nuestro biografiado se le secara el cerebro ni viniese a perder el juicio.

Para que la ilusión fuera completa, así como al famoso caballero de la Mancha le acompañaban el ama y la sobrina, en nuestro caso no faltaba la sobrina que con toda diligencia lo cuidaba.

Aquel chaflán de su casa de la calle de Blancas, que alegraban el sol y las flores, cuyas paredes cubrían escogidas librerías y cuadritos múltiples que abarrotaban todos los huecos con lindas acuarelas de tipos regionales, medallas conmemorativas, monedas aragonesas de viejos y raros cuños, camafeos y miniaturas, armas exóticas y grabados antiguos, se me antojaba como una especie de relicario de la erudición aragonesa, al cuidado del cual se hallaba el más fervoroso apóstol de nuestra cultura que hemos conocido en estos últimos años.

La amistad, la verdadera amistad, era para él un culto.

Cuantos le veían caminar por las calles de Zaragoza, con paso lento y cansino, la cabeza baja, un tanto inclinada hacia el hombro izquierdo, y la vista recogida como en una constante introspección, no podían comprender la transfiguración que en él se obraba a los pocos minutos de entregarse francamente al placer del diálogo en el seno de la amistad.

Una sonrisa, más bien que burlona ligeramente humorística, se dibujaba en su rostro cuando le tocaba parlamentar en la

plática; y el tono suave y apacible de su conversación era matizado muchas veces con palabras lastimeras, y exaltado algunas otras con acentos de dura indignación.

Allá por los años de su juventud, fué periodista en *La Derecha*, diario republicano de Zaragoza, que si no hubiera desaparecido, hoy sería, indudablemente, un órgano muy estimable de la actualidad. Pero sus ideas políticas, lo mismo que sus creencias religiosas, eran algo sagrado en el fondo de su conciencia; y nunca fueron obstáculo para que el don de la tolerancia resplandeciera sobre todas las cosas en sus ideas y en su conducta, en sus maneras y en sus palabras.

Así era de atrayente el trato, al parecer tosco, de Hilarión Jimeno Fernández-Vizarra.

Polígrafo y erudito.

Fijemos nuestra atención en el polígrafo y el erudito.

Hilarión Jimeno fué, propiamente hablando, un polígrafo; pues si bien por su carrera era un profesional distinguido de las Ciencias químicas, por su vocación fué un gran enamorado de las Artes y de las Letras.

Licenciado en Farmacia y en Ciencias, tenía por otra parte conocimientos más que sobrados para haberse podido llamar Doctor en Letras o en Historia.

Un hombre con esta preparación y con este temperamento, necesariamente había de ser un bibliófilo empedernido. De él podía decirse lo que Baltasar Gracián afirmaba de sí mismo: "que no había para su ingenio placer más grande que el que le proporcionaba tener en las manos un libro nuevo".

Más bien que afición era un verdadero afán lo que sentía por los libros raros y curiosos de cosas de Aragón. En las librerías de viejo de Zaragoza y en las de Madrid y Barcelona, con ocasión de sus visitas a estas capitales, buscaba y rebuscaba con fruición el libro de autor desconocido, el folleto de asunto enrevesado, el noble pergamino arrugado por los siglos, la encuadernación artística y valiosa, el autógrafo del grande hombre, la linda miniatura prodigio de arte y de paciencia, el raro ejemplar de la obra agotada, el incunable prócer, la estampa antigua rebotante de gracia e ingenuidad, el cuaderno de memorias íntimas, la carta manuscrita del político o del literato; en una palabra, cuanto pudiera significar un atisbo de cultura interesante o de curiosa erudición.

La biblioteca particular de Hilarión Jimeno podría dividirse *grasso modo* en tres partes o porciones: una, de obras científicas y profesionales; otra, de letras clásicas, principalmente la

tinias, de las cuales poseía un importante y selecto caudal; y otra, de libros y monografías sobre el Arte, la Historia y las Letras de Aragón. Esta última parte es para nosotros la de mayor interés.

Por los libros que manejaba, por los trabajos que hacía y por los estudios que publicó, advertíase su irresistible simpatía hacia los grandes aragoneses que en el mundo han sido: Miguel Servet, Antonio Agustín, Benedicto XIII, los dos Bayeu, el General Palafox y demás héroes de los Sitios de Zaragoza, Pignatelli, Joaquín Costa y tantos otros que ilustraron con sus empresas las páginas de la historia aragonesa.

De modo especial le interesaron el polígrafo y erudito Ignacio Jordán de Asso y el genialísimo pintor D. Francisco de Goya y Lucientes.

Del primero poseía obras no fáciles de adquirir, como son las que editó Asso en latín, siendo Cónsul de España en Amsterdam:

Biblioteca Arábico-Aragonensis. — Accedunt nonnulla scriptorum specimina opera et studio, Ignatii de Asso del Rio. — Amstelaedami, 1782.

Clariorum Aragonensium Monumenta in lucem prolata, opera et studio, Ignatii de Asso del Rio. — Amstelaedami, 1786.

Sobre esta gran figura había hecho Jimeno estudios muy minuciosos; y fruto de ellos fué el trabajo que leyó en la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, el cual, desgraciadamente, ha quedado inédito, aunque esperamos que no pase mucho tiempo sin que sea publicado.

Respecto de Goya, tenía ideas originales, no siempre concordantes con las que han bullido en estos últimos años al calor del centenario del gran pintor de Fuendetodos.

Los escritos de Zapater, el íntimo amigo de Goya, le interesaban grandemente.

Y él, que ya había redactado algunas inscripciones conmemorativas en honor de algunos héroes de los Sitios de Zaragoza, fué también el autor de las que figuran en las dos lápidas dedicadas a Goya en la casa natal de Fuendetodos y en la casa que habitó con su familia en nuestra ciudad de Zaragoza.

Erudición aragonesista.

La erudición, según sea la persona del erudito, presenta caracteres muy diversos. La de Hilarión Jimeno no se caracterizaba por ser el fruto de una memoria prodigiosa, ni era tampoco el atisbo genial y extravagante. La erudición de Hilarión Jimeno era sencilla, ingenua, todo lo natural que puede ser la

erudición. Daba la noticia escueta y luego la animaba con un breve comentario en el que se hermanaba el razonamiento y la sensibilidad.

En estos últimos años no creo que hubiera muchos aragoneses que le aventajaran en el conocimiento de las cosas de Aragón. ¡Lástima grande que el número de trabajos impresos que nos ha dejado sea tan reducido en comparación con lo mucho que sabía! Consolémonos pensando que una selección de sus manuscritos nos compensará de este vacío que advertimos ahora, que no puede atribuirse a falta de actividad, pues fué Jimeno un trabajador infatigable, sino que es debido a aquel retraimiento, a aquella exagerada modestia, que le acompañó durante toda la vida.

Alcanzaba la erudición de Jimeno a todas las manifestaciones de la cultura aragonesa, llegando, como suele decirse, a lo divino y a lo humano.

Mentabais en su presencia el tema de la devoción popular y al momento desfilaban ante vosotros nombres y advocaciones netamente aragonesas, como Goya y el Pilar; D. Ramón Manuel Garriga y Nogués, historiador del Santuario de Misericordia; Fr. José de Santo Domingo, apologistas de la prodigiosa imagen de la Virgen de Magallón, venerada en los montes de Lecínena; el Dr. Martín Carrillo, biógrafo del glorioso prelado de Zaragoza San Valero; el célebre Dormer, defensor de la vencedora y nobilísima ciudad de Huesca como patria de San Laurencio, contra el dictamen del Dr. D. Juan Bautista Ballester, de Murviedro, que lo proclama natural de Valencia; D. Jerónimo Gómez de Liria y Esteban, debelador de la verdadera patria de San Millán de la Cogolla, al que considera aragonés, sin perjuicio de haber sido el titular de aquel famoso monasterio de la Rioja, cuna de los primeros poetas eruditos de Castilla.

Preguntabais por algún detalle del ceremonial en la anti-gua corte aragonesa, y eran familiares para él las ordinaciones de la Casa Real de Aragón, compiladas en lemosín por el rey D. Pedro IV y traducidas al castellano por D. Miguel Clemente, protonotario de aquel Reino. Deseabais conocer curiosidades científicas, debidas a hombres de ciencia aragoneses, y al momento pasaban por vuestras manos libros raros y curiosos, como la "Disertación sobre la muchedumbre de niños que mueren en la infancia y modo de remediarla", que escribió en 1801 el doctor D. Antonio de Arteta; y la "Triaca magna de los antiguos, aprobada de los modernos", compuesta en 1724 por el ciudadano de Zaragoza, Dr. D. Domingo Guillén; y "La perfecta y curiosa declaración de los provechos grandes que dan las colmenas bien administradas", obra dedicada a la muy ilustre e imperial ciudad de Zaragoza, en 1621, por Jaime Gil, natural de la villa de Magallón; y la "Serie imperfecta de las plantas arago-

nesas espontáneas", aumentada con numerosas noticias que pueden servir al formar el catálogo de las plantas de Aragón", por los farmacéuticos de Castelserás y Torrecilla, Francisco Loscos Bernal y José Pardo Sastrón, y la "Disertación histórica, fisico-química sobre el cacao, su uso y dosis", que para beneficio común dió al público en 1751, D. Manuel Navas de Carretera, regente de la Botica del Hospital de Nuestra Señora de Gracia.

Os interesaban los balbuceos de las matemáticas aplicadas a la contabilidad, y al punto teníais a la vista el "Libro de cuentas extraordinarias", que publicó en Zaragoza en los comienzos del siglo XVIII Martín de Ezpeleta.

Queríais ahondar en la psicología de alguna de las grandes figuras de Aragón; pues bien, "El espíritu de D. José Nicolás de Azara, descubierto en su correspondencia epistolar con don Manuel Roda", podía servir de ejemplo.

Llamaban vuestra atención los poetas nacidos en nuestra tierra, allá en los siglos pretéritos, y al momento teníais donde escoger en el "Aganipe de los cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la fama", por el Dr. Juan Francisco Andrés.

Era Hilarión Jimeno una especie de D. Vincencio Juan de Lastanosa de los tiempos modernos, con más cultura, aunque con menos opulencia que el ilustre prócer oscense.

Un rasgo peculiar, de los más raros y extraños entre eruditos, caracterizaba a Hilarión Jimeno; era un espíritu profundamente analítico y a la vez vigorosamente sintético. Sabía hacer historia minuciosa de las cosas, sin perjuicio de acertar a presentarlas en síntesis sencillas, claras y, sobre todo, eminentemente didácticas.

Voy a terminar sometiendo a vuestra consideración un ejemplo de esta curiosa modalidad de su ingenio.

¿Quién no ha leído comentarios y juicios a granel sobre "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha"? ¿Qué variedad de pensamientos han brotado de las más prestigiosas plumas acerca de este libro inmortal?

La mayor parte de los críticos han apreciado en la magna producción cervantina una vibrante dualidad entre D. Quijote y Sancho Panza, símbolo el primero del más exquisito idealismo y vigorosa representación el segundo del más prosaico positivismo.

Algunos dicen que, a lo largo de la novela, la figura del escudero se va agigantando hasta superar literariamente la grandeza de su señor.

Pero desde nuestro punto de mira aragonesista, hay dos juicios sobre el Quijote, para mí únicos e insuperables: el uno es de Joaquín Costa, el otro es de Hilarión Jimeno.

Joaquín Costa advierte el acierto de Cervantes cuando al llevar a sus héroes a Barcelona los desvía del camino de Zaragoza, para evitar —dice Costa— el riesgo que hubieran corrido en la capital de Aragón, porque no comprendiendo los aragoneses que puedan vivir divorciadas estas dos mitades de la vida humana, el ideal y la realidad, acaso hubieran fundido a ambos en el alma de un solo personaje.

Hilarión Jimeno, en una monografía que le premiaron en los Juegos florales de Zaragoza, del año 1894, estudia la poesía política en sus relaciones con la historia de Aragón. En este trabajo, Jimeno apunta una idea originalísima que yo no he visto en otros autores, con ser muchos los que he hojeado a propósito del Quijote.

Hilarión Jimeno desdobra el ánimo de Sancho Panza en dos personalidades distintas, y dice que en la gobernación de los pueblos hacen falta *Sanchos*, pero no *Panzas*.

Hacen falta Sanchos, es decir, hombres de buen sentido, atentos a la realidad y bien dispuestos para resolver los problemas de la vida con criterio sereno, ecuaníme y acertado.

No hacen falta Panzas, es decir, hombres apegados a sus egoísmos y siempre propicios a sacrificar en beneficio propio el bien de la comunidad.

¡Visión genial de esta gran figura literaria, en cuyo análisis psicológico tanto profundizaron los más grandes literatos de la historia!

* * *

Hilarión Jimeno murió repentinamente en Barcelona. Yo tengo la certeza de que, resignado ante el hecho inexcusable de la muerte, lamentó verse privado de una aspiración inocente de su alma, cual era la de que sus restos mortales fuesen guardados por esta tierra aragonesa a la que él tanto amó.

La Academia de Bellas Artes de San Luis ha hecho en su honor lo que estaba a su alcance. Pero Aragón está en deuda con esta gran figura del aragonesismo. Cuando la ley sanitaria lo permita, y se considere por otra parte momento oportuno, los restos mortales de Hilarión Jimeno deben ser traídos a Zaragoza para reposar en la sepultura que él mismo escogió y adquirió para su cadáver en el Cementerio de la Cartuja Baja. Sobre su tumba deberían esculpirse aquellas palabras del Kempis que le sirvieron de tema en su última lección profesional el día de su jubilación: "No eres más santo porque te alaben, ni más vil porque te desprecien; lo que eres, eso eres y nada más".

Finalmente, quien tuvo a su cargo la dedicación de tantas

lápidas como hoy adornan las plazas y calles y monumentos de nuestra inmortal ciudad, bien merece que un día se le dedique una que recuerde a las generaciones venideras el buen nombre de este ilustre aragonés que sintió, como pocos, la vocación de la modestia, de la oscuridad y del retraimiento, pensando quizá que así como la caridad y el amor se realzan cuando la mano derecha no tiene noticia de las buenas obras que realiza la izquierda, así también sería mayor la gloria de Aragón quedando en la penumbra aquel su peregrino ingenio, consagrado casi por entero a depurar y ensalzar generosamente cuanto de grande y noble produjo nuestra tierra en el rodar incansable de los siglos.

D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra, Profesor.

Discurso de D. Luis de la Figuera y Lezcano.

EXCMOS. SRES:

SEÑORAS:

SEÑORES:

Si siempre he opinado que se deben respetar, y, por tanto, acatar todos los acuerdos tomados por las Corporaciones, mucho más lo conceptué así, a pesar de lo difícil del asunto encargado, cuando esta Ilma. Academia de Bellas Artes acordó que fuese yo quien redactara un resumen de la labor pedagógica que desarrolló en las diversas Escuelas zaragozanas para estudios sobre Arte, Oficios e Industrias, nuestro inolvidable compañero D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra, pues a ello me obligaba no sólo la circunstancia de haber convivido con él en esta artística Corporación y ser él quien contestó a mi discurso de entrada en abril de 1912 — y de cuyo discurso nunca olvidaré las frases cariñosas con que benévola y me favoreció —, sino que además existía otra circunstancia muy de tener en cuenta, que era la de ser yo el único académico que fué compañero suyo en la primitiva Escuela de Artes y Oficios, transformada después

en Escuela Industrial y de Artes y Oficios, y hoy denominada Escuela del Trabajo, desde el año 1897, en que ingresé en la citada primera Escuela, hasta el año pasado en que se jubiló tan estimado maestro.

Bien comprendí desde un principio, al aceptar tan honroso encargo, lo difícil que sería investigar la labor tan importantísima y ejemplar que desarrolló profesor tan prestigioso, pues conocida la modestia que siempre acompañaba a su actuación, había de ser poco fácil recoger datos sobre su continua, intensa y entusiasta labor, pero siempre confié en mi ardiente deseo de honrar como se merece la memoria del cariñosísimo compañero y leal amigo, esperando por ello poder aproximarme al deseado fin de realzar debidamente la modesta y notable figura del muy benemérito profesor zaragozano desaparecido, fiando finalmente en que vuestra esperada benevolencia, al acoger este trabajo, supliría colmadamente a las involuntarias deficiencias que pudiere tener esta reseña.

* * *

En la *Gaceta* del 14 de julio de 1894 apareció un R. D. creando en Zaragoza una Escuela de Artes y Oficios, que sería costeada por partes iguales por el Estado, la Provincia y el Municipio, aportando cada entidad 15.000 pesetas, y que sería instalada en los semisótanos del recién edificado Palacio de Facultades, que sería regida por un Concejo de Patronato que presidiría el Ilmo. Sr. Rector de la Universidad, y en el cual habría representantes del Municipio, de la Diputación, del Claustro de Profesores y del Gobierno.

Desde un principio fué nombrado Profesor de Química de la nueva Escuela de Artes y Oficios D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra, ocupando dicha cátedra desde el primer día con asiduidad ejemplar durante más de treinta y cinco años, dando sus explicaciones con un método sencillo, de fácil adaptación al entendimiento obrero y con palabra precisa y cariñosa, avalorado todo con su experiencia como químico, además, que era del Laboratorio municipal de Zaragoza.

Su felicísima actuación al frente de dicha cátedra se puede comprobar de dos maneras: consultando el libro de actas de las sesiones del profesorado de la Escuela, y otra indagando lo que de él pensaron, aprendieron y apreciaron sus múltiples alumnos.

Indagando por este segundo método cómo enseñaba tan ilustre maestro, nos da veraz cuenta de ello su alumno prestigioso, el Dr. D. Ricardo Horno, quien publicó un interesante artículo en *El Noticiero* de esta ciudad pocos días antes de explicar su

última lección, y de cuyo artículo entresaco los siguientes párrafos:

"...Entre los obreros que en el año 1900 acudían a la Escuela de Artes y Oficios, nos encontrábamos algunos estudiantes, pocos al principio, pero numerosos poco después... Su sencillez, su paternal amor, su leal y franco carácter, sus dotes de maestro nos atraían fuertemente... Entre maestro y discípulo se creaba un afecto tan puro y tan noble, que no ha decaído en intensidad al pasar de los años... Las horas de clase eran por ello deseadas... Como un alumno más trabajaba a nuestro lado, nos orientaba, nos exponía sus juicios e insensiblemente sembraba en nuestras inteligencias todo su enorme caudal científico... Oro de ley eran las lecciones de D. Hilarión, y como tal se recogían cuidadosamente... Un día, el catedrático de Química de la Facultad de Ciencias, el Sr. Vila Vendrell, después de preguntar a varios compañeros, se dirigió al Dr. Gota y a mí, nos hizo muchísimas preguntas, nos puso diversos problemas, nos obligó a realizar algunas operaciones y, al final, nos hizo decir con quién habíamos aprendido todo aquello... Salió de nuestros labios el nombre tan querido, y puedo asegurar que pocas veces he oído elogiar con frases más sentidas ni he sentido más pura satisfacción... Este era el maestro..."

Después de lo entresacado del artículo del Dr. Horno, ¿qué más se puede decir acerca de la importantísima labor de tan docto maestro?... Buena prueba de ella es la numerosa lista de discípulos que han encontrado colocaciones ventajosas en talleres y laboratorios de empresas e industrias oficiales y particulares, y el gran número de alumnos que, agradecidísimos, acudieron a oír la última lección del maestro inolvidable.

El otro modo de investigar la labor de D. Hilarión ya he dicho que sería el consultar el libro de actas de las sesiones del profesorado de las Escuelas en que desempeñó su clase de Química... Dichos libros de actas hablan también elocuentemente de su brillante actuación.

En la primera etapa de esta Escuela, del año 1895 a 1897, fué Secretario interino de la Escuela de Artes y Oficios, y dada la intimidad que tenía con el Ilmo. Sr. Rector de la Universidad y Presidente del Consejo de Patronato, el Dr. D. Antonio Hernández Fajarnés, con quien se veía diariamente largo rato, no sería aventurado suponer que trabajaría muchísimo en la organización de la Escuela en creación, nuestro Profesor de Química y Secretario interino.

Pasó a ser Secretario en propiedad desde junio 1900 hasta octubre 1905, pues según consta en acta, al tener que instalarse en los semisótanos de la Facultad la otra Escuela existente

en Zaragoza, la Escuela de Bellas Artes, por tener que abandonar como ruinoso el edificio en que hasta entonces se cobijaban, manifiesta D. Hilarión que sólo acepta el cargo de Secretario en propiedad por considerar que hace falta trabajar bastante en la adaptación de los locales para que se instalen allí las dos Escuelas y él está dispuesto a hacerlo... Como se ve, era siempre voluntario para laborar en beneficio de la enseñanza al obrero zaragozano, y así se ve que en casi todas las juntas de profesores toma parte activísima en las discusiones de los asuntos que se ponen a estudio y muchísimas veces emite ideas conducentes a la intensificación de la enseñanza.

Así puede leerse que en sesión de 23 de diciembre de 1895 manifiesta que debe tener el profesorado un criterio amplio al juzgar las faltas de asistencia de los alumnos, por constarle que hay todavía alguna resistencia por parte de los patronos a permitir que salgan un poco antes de los talleres para acudir a las clases, y que todo el profesorado debe hacer continuas y entusiastas gestiones en el terreno particular para conseguir la puntual asistencia tan beneficiosa para el obrero, y al fin para la cultura artística del industrial...

Y en la sesión de 28 de septiembre de 1900 propone que para intensificar la labor de la Escuela en beneficio del artesano local, y ya que muchos obreros de más de 20 años no pueden asistir a las enseñanzas, se organice por el profesorado de la Escuela un cursillo de conferencias en el que se desarrollen los domingos por la mañana temas convenientes de las diversas materias que se explican en la Escuela, abriendo para ello matrícula especial con objeto de reanimar el espíritu que ha de dar vida y desarrollo a nuestras enseñanzas... Y a su entusiasta llamamiento respondimos bastantes compañeros y aun profesores de otros centros, y el 30 de diciembre de aquel año se inauguró dicho cursillo, abriendo marcha D. Hilarión con una conferencia que recuerdo fué aplaudidísima y de la que no he podido hallar referencia alguna, debido a la singular modestia que, como he dicho, siempre le acompañaba.

Al tratar de trasladarse en 1909 las dos Escuelas de Arte existentes al edificio construido para ese objeto en la plaza de Castelar, con motivo del Centenario de nuestros gloriosos Sitios (en el cual se cobijó la Exposición de Arte de la Hispano-Francesa), se trató de la fusión de las dos Escuelas, creándose una que pasara a ser costeada únicamente por el Estado y regida por éste. Con motivo de esta propuesta se celebró en enero de dicho año una sesión importantísima en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País para discutir tal idea, y abierta la correspondiente polémica, D. Hilarión consumió un turno demostrando, con los razonamientos que expuso tan acertadamente, su

conocimiento en la materia de que se trataba y sus entusiasmos por la enseñanza en estas Escuelas, todo lo cual repitió más tarde en una junta de profesores celebrada para tratar de la propuesta de fusión de Escuelas.

En agosto de 1918 y de acuerdo con una orden emanada del Ministerio de Instrucción Pública, se reunió en la Escuela una Junta de representaciones de entidades locales relacionadas con la Industria y el Profesorado de aquella, para tratar de la reorganización de las enseñanzas... Se nombró una ponencia encargada de proponer soluciones, la cual, al reunirse, encomendó a D. Hilarión la redacción de un dictamen que resumiera lo manifestado en las reuniones celebradas por los ponentes, y la Junta general oyó con verdadera complacencia y satisfacción el acertadísimo informe presentado por el Sr. Gimeno.

En sesión de 24 de enero de 1929, donó a la Escuela, llevado de su altruismo y de su amor al obrero estudioso, seis láminas de la Deuda Perpetua del Estado al 4 por 100, por valor de unas tres mil pesetas, para que con su interés anual se creara un premio denominado "PREMIO JOAQUIN GIMENO" (en memoria de su hermano, y sin duda para que no figurara su nombre...; ¡siempre la modestia presidiendo sus actos!), que había de otorgarse al mejor alumno del curso, prefiriendo, en igualdad de condiciones, al que con mayor aprovechamiento terminara el peritaje de Químico.

Y llegamos al final de la labor del maestro... El día 31 de mayo del año pasado, quería dar su última lección, pero como dijo en ella, pensaba que pasase desapercibido este hecho y que sólo se hiciese público por el *Diario Oficial*. Una nutrida representación de antiguos alumnos, compañeros de profesorado y amigos de D. Hilarión, organizaban en secreto un modesto homenaje para ese día, consistente en entregarle una medalla de oro conmemorativa de tan inolvidable día, que había de editarse además en bronce para sus admiradores... Lo difícilísimo era convencerle de ese homenaje pequeño, y ya el Sr. Moneva y Puyol nos dio cuenta en un interesante artículo, de los muchos apuros que pasó la Comisión citada, hasta convencerle de que aceptara ese recuerdo en sesión que fuere oficial... Por fin acató el deseo de todos y se celebró dicho día la reunión en la que iba a dar clase por última vez... Todos recordaréis lo solemne de ésta... Se llenó el local más amplio que hay en la Escuela con los compañeros del profesorado de las Escuelas, con representantes de algunas entidades que acudieron particularmente, con numerosos amigos y, sobre todo, con nutridísima representación de sus antiguos alumnos, venidos de fuera muchos de ellos... (¡hasta hubo quien hizo un viaje expreso desde Africa, en cuyo ejército estaba destinado como jefe!).

Después de manifestar el Director de la Escuela del Trabajo, Sr. González Berganza, el agradecimiento del Claustro a cuantos habían contribuido al mayor esplendor del acto que se iba a verificar, y que tanto les satisfacía, dirigió la palabra muy emocionado D. Hilarión, quien principió por decir que siempre trabajó por merecer cariños, nunca por conseguir alabanzas ni aplausos, hizo después una breve reseña de la historia de las ciencias experimentales y finalizó diciendo: Vivamos, pues, para el espíritu, convencidos de que tan sólo estamos en el umbral de una inmensidad incognoscible... Porque pienso así, amo a la Ciencia, admiro al Arte y venero la Virtud... Una salva de aplausos entusiastas coronó aquellas palabras sentidísimas del maestro, reflejándose en todos la emoción...

Terminó el acto con unas palabras elocuentes y cariñosísimas de uno de sus discípulos predilectos, de D. José Pueyo Luesna, principal figura de la organización del homenaje, quien le entregó la medalla de oro, correspondiendo D. Hilarión al merecido recuerdo con palabras agradecidísimas; y como su última nota demostrativa de su inseparable modestia y de su amor a sus discípulos lanzó la iniciativa —que fué acogida con muchísimo entusiasmo— de colocar en su cátedra y por suscripción una lápida conmemorativa a uno de sus alumnos más brillantes, reciente y prematuramente fallecido al servicio de la Ciencia, que había sido discípulo predilecto del Instituto Pasteur, de París, maestro de la ciencia, el médico zaragozano Pedro Aznar...

Jubilado el 21 de octubre del año pasado, se opuso tenazmente al acuerdo de la Junta de Profesores que propuso en la última sesión a que asistió, el colocar en la cátedra de Química una lápida conmemorativa de su paso inolvidable por aquella clase, y hubo que desistir por entonces de la idea...

Indudablemente se le amargó extraordinariamente la vida al no poder ya convivir con los alumnos de Química de la Escuela, y de tal modo debió minarle la tristeza de la nueva vida ociosa y alejada de sus obreros, que cuando menos se esperaba, a poco más de los cinco meses de ser jubilado, de modo fulminante y casi desapercibido —como él deseaba fuera su actuación pedagógica—, falleció en Barcelona el día 16 de marzo de este año...

Y en la primera Junta de profesores de la Escuela se acordó realizar la deuda de compañerismo propuesta en la última Junta a que asistió D. Hilarión, o sea la de colocar en la cátedra que tantos años ocupó una lápida conmemorativa de su inolvidable labor pedagógica...

Sirva su trabajo constante, intenso y ejemplar, como modelo digno de imitarse, y no olvidemos nunca cuanto hizo con su altruismo, con su cariño, con su prestigio y con su caudal científico para ilustrar al obrero zaragozano...

Lloremos al desaparecido compañero y amigo querido...
Honremos la memoria del modesto y laborioso maestro...

Zaragoza, junio 1931.

D. Hilarión Gimeno Fernández-Vizarra, Académico.

Discurso de D. Mariano de Pano.

A propuesta del Excmo. Sr. D. Mario de la Sala Valdés, presidente dignísimo de esta Academia por los años 1895 a 1910, fué electo Académico de número, el 2 de febrero de 1902, el señor D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra, que tomó posesión de su honroso cargo el 9 de marzo del mismo año.

No existía entonces el Museo de Bellas Artes de Zaragoza. Varios lienzos y cuadros, y algunas piedras y muebles, hallábanse hacinados en locales que hoy ocupa el Concejo de la ciudad.

Surgían de tanto en tanto vagas lamentaciones de artistas y aficionados; y en eso quedaba todo: en lamentaciones; sin que nadie acertase en la resolución del magno problema de dotar a Zaragoza de un centro de cultura que todos ansiaban y que por momentos se hacía más y más necesario.

Así llegó el año 1905, en que con el fin de satisfacer semejantes anhelos fueron colocados algunos cuadros en uno de los salones del piso principal de la Casa Consistorial, donde el Museo se hallaba almacenado.

Celebróse en aquel año el Centenario del Quijote por iniciativa del Ateneo de Zaragoza; su Presidenta de honor, la ilustre Duquesa de Villahermosa, D.^a María del Carmen de Aragón y Azlor, entusiasta por las glorias aragonesas, suscitó la idea de instalación del Museo, y a la vez, dicha excelentísima señora costeó el arreglo y colocación de algunas pinturas procedentes de su casa Ducal y existentes ya de antiguo en el mismo.

Y así pasaron aquellos años, y vino en 1907 la preparación de las fiestas centenarias de los gloriosos asedios de 1808 y 1809. Gloria grande será para siempre la iniciativa que en ella tomó

la Sociedad Económica de Amigos del País y gloria de su eximio presidente el Excmo. Sr. D. Florencio Jardiel, hoy yacente para desgracia nuestra en el lecho del dolor.

A propuesta suya, uno de los edificios que habían de construirse para la Exposición fué propuesto para la guarda del tesoro de las Bellas Artes aragonesas. Llegó el momento deseado, una vez celebradas las fiestas centenarias; y la Academia de San Luis procedió rápidamente a la traslación de los elementos que restaban del antiguo Museo de Bellas Artes.

¡Qué tiempos aquellos! Hubo que acudir a los muchachos del Hospicio para colgar los cuadros, a los bomberos del Ayuntamiento para la restauración de los bellísimos arcos árabes y góticos; la Academia no percibía sus asignaciones, ni aun reducidas a 2.500 pesetas anuales; todo había de hacerse de una manera provisional.

Pero hubo Museo en Zaragoza: la colocación de las series pictóricas fué dirigida por D. Juan José Gárate; la de los restos arqueológicos por el Sr. D. Carlos Palao, ambos académicos conservadores.

Varió todo con el nuevo Reglamento del año 1913; suprimiéronse los antiguos conservadores, y D. Carlos Palao fué nombrado Director general del Museo. Y entonces fué cuando, no pudiendo por sus achaques y por su vejez el Sr. Palao atender a la completa restauración y marcha de todo el organismo, la Academia de Bellas Artes de San Luis dió el encargo de hacerlo en la sección pictórica a D. Hilarión Jimeno y Fernández-Vizarra.

Sus ejemplos de aplicación al trabajo, su interés por el progreso y fomento del Museo, la inteligencia con que acometió las obras perdurarán, con grande ejemplaridad, en aquel centro de arte. Dos y más veces cambió la colocación de las series, y por fin acometió el forrado de los muros, que dió lugar a una tercera organización.

La mayor economía presidió los trabajos; las corporaciones populares, comprendieron la necesidad de acudir en auxilio de obras tan importantes para la localidad y aun para la Región; y desde entonces fué adquiriendo fama el Museo de Zaragoza y acudiendo el pueblo a visitarlo con grande asiduidad.

Muchas de las nuevas adquisiciones de pinturas y de objetos se hicieron en aquellos años: el Estado envió colecciones, apareció un auxiliar de gran valía, amante ardoroso del arte aragonés, amigo íntimo de D. Hilarión; este fué D. Javier García Julián, cuya memoria me complace en recordar; y los salones, como por milagro, se poblaron de obras importantísimas.

Los tablas del Santo Sepulcro, del siglo xiv; la *Reina del Cielo*, de *Albalade del Arzobispo*, del siglo xv; el retablo de la Santa Cruz, de Blesa; el de Pastriz, de San Fabián y San Se-

bastián; el cenotafio de la Condesa de Barcellos, y otras y otras pinturas de primitivos aragoneses, subieron en importancia el nivel de la colección zaragozana: primitivos, documentados casi todos. El Museo de Zaragoza, desde la adquisición de tales obras, ocupó un lugar preeminente entre los más importantes, no sólo de España, sino aun de Europa.

Pronto se completó la colección con los Goyas del Canal Imperial y subió de punto el entusiasmo público. D. Hilarión iba colocando cuadros y cuadros; conseguía de D. Mariano Benlliure un envío de pinturas modernas importantísimo, y pudo formar toda una sala de autores modernos que habían sido distinguidos con primeras medallas; Rusiñol, Masriera, Alvarez Sala, Sorolla, Moreno Carbonero, Fortuny, Ferrant, Pradilla, Martínez Abades, Vázquez, Chicharro, Benedicto y otros; otra sala fué dedicada al gran Unceta, y otra, además, a D. Carlos Ahes.

Faltaba la catalogación, y para ello dió el primer capítulo y proporcionó papeletas y papeletas de estudios hechos con aquel gusto y aquella erudición que en vano trataba de disimular; y no poco trabajo me costó arrancárselas, pues él, en sus entusiasmos, pretendía la publicación de un catálogo *perfecto*, cosa completamente irrealizable.

Su erudición ayudó mucho, sin embargo, al éxito, y el *Catálogo* se publicó.

Las iniciativas de D. Hilarión eran relevantes y poderosas. Intentó que por la Academia se llevara a efecto una *Exposición de retratos aragoneses*, para lo cual surgieron graves dificultades; luego fué el motor y organizador de la *Exposición de libros e impresos de la antigua casa de Ibarra*, con brillantísimo éxito, a pesar de lo difícil del problema de vulgarización que en sí encerraba; y llegamos con esto a la gran *Exposición de Goya*, iniciada también por él y por él organizada.

Su discurso de apertura que en este mismo salón leyó, no me fué posible conseguirlo para darle la honra que merecía; se impuso la modestia, y el Boletín donde debió aparecer aún está por imprimir. Los dos fuimos tercetos; él en no dármele, y yo en no publicar el Boletín si no me daba su discurso; como que era la base y el fundamento de aquella memorable Exposición (1).

Con tal ocasión, añadiendo a la modestia en él innata su esplendidez habitual, hizo el Sr. Jimeno un interesante donativo a la Academia de San Luis y al Museo de Zaragoza: el retrato de la calavera de D. Francisco de Goya y Lucientes, pintado por Dionisio Fierros. Es indudable que éste tuvo el cráneo de Goya a su disposición. ¿Qué se ha hecho? ¿A dónde ha ido a parar? El retrato lo tienen ustedes en una de las vitrinas de las salas de

(1) En el presente número se publica.

pintura moderna. El cráneo, el cráneo de Goya, ¿quién sabe dónde está? Fierros hizo excursiones por Navarra y por Aragón (1).

Fué el ilustre Académico D. Hilarión Jimeno gran enriquecedor de nuestras colecciones: grabados antiguos de la Virgen del Pilar, tarjetas de visita, billetes de toros, cartas de baraja, ricas encuadernaciones, firmas de infanzonía, aguasfuertes y grabados de Goya, la preciosísima carta de éste a Zapater, expuesta en la sala del gran pintor, y otros y otros objetos de mayor o menor importancia: todo se le debe a D. Hilarión Jimeno.

Y por si esto era poco, algún tiempo después comenzó la ordenación de nuestro archivo, tomando de él interesantes notas, poniendo a la vista los documentos de la fundación de la Academia en 1793; estudiando las actas de la Corporación y el proceso de su independencia de la *Sociedad de Amigos del País*, por medio del cual logró fijar cuáles eran las pinturas y los objetos de la pertenencia de ésta y cuáles los correspondientes a la Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis.

Pero hay más: la maravillosa colección de dibujos originales traída de Italia por D. Vicente Pignatelli, en el período de fundación, fué descubierta por él, y por él colocada en cuadros y en vitrinas, como hoy aparece en la Sala IV de Villahermosa.

Gracias a él podemos hoy admirar la fecundidad de Juan B. Tiepolo, los dibujos originales del Dominiquino, los escorzos de Francisco Bayeu, los rasgos característicos del Guercino y de Fiamingo, y de otros y otros dibujantes italianos y españoles que dan alto renombre a la colección cesaraugustana: una de las primeras de España en su género, con representación de más de trescientos años y un centenar de originales.

Todos estos trabajos se hicieron en medio del mayor silencio y recato, sin que la mano izquierda pudiese averiguar lo que la derecha producía.

Es también debida a D. Hilarión Jimeno la catalogación de nuestra biblioteca y aun su misma formación, que hoy se completa con la colección de sus libros de arte e historia, debidos a la generosidad de sus herederos que de él tomaron, sin duda, rasgos característicos de modestia y de generosidad. Reciban con esta memorable ocasión la gratitud de esta Academia y el aplauso unánime de artistas y eruditos.

Dirigida fué por él la ornamentación de este mismo salón con las conmemoraciones marmóreas del gran patricio, fundador de esta Academia, D. Martín de Goicoechea, así como la del in-

(1) En la casa de Ruata, de Binéfar, existe una primorosa *Virgen* pintada por Fierros. El cuadro de *Las Espigadoras*, probablemente se pintó allí.

mortal artista y académico de San Luis D. Francisco Goya y Lucientes.

No puede quedar sin mención el admirable trabajo histórico publicado en el número V del *Boletín del Museo*, bajo el título "*Los amigos de Colón*". La dialéctica y galanura con que está escrito le hacen recomendable a todos los que por las cosas de Aragón se interesan.

En él se demuestra de un modo evidente el origen aragonés de los fondos empleados en el descubrimiento de América, fondos aportados con toda generosidad por Luis de Santángel; y el papel importantísimo del rey aragonés, Fernando el Católico, en aquella maravillosa empresa. Fué aquél un escrito de inmensa trascendencia, mediante el cual quedó desvanecida la célebre leyenda de las joyas de la Reina Católica, vindicado el rey aragonés en su autoridad y en su entereza, y honrado nuestro reino como el más noble y aun el más generoso, hasta con palabras del célebre testamento de la misma D.^a Isabel. Bien podemos hoy decir que sin aquel monarca que conquistó media España para Castilla, y sin la ayuda de sus ministros, las Américas no hubieran sido españolas; no en balde mandó el rey ornamentar el gran salón de la Aljafería con el primer oro que llegó de las Indias.

De gran relieve fué también la contestación al discurso de ingreso de nuestro eminente y malogrado consocio D. Vicente Bardaviu, en el cual hizo ver el Dr. Jimeno sus profundos conocimientos prehistóricos y arqueológicos.

Y no acabaría si hubiera de referir todas las empresas que acometió en relación con esta Academia y en defensa de la cultura aragonesa, acumulada, por decirlo así, en este Museo de Bellas Artes.

Era D. Hilarión un enamorado de su tierra, un admirador de nuestra historia, un profundo conocedor de nuestra raza, un erudito de primer orden que, sin reservas, puso siempre su saber a la disposición de cuantos quisieron consultarle.

Dos operaciones quirúrgicas sucesivas no menguaron en lo más mínimo sus facultades; y nos hacíamos la ilusión de creerlo salvo, cuando el Señor dispuso de su vida como dispone de la vida de los demás mortales.

Todos lo sabemos: fué su vida diáfana y limpia; su inteligencia fué privilegiada; ella y la gracia divina le llevaron a Dios. Fueron sus libros predilectos los del eminente P. Gracián, los del gran aragonés Jordán de Asso, la imitación de Cristo: don Hilarión fué un creyente; bien podemos decir como Alejandro Manzoni en su oda maravillosa a la muerte de Napoleón: *...Súbito — viene una man del Cielo — e in piu sperabil are — pietosa il transportò. E l'aviò pe i floridi — sentir de l' speranza, a i campi eterni; al premio — qu' el desiderio avanza — dov' e silenzio.*

e ténèbre — la gloria que pasó..., donde las glorias que pasaron son ya tan solo sombras y silencio, y donde no queda sino sólo Dios con su infinita misericordia.

Descanse en paz D. Hilarión Jimeno y guarden recuerdo perenne en su memoria la Academia de San Luis y el Museo de Bellas Artes y el pueblo entero Zaragoza: que a todos favoreció con sus intereses, con sus estudios y con su ciencia.

Palabras de gratitud.

Discurso de D. Joaquín Gimeno Riera.

EXCMO. SR.:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Es un estado singular el de mi ánimo cuando empiezo a escribir, con destino a una solemnidad de esta insigne Academia, unas pocas palabras de agradecimiento.

De una parte, lo que en ella he de representar ante los que me escuchan: la gratitud de toda mi familia que hubo de conferirme el encargo de expresároslo, haciéndome gustar, por vez primera, el agri dulce privilegio de la edad. Muerto el único superviviente de la generación anterior, me corresponde, porque soy el que más ha vivido, llevar aquí la voz de los que restan. Y ello es, sin duda alguna, a un mismo tiempo, penoso y grato.

Penoso, no ya por lo que siempre tiene de admonición, de advertencia, algo como un recordatorio de que la vida es breve y pasa rápida; sino porque ha de acentuar, llegado el caso, muy vivamente, y le dará a mis ojos una objetividad real, la imagen venerada del que queréis honrar, con póstumos honores, al renuirlos; tanto, que os aseguro que será para mi cual si se hallase de nuevo ante nosotros; como si acabase de abandonar su lejano sepulcro, cerrado a penas, y yo le viese aquí, en estos ámbitos que frecuentó durante muchos años y en los que surgiera su figura callada y solitaria y su adusta apariencia, su cabizbajo andar, y aquella su mirada curiosa, insaciable para lo bello y en la que se veía resplandecer, de cuando en cuando, una dulzura triste... Comprended mi emoción.

Algunos de vosotros, señores académicos, conocéis lo que

representó, lo que influyó en mi vida D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra. Sabéis o —mejor dicho— creéis saberlo, porque es dolor cuya profunda inmensidad y cuya trascendencia sólo puede apreciar exactamente el que lo sufre —mi temprana orfandad, la prematura muerte de mi padre—. Pues bien: fué su hermano, fué vuestro compañero de Academia, recientemente fallecido y por vosotros estimado hasta el punto de haber dispuesto esta sesión, que no tiene otro fin que el de honrar su memoria; fué D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra quien le substituyó. Os hablo, pues, señores, del padre adoptivo para el que fueron mi cariño acendrado, mi profundo respeto, mi ternura sin límites... Padre y amigo y consejero y maestro, con el cual aprendí muchas cosas; y una singularmente, pues procuró inculcármela, para que fuese norma de mi vida, con las lecciones más eficaces, que son las del ejemplo: me enseñó a ser agradecido.

Por eso ocupo este lugar, desde el cual os expreso rendidamente el sentir obligado de la familia entera y el mío propio. Mas, en aquello que atañe a mi persona, no bastan las palabras. Mi deuda para con vosotros es tan grande, que han de ser actos los que habrán de pagarla; ha de ser el afecto que, por mucho que sea, no servirá para premiar debidamente vuestro delicado y generoso proceder. Permitidme que lo propale, pues el caso lo merece y aun lo exige.

Hay entre vosotros algunos excelentes amigos de Hilarión Gimeno; personas que, atravesando sin dificultades aquella su aspereza exterior, lograron penetrar en su sencillo espíritu, transparente y sentimental. Esos amigos saben bien que era D. Hilarión apasionado en sus predilecciones y en sus cariños; hosco para expresar la rectitud de su pensamiento, y débil a la vez si, para contrariarle en sus ideas, se apelaba a lo que, en términos científicos, se llama "sensibilidad afectiva" y a lo que, vulgarmente y empleada en sentido simbólico, resume una sola palabra, que es ésta: corazón.

Pues bien: esos buenos amigos de Hilarión Gimeno, que compartieron sus aficiones, y algunos de los cuales se hallan aquí presentes, adivinaron —más, mucho más que lo supieron por él mismo, pues era parco en su expresión—, las preferencias de su cariño, las inclinaciones de su afecto, la constante y efusiva predilección de su amor. Y yo, señores, tengo por seguro —y el considerarlo me conmueve hasta un extremo que no podéis imaginar— que siempre fui, entre todos los que a él estábamos unidos por los vínculos de la sangre, el preferido, el objeto primero y principal de sus afanes, como el hijo primogénito o único...

Y esos amigos, que lo eran de verdad y así lo han demostrado —aunque yo deba apresurarme a decir, no sin cierto rubor,

que la demostración ha redundado en beneficio mío—, creyeron que el modo mejor de hacer patente el cariñoso respeto que les inspiraba su memoria, era elegirme académico en su vacante; y, pensando de tal modo, dispusieron las cosas para que yo sustituyera al que fué uno de los más grandes amores de mi vida.

Sustituir he dicho, y no he dicho lo que debía... Porque no creo que en la Academia de Bellas Artes de San Luis, de Zaragoza, pueda ser sustituido Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra. Aparte el parentesco, debo hablar imparcialmente. Y bien sabéis que no me ciega el amor filial. Yo no conozco, aquí donde todos nos conocemos, yo no conozco —digo— persona que pueda llenar el vacío que en la Academia deja el muerto amado, a quien es dedicada esta reunión.

Excusado es que os diga sinceramente que yo no sueño con llenar ese vacío. Pero sí afirmo que acepto con orgullo vuestra elección, mi nombramiento, yo que he rechazado otros análogos y que relumbran más, aunque probablemente valen menos; que lo acepto con la más acendrada y sentida gratitud, como discípulo que soy de aquel a quien reemplazo. Y que, en todo lo que a las tareas académicas corresponda, procuraré recordar siempre sus lecciones y seguir sus huellas.



Y ahora, señoras y señores, trataré de cumplir el programa que, por haber estado ausente, no he conocido hasta ayer tarde, resumiendo en pocas líneas cuanto aquí se ha dicho, lo que me permitirá particularizar mi gratitud.

Se ha presentado a D. Hilarión Gimeno como erudito aragonésista. Y no me ha sorprendido, no podía sorprenderme la brillante disertación de Miguel Allué, porque se trata de persona, de siempre unida a la de aquel cuya memoria enaltecemos con familiares lazos de ferviente amistad que se remonta a tres generaciones. Allué Salvador, exaltando el aragonésismo y la erudición de Hilarión Gimeno, ha demostrado palmariamente su propia erudición indiscutible y su sincero amor a la patria chica. Yo me complazco agradeciéndole el valioso concurso que ha prestado gustoso a este homenaje. Por lo visto, Dios me quiere obligar en esta temporada más y más a D. Miguel Allué, acumulando en el ánimo mía causas de gratitud hacia su persona. No ha mucho tiempo que hube de recurrir a su reconocida caballerosidad para hacer frente a insidias medio anónimas, de esas que tanto abundan en estos días críticos en que vivimos, justificando lo que, con un valor y un patriotismo ejemplares, han dicho y repetido en todos los tonos mis ilustres amigos Maraón y Or-

tega y Gasset: que el gran problema de actualidad, "a resolver resueltamente y pronto, porque así lo requiere el supremo interés de la Patria, es el de la decencia". Mas ello no hace al caso. Lo que conviene a mi discurso es que yo os diga que Allué se comportó conmigo tan bondadosa y rectamente como yo lo esperaba. Y que, por lo de entonces y lo de ahora, le reitero mi inolvidable agradecimiento.

Después ha disertado sobre "Hilarión Gimeno como profesor" el distinguido arquitecto D. Luis de la Figuera. Y lo ha hecho sobriamente, puntualizando los rasgos más característicos que advirtió en su colega, quien como lo sabéis, enseñó Química muchos años. Tenía D. Hilarión Gimeno relevantes aptitudes didácticas. Era claro en sus explicaciones, severo en sus juicios, bien que indulgente cuando advertía buena voluntad. Era asiduo en la asistencia a su cátedra. Y, con todo su mal carácter aparente, es lo cierto que sus discípulos le amaban. Todo ello lo ha dejado entrever con discreción amable D. Luis de la Figuera. Acepte también la cálida expresión de mi gratitud.

Y, en fin, señoras y señores, ha hablado nuestro presidente, el ilustre D. Mariano de Pano, la representación o personificación de las Bellas Artes zaragozanas, hombre de sólida cultura, de un excelente criterio artístico, de una bondad, un esmero y un interés insuperables para el cumplimiento de todos los deberes que le crearon sus aficiones. En tantos años de trato con el académico cuya figura ha enaltecido tan acertadamente, creció y aumentó entre ambos una noble y estrecha amistad. Ya habéis oído el elogio que de Hilarión Gimeno ha hecho D. Mariano de Pano. Y yo, que conocía el íntimo pensar de aquél, aseguro que fué la persona del presidente de esta Academia una de las más sinceras admiraciones, uno de los prestigios que reverenciaba D. Hilarión. Ha sido y es D. Mariano de Pano el alma, el sostén, el impulso de esta entidad ilustrísima. Ha sido y es un claro entendimiento, por el que no pasan los años, a través de los cuales conserva toda su admirable erudición artística.

En suma: inolvidable solemnidad en la que alienta una emoción colectiva, rara y unánime; algo que no es frecuente percibir en reuniones de este género, fáciles y vulgares homenajes de ahora, que se prodigan y aun se tributan a personas que viven... ¡Lamentable y audaz extravío de la justicia humana, que hará reír a las generaciones venideras cuando hayan de rectificar tantas cosas rectificables del siglo en que vivimos, de este siglo nuestro en el que culmina la vanidad!

Nada de eso hubo aquí; nada de enfático, de aparatoso, ni ficticio; nada de ostentación ceremoniosa o formulista, ni de vanos propósitos de alcanzar el propio lucimiento, a expensas

de una memoria venerable y aureolada todavía por esa especie de angustiosa respetabilidad que la muerte reciente nos produce. Lo acabáis de presenciar, señoras y señores; habéis contribuido a caracterizarlo con vuestra concurrencia; el acto ha sido la misma sencillez; exactamente lo adecuado a la persona en cuyo honor lo dispuso la Academia y que, en espíritu, se halla, sin duda, con nosotros, como parece presidirlo en efígie, merced a la acertada expresión con que logró componerla en el lienzo un benemérito artista zaragozano: Joaquín Pallarés. Yo os pido para el excelente pintor de la tierra un aplauso tantas veces merecido.

Y voy a terminar, que ya es hora que os releve de atender a mis palabras, que valen poco por ser mías, aunque esta vez las embellezca el sentimiento con que las escribo, en honor de una memoria tan preciada. Toda la familia de Hilarión Gimeno os reitera el homenaje de su gratitud. Y con el fin de corresponder al cariñoso respeto con que os proponéis exaltar el nombre de quien compartió fraternalmente con vosotros las tareas académicas, esa familia ha decidido entregaros para el Museo la parte principal —que pronto será toda— de las pinturas, libros, autógrafos, curiosidades y objetos artísticos, que constituyen la única y modestísima propiedad —y para nosotros herencia— de aquel a quien amamos con toda el alma.

Innecesario decir que ha muerto pobre y que a nosotros nos importa solamente la herencia *moral* suya; y de un modo especial me importa a mí. Yo quisiera apropiarme, ya que no su preclaro intelecto, ni su copiosa erudición, ni su infatigable laboriosidad, sí, por lo menos, sus amistades, sus simpatías, sus preferencias y sus costumbres, para adoptar las cuales me siento con una muy singular disposición, que es familiar, indudablemente. Algo hay en mi interior que me lo dice cuando, en mis prolongadas soledades, leo sus libros predilectos, los mismos que él leía... Así se explica la satisfacción que me produjo el saberme académico... Como me la produciría todo lo que me permitiera imitarle...

¿Qué más? En nombre propio, en el de mis hermanos y en el de todos los próximos parientes de Hilarión Gimeno, unas pocas palabras aún, que se refieren a una circunstancia desgraciada y fortuita que conocéis, pero de cuyo porvenir me interesa enteraros. Me refiero a la fatal casualidad de que su muerte ocurriese en Barcelona, lejos de la tierra aragonesa, que amó toda su vida con ternura inefable. Sus aficiones y la atracción que lo bello ejercía sobre su alma selecta, se concretaban, por decirlo

así, en el recinto aragonés. Así, bibliófilo, buscaba y adquiría —cuando le era posible, naturalmente— libros *aragoneses*, porque lo fueron sus autores o porque se imprimieron en Zaragoza; aficionado a la pintura, era ferviente admirador de Rembrandt, de Velázquez, de los primitivos italianos y flamencos, y, en general de todos los príncipes del arte; pero su preferido y su *biografiado* era Goya, aragonés, zaragozano, de Fuendetodos, cuya vida llegó a conocer mejor que nadie; de la historia regional poseía conocimientos maravillosos por su extensión, por su minuciosidad y también por el vigor con que los conservaba en los últimos años. Tened en cuenta que es una ley psicológica la de que los recuerdos son tanto más vivaces cuanto que en ellos es mayor, lo que llamamos los psicólogos “carga afectiva”. Y era D. Hilarión Gimeno un hombre en el que rebosaba el cariño a su tierra. ¡Y murió lejos!

Si quiere Dios que yo siga en el mundo cuando transcurra el plazo que señalan los preceptos legales —y si faltara yo, lo harán mis hijas, las que conocen mi propósito y lo habrían de cumplir piadosamente—, los restos del que todos amamos como a un padre ocuparán la sepultura que tenía dispuesta, la que adquirió, conmigo, recientemente, en un rincón del Cementerio de la Cartuja, que es el de los amores nuestros que se fueron y que no volverán... Allí, en aquel rincón, están los padres, los abuelos, los hermanos... Allí está, para todos nosotros, la morada postrera.

Será entonces oportuna la ocasión para grabar en el sepulcro de Hilarión Gimeno una palabras que le recuerden...

Y yo he de confesar que no sé redactarlas, quizás porque me falta en este caso la concisión; tantos son —demasiados, lo reconozco— los elogios que quisiera perpetuar mi cariño. Con las menos palabras que fuese posible, la inscripción funeraria debería expresar algo así:

“Guarda esta sepultura los restos de un gran aragonés enamorado de su tierra, D. Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra, espíritu sencillo, que consagró su vida a buscar, trabajando oscuramente, de tal modo, que casi nadie lo advirtió, todo lo que contribuyera a enaltecer las glorias de Aragón... Hombre de gran entendimiento, de erudición insuperable y de una generosa e incomprensible rectitud, fué justo, piadoso y austero; fué, sobre todo, un alma buena, un alma de Dios, una de esas almas que no debieran marcharse nunca...”

Sección necrológica.

El Excmo. Sr. D. Florencio Jardiel, Académico de San Luis.

Discurso de D. Mariano de Pano en la velada necrológica de la Sociedad Económica Aragonesa.

Sres.: Se me han señalado para esta velada como tema de mis palabras los méritos de D. Florencio Jardiel, Académico de Bellas Artes de San Luis; empresa superior a mis fuerzas por la alteza del sujeto; más tal es la abundancia de sus méritos, que bien podrán suplir la escasez y quebranto de los míos.

Amé mucho en este mundo al gran orador zaragozano; tuve la suerte de acompañarle en alguna de sus empresas; le vi de cerca, le admiré siempre. Alma recta, corazón abierto, patriota insigne, trabajador constante y entusiasta.

¿Quién no admiró durante su vida al popularísimo y humilde sacerdote que ensalzó de tal manera las glorias de nuestra excelsa Patrona la Virgen del Pilar con sus discursos, con sus libros, con sus talentos y con su constante trabajo?

¿En cuál de las entidades a que perteneció nuestro llorado Presidente no dejó los effluvis de su ciencia, de su literatura y de su caridad?

Entre el grande número de eruditos que dieron vida a la Academia de Bellas Artes de San Luis nadie estuvo a su altura en el amor al arte. Era D. Florencio artista por naturaleza, artista por la pluma, artista por la palabra, artista por el ingenio.

Hace ya muchos años se quiso dar a los Juegos Florales una organización semejante a los de Cataluña, con su Paladio y su cuerpo de Mantenedores. Por unanimidad se otorgó a D. Florencio el difícilísimo cargo de Mantenedor efec-

tivo; nadie como él podía aceptarlo, y resultó grandísimo acierto la designación. Celebróse la fiesta en el Teatro Principal, que estaba como nunca, rebotante de público, maravilloso de asistencia. Fuera corrian vientos de fronda, ansias de revolución, fobias de odios mal reprimidos: el Mantenedor era un eclesiástico; situación difícilísima la suya...

Aparece Jardiel en el escenario; silencio profundo, aplausos tímidos y breves. Comienza su oración; comienza a fijarse el pueblo en aquella arrogantisima figura, en aquella voz simpática. Tras breve exordio, va levantando su voz. De pronto, se desprende del manteo y se lanza en párrafos brillantes, en apóstrofes magníficos, en figuras y descripciones maravillosas... Aquello fué la locura. Todo el público del teatro, entusiasmado, se puso en pie. ¡Ovación inmensa! Triunfo oratorio de primer orden, cual nunca tal vez lo había presenciado Zaragoza.

¡Fides, amor, patria!: nadie os cantó jamás como en aquella inolvidable tarde D. Florencio Jardiel.

Otro triunfo suyo recuerdo, inmenso también: el del Centenario del Quijote (1905); y otro, el de las exequias del Centenario de los Sitios (1908), y otro y otro...

¿Quién pudo cantar como él las glorias de Zaragoza, las banderas de Palafox, el valor y las energías de la Condesa de Bureta, el acto valeroso de Agustina, la derrota de las águilas imperiales?

¿Quién pudo como él cantar la moral del Quijote en párrafos elocuentísimos de oratoria sagrada?

Y lo más admirable aun no eran los triunfos repetidos, sino la modestia en que luego los encerraba. Al día siguiente acudía al Coro como uno de tantos prebendados, o platicaba sencilla y fervorosamente ante las Asociaciones Teresianas.

Era D. Florencio un entusiasta de la Cruz, sobre todo de la Cruz del Coso de Zaragoza que, derruida durante la guerra de la Independencia, había sido sustituida por un desdichado Neptuno, medrado Dios de las aguas, allí donde apenas corrian sino sucias y tenebrosas.

La sangre generosa de los Mártires de Zaragoza rechazaba en los pechos cristianos aquella indecorosa representación, debida tal vez a la incultura de alguna logia masónica.

Nada dijo D. Florencio; pero hizo cien visitas a las cien familias de Zaragoza que mejor podían facilitar sus intenciones; puso a contribución sus amistades con el insigne Querol; acudió a todos los recursos, y otra vez se alzó en el Coso la Cruz, recordando el triunfo cruento de los innumera-

bles mártires y el sacrificio de los héroes de la Independencia.

Más todo esto, que de tal manera avalora los méritos del insigne Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, acaeció fuera de los ámbitos de esta Academia; dentro de ella podemos también registrar otros triunfos que corroboran la grandeza de aquel ingenio inolvidable.

En 1923 (17 de junio), celebró ésta una sesión memorable en honra de aquel inmenso artista que se llamó D. Francisco Pradilla y Ortiz, autor de la Rendición de Granada y de doña Juana la Loca. Tomó parte en la sesión el Excmo. señor D. Florencio Jardiel y Dobato. La ocasión era propicia y oportuna para que elevara sus vuelos aquella su alma de artista inimitable.

Habló de Pradilla, habló de sus grandes concepciones artísticas y decía: "Es que Pradilla, inteligencia abierta y despejada, hombre de recto juicio y de arraigadas convicciones cristianas, sabía bien qué es lo que constituye la esencia, la substancia del arte, y que si el arte es substancialmente educación y la educación tiende al perfeccionamiento de la vida moral del hombre, es claro que no puede vivir pegado a la materia, que debe sobreponerse, que debe flotar sobre todo aquello que es miserable y bastardo, buscando en sus anhelos lo que puede engrandecer y dignificar el espíritu, lo que es gloria de Dios y gloria de las almas.

Fortalecía en Pradilla estas convicciones su cultura artística. Sabía de la historia de la pintura cuanto puede saberse y había consumido su juventud en el estudio de los grandes maestros; no eran para él un misterio las evoluciones porque había pasado el arte pictórico, ni lo era tampoco cómo a través de todas las escuelas y aun a través de todas las locuras y extravíos del Renacimiento se había conservado la tradición, la tradición cristiana, la que fija sus verdaderos límites al ardor de la fantasía, la que santifica y bendice todas las nobles manifestaciones del arte, la que presta a la imaginación los asuntos más elevados y más dignos, la que cuenta entre sus servidores más sumisos a los gigantes, a los colosos de la pintura.

Y fué fiel a la tradición, a la tradición española, a la tradición netamente cristiana."

Y terminaba con los siguientes apóstrofes, dirigidos a la juventud: "Amad las artes; no hay una sola que no viva animada por el soplo de Dios; pero cuidad al mismo tiempo de su prestigio. La prueba más segura de vuestro amor será el respeto; y no se dirá que las respeta quien contribuya de

cualquier modo a que pierdan, con su grandeza y elevación, su gloria y su corona."

Y acababa diciendo: "Cuentan de Miguel Angel que, al terminar aquellos frescos maravillosos de la Capilla Sixtina, asombro de los siglos, quedó tan acostumbrado a mirar a lo alto, que no podía sin desvanecimiento bajar los ojos y mirar a la tierra. Esto, esto quisiera yo, y a ello os exhorto con todo el afecto de mi corazón. Ministro de Dios, que es la belleza misma, amo apasionadamente las artes y amo apasionadamente a los artistas; pero quisiera, no que vuestros ojos, que vuestra alma, a la que Dios quiso comunicar una parte de su potencia creadora, de tal manera se acostumbrara a mirar a los Cielos que no pudiera, sin repugnancia, sin sentir vértigos de una repulsión invencible, fijarse en las miserias de la tierra. La inspiración es de Dios y viene de lo alto; de abajo sólo pueden subir los vapores de la disipación, que perturban y desvanecen."

Esta lección a los artistas y esta contemplación del arte, son lección y contemplación que deben perdurar, si queremos evitar los extravíos de esas locuras que todos los días presenciábamos en lo que se ha dado en calificar de arte moderno o modernista.

Otros triunfos logró nuestro llorado Presidente en la Academia de Bellas Artes. Uno de ellos fué el discurso de contestación al ingreso de D. José María Vargas y Delgado. Había ingresado éste como afecto a los estudios numismáticos. No perdió la ocasión D. Florencio de ofrecernos la lista y los progresos de la numismática en Aragón, comenzando por la regia munificencia de Alfonso V, gran investigador y curioso coleccionista; siguiendo con la ciencia del gran teólogo D. Antonio Agustín, en sus "Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades"; citando a D. Martín de Gurrea y Aragón, Duque de Villahermosa y Conde de Ribagorza, con sus "Discursos de medallas y antigüedades"; a D. Francisco de Gurrea, con su gran colección de seis mil medallas púnicas, griegas, romanas y de otras naciones; a D. Vicente Juan de Lastanosa, con sus inmensas series de 8.000 monedas de cobre, 171 de plata, varias de oro; mil y cien jaquesas de cobre ligado con plata y muchos medallones, sellos romanos, piedras grabadas, camafeos, estatuas, urnas, barro, número al cual no llegaron los más afamados coleccionistas de su época. Y siguiendo con D. Ignacio Jordán de Asso, y con la misma Sociedad Económica, poseedora en otro tiempo de copiosísima colección, terminaba con los nombres ya modernos de D. Angel M. de Pozas, D. Jorge Jordana, D. Joaquín López Bernués, D. Prudencio

Cabañero y Temprado, D. Pablo Gil, D. Tomás Giménez de Embún y D. José M. Vargas y Delgado”.

Y así nos trazó Jardiel, en breves páginas, todo el cuadro, por demás interesante, de la numismática aragonesa.

¿Qué ha sido de oratoria tan admirable, de atracción tan sugestiva, de ingenio tan brillante del que supo cantar en breves estrofas el Himno popularísimo a Ntra. Sra. del Pilar, del gran poeta, del insigne artista, del inmenso orador?

Como decía aquel famoso poeta: “Todo desapareció, cambió la suerte—voces alegre en silencio mudo”, y añade aquello de “Voces de dolor el alma siente...”

No sigamos: Domina en todas las energías de Jardiel la nota sacerdotal, la nota cristiana; lo que va con el alma a recibir corona inmortal de gloria...

Descanse en paz...

Fallecimiento de nuestro ilustre socio correspondiente Mr. Pierre Paris.

A las seis de la mañana de ayer, y a consecuencia de una angina de pecho, falleció en Madrid el insigne arqueólogo francés Pierre Paris, director de la Casa de Velázquez y del Instituto Francés, de Madrid.

La noticia, al ser conocida, causará hondo pesar, pues Pierre Paris, por su carácter y bondad, supo granjearse el afecto de cuantos le trataron. Era un enamorado de España, y a él se debe principalmente que cristalizara en realidad la fundación de la Casa de Velázquez. Su entusiasmo por nuestra Patria lo acreditó en todo momento, contribuyendo con su poderosa inteligencia y con sus conocimientos a divulgar la cultura hispánica, aportando con sus estudios servicios estimabilísimos e inapreciables.

Entre los muchos estudios que llevó a cabo en España Pierre Paris, fué uno de los más importantes el que hizo sobre “La dama de Elche”, busto antiguo de mujer, hallado en 4 de agosto de 1897 en la Alcudia, solar de Ilici, por los trabajadores del doctor Campellas, en los alrededores de la actual Elche (Alicante), adquirido por el Profesor Pierre Paris para el Museo del Louvre, donde se conserva, por un precio módico (4.000 francos). Pierre Paris defendió el cali-

ficativo que la imagen ostenta en el Museo del Louvre, por creerla obra de un artista español, que conocía los procedimientos del arte griego.

Pierre Paris había nacido en Rodez en enero de 1859.

Empezó sus estudios superiores en la Escuela Normal de París, y en la Universidad de la capital francesa se doctoró en Letras en 1890. Se dedicó a los estudios arqueológicos, en los que bien pronto demostró las altas dotes de su inteligencia.

En 1892 fué designado para Profesor en la indicada materia en la Universidad de Burdeos. En esta ciudad fué Director de la Escuela Municipal de Bellas Artes y Artes Decorativas.

Por acuerdo del Gobierno francés realizó importantes excavaciones en el santuario de Apolo, descubierto en Delphos. Más tarde dirigió las excavaciones de Elatea, poniendo al descubierto el templo de Atenea Cranaia.

Hizo numerosos viajes a España a partir de 1897, y llevó a cabo importantes estudios. En 1910 se le encomendó la dirección de la Escuela de Estudios Superiores Hispánicos, fundada por la Universidad de Burdeos (sección del Instituto Francés, de Madrid).

Con Ernesto Merimée y Morel Fatro dirigió en París el "Bulletin Hispanique". Actualmente era Director del Instituto Francés en Madrid y de la Casa de Velázquez.

R. I. P.

D. Vicente Bardaviu.

Grandes amigos en el arte fueron M. Pierre Paris y don Vicente Bardaviu. Ambos dedicados a los trabajos prehistóricos, se hicieron notar en los dominios de la ciencia. Desgraciadamente, ambos han desaparecido en poco tiempo: primero, nuestro consocio académico D. Vicente, y luego, y ya en el año actual, Mr. Paris.

Las excavaciones de aquél en el Bajo Aragón serán memorables siempre por sus novedades y por su fecundidad. En el Cerro del Taratrato (Alcañiz), descubrió toda una población prehistórica, de grande interés arqueológico, y en ella la primera fábrica de harinas de explotación públi-

ca, con varias piedras de moler, con sus aljorines para el remojo del trigo y con sus correspondientes departamentos.

Los escritos de Bardaviu llamaron justamente la atención por su importancia prehistórica.

Su carrera fué de gran ejemplaridad. Beneficiado de San Felipe, Párroco de Albalate del Arzobispo, Párroco de San Miguel de los Navarros en Zaragoza, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza.

Ingresó como académico de Bellas Artes de San Luis en 1918; fué eminente su discurso de entrada sobre la prehistoria de Zaragoza.

Ingresó también en la Academia de Ciencias de esta ciudad.

Fué sacerdote virtuosísimo y persona de gran prestigio en la ciudad de la Virgen del Pilar.

Falleció en 5 de septiembre de 1929.

Descanse en paz.

X.

CRÓNICA DEL MUSEO

Por vía de introducción diremos que el *Museo de Zaragoza* representó brillantísimo papel en las Exposiciones de Barcelona y de Sevilla. Fué a ésta el D. Félix Azara de Goya, del depósito de Urriés, con un envío considerable de excelentes pinturas, como el retrato de Calomarde, de D. Vicente López; el Descendimiento, de Bernat y Jiménez (siglo xv); Santa Cecilia, de Juseppe Martínez; cuadros de Bayeu y Barbasán, etc. A Barcelona fueron el soberbio retrato del Duque de San Carlos, también de Goya; el de Fernando VII y la colección de vasos ibéricos y romanos de Azaila, Sena y Mallén; magnífica colección de cerámica y de objetos prehistóricos. Todo regresó sin novedad alguna apreciable. Sin embargo, no conviene repetir estos préstamos de objetos tan importantes, a los cuales siempre perjudican los cambios de temperaturas y de ambientes, aparte de otros muchos peligros que son bien notorios.

Durante los dos años últimos en que ha estado en suspenso nuestro Boletín, por razones que no son del caso, el Museo de Zaragoza ha tomado nuevos incrementos y adquirido mayor importancia.

En 1928 celebróse en él la Exposición de Goya con motivo del centenario de su muerte: exposición de que guardaremos eterno recuerdo con el presente número del "Boletín", por lo cual no nos extendemos en esta crónica.

Desde entonces tenemos que registrar, en la sección numismática, la interesante colección de medallas regaladas por el ilustre académico D. Luis G. de Azara, Marqués de Nibbiano, entre las cuales merece especial mención la acuñada por los Cuestores Romanos en honor de D. José Nicolás de Azara. Esta acuñación conmemora el hecho de haber Azara contenido las fuerzas del ejército de Bonaparte en 1796, cuando se dirigían contra Roma. Fué firmado entonces el Armisticio de Bolonia, y Azara proclamado *Libertador de Roma* y *Senador romano*.

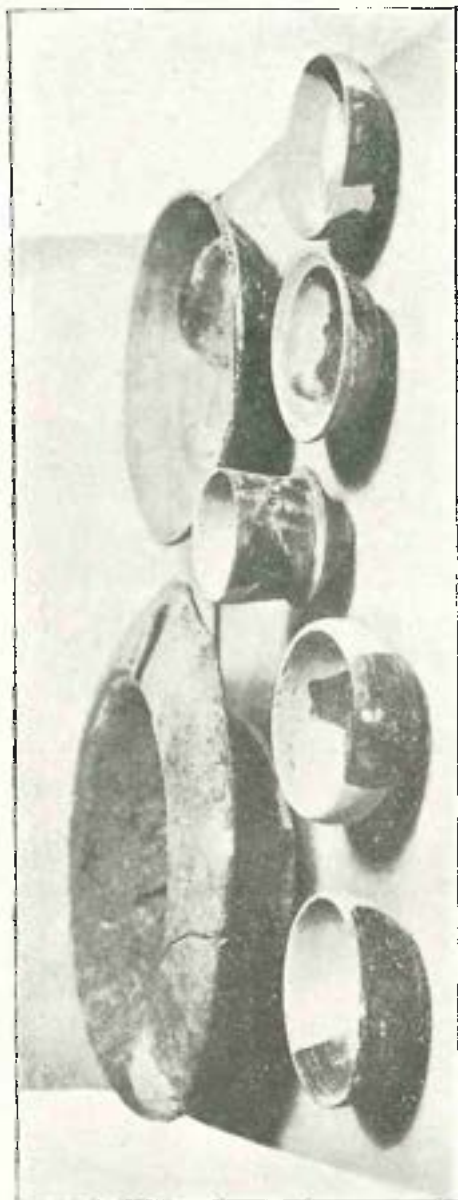
Fué también de importancia el donativo de monedas griegas, hecho por nuestro difunto compañero D. Angel Sangrós: monedas que después fueron clasificadas por el ilustre jefe de Ga-



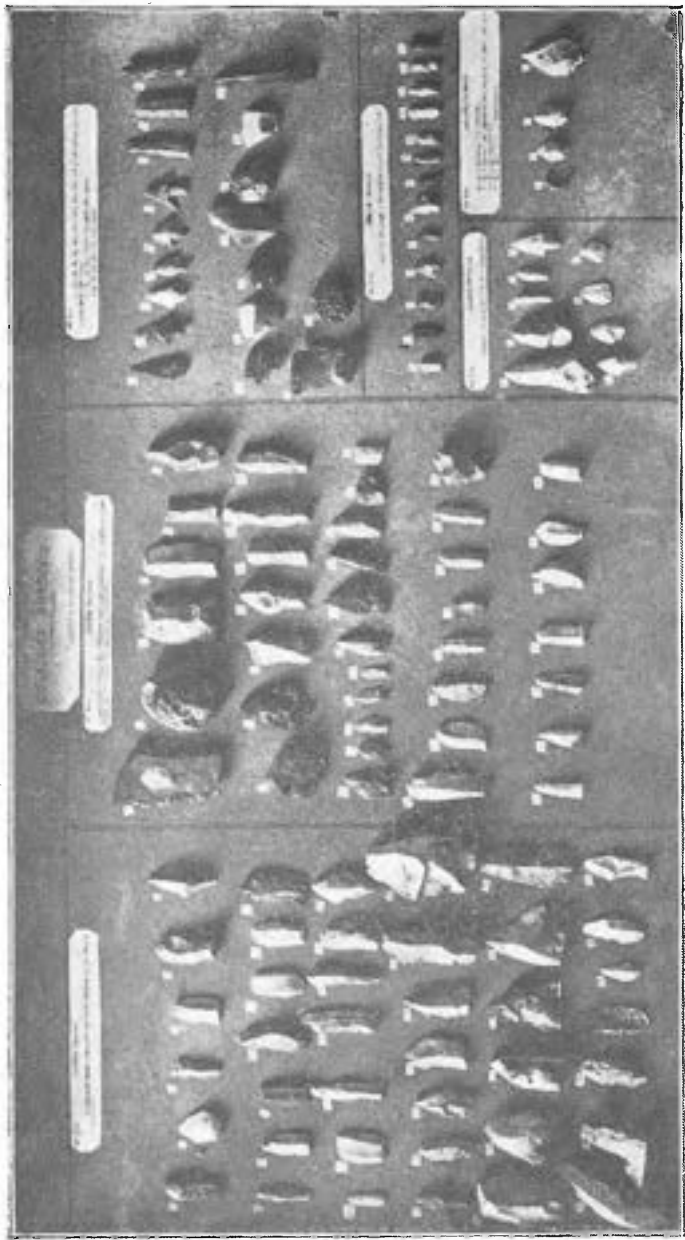
Excavaciones de Mallén (cuencos historiados).



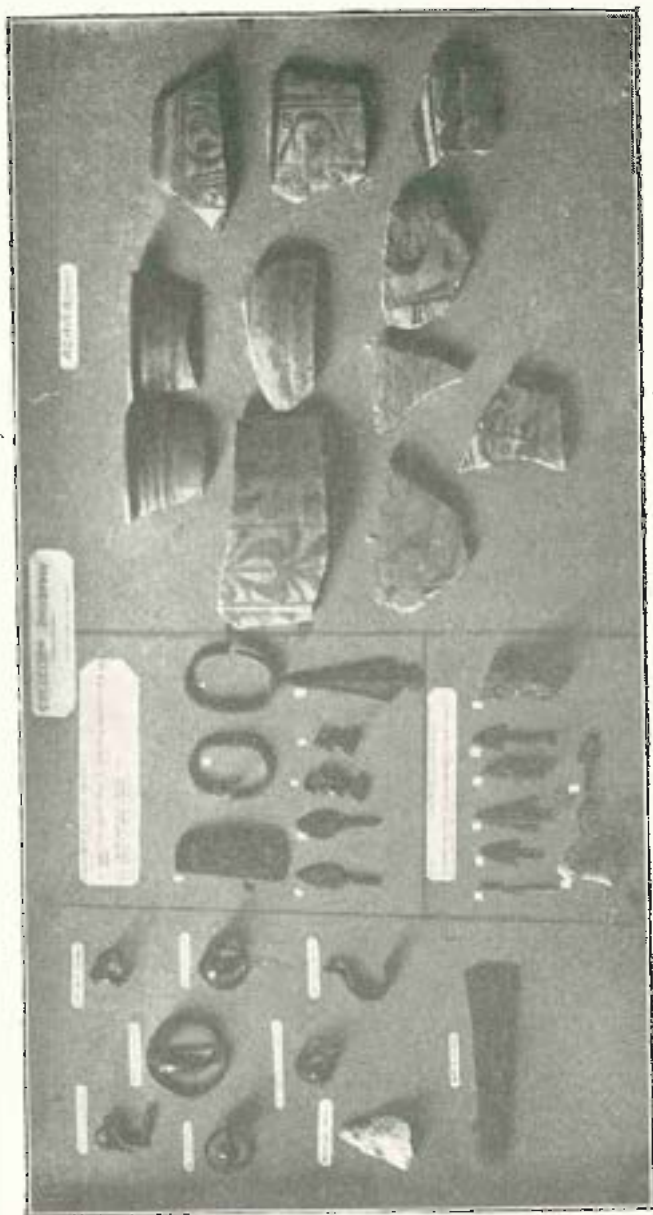
Excavaciones de Mallén (cerámica sigilata).



Excavaciones de Mallén.



Una de las vitrinas de la Colección Bardaviu.



Algunos ejemplares de la Colección Bardaviu.

binete de medallas del Museo Británico, Mister Hill, a quien debe esta atención nuestro Museo.

Otro donativo de importancia debemos registrar, que es el de las admirables ediciones de libros de la casa ducal de Alba.

Del Marqués de Villamar recibióse una excelente pintura, retrato de dama; del Sr. D. Juan Angel Gómez Alarcón, un paisaje nevado; un cuadro pintado por D. Leopoldo Albesa, paisaje también; de la *Voz de Aragón* una magnífica lápida sepulcral de Cristóbal de Blancas, procedente de la voladura de Santa Engracia; de D. José M. Castejón, un fragmento de una lápida árabe sepulcral hallada en Azuara.

En Quizano (Huesca) hallóse una inscripción sepulcral romana de grande interés, que fué adquirida para el Museo y figura ya en su Catálogo de 1928.

Fué de importancia también la colección de cerámica romana de Mallén, procedente de las excavaciones practicadas por don Pedro Armengol. De dicha colección, seleccionados y montados por el oficial de muestra secretaria D. Mario Miguel, han salido abundantes vasos y cuencos de cerámica roja sigilata, a los cuales está dedicada una gran vitrina en la Sala Romana. Reflejan tales objetos en su ornamentación de relieve, las costumbres de la época de los Emperadores: los juegos del Circo y los juegos de los niños, la fauna y la flora, las divinidades, etc., con ornamentaciones de círculos concéntricos y de palmas, etc., etc. Colección de gran importancia artística y arqueológica.

La familia de D. Hilarión Gimeno y Fernández Vizarra, a la muerte de éste, ha estado espléndida con el Museo de Zaragoza, donando a la Academia de San Luis casi todos los valiosos libros del gran maestro y entregando para el Museo el precioso retrato de D. Juan Eugenio de Arcenbusch, pintado por E. Rosales; el de una *dama*, debido al pincel de Madrazo; un primoroso paisaje de Casimiro Sáinz; un ramo de flores de Geissa; dos interiores rústicos de Valdivia; un *asunto fantástico*, de Eugenio Lucas; un *día de lluvia*, por Lizcano; una *cabeza de estudio*, por López del Plano, y una *tabla de Profetas* del siglo xv.

Por desgracia, no ha sido solamente la muerte de D. Hilarión Gimeno la que tenemos que lamentar; pocos meses antes daban fin los días del venerable y por tantos conceptos ilustre académico D. Vicente Bardaviu. De su espléndida colección arqueológica, ha venido al Museo de Zaragoza todo cuanto él había enviado a la Exposición de Barcelona y todo cuanto quedó en su casa. En dicha colección están representadas todas las épocas: paleolítica, eneolítica, del bronce, del hierro, civilización ibérica del Bajo Aragón y del Ebro, época romana, etc. Ha sido preciso preparar nuevas vitrinas, que están ya colocadas en sus correspondientes departamentos.

En el lapso de tiempo a que se refieren estas notas, se ha publicado la segunda edición del Catálogo de la *Sección arqueológica* del Museo y la primera de la *Sección pictórica*; pero tal es el impulso que lleva la colección, que pronto quedarán anticuadas por aportación de tantos ingresos como se realizan.

De nuestros planes de obras, diremos también aquí cuatro palabras. En 1929 y 30 hubo que remover y fortificar todos los pavimentos del *Museo Arqueológico*. Como hecha de prisa, la obra del edificio había perdido en parte su estabilidad, y con hundimientos parciales amenazaba la de los visitantes. Fué costoso el trabajo que se realizó, pero quedaron los salones en excelentes condiciones de seguridad y decencia. El gasto fué considerable, y gracias a la subvención del Estado pudo afrontarse.

En los actuales momentos se están reparando los techos de la galería del Museo de Pintura, que en épocas de lluvia se filtraba por todas partes: ha habido que levantar los tejados. Obra costosa también que no podía demorarse, pero que habrá de irse reedificando en varios años por la escasez de recursos.

NOTICIA PARTICULAR

de la Puente de madera que tiene Zaragoza sobre el Ebro y de su nueva, pronta y mejorada construcción por haberse quemado inopinada y fatalmente la antigua, por D. Diego Franco de Villalba.

Eran las diez y media de la mañana, el día diez y nueve de febrero del año mil setecientos y trece quando entre horrores y lamentos se oyó por las calles de Zaragoza que la puente de madera ardía y era fuego ignorado u artificial el que la quemaba.

Extremecieron a todos estas lastimosas voces y combatiendo el cuidado y el sentimiento que producian, se aumentó el dolor y la pena con ver frustrados los afanes de mucha gente que se aplicaba al remedio y los discursos y direcciones de Personas Peritas y prudentes. Y en fin llenó de pavor y de espanto el desconocer la disposición y pábulo de su misma estructura para el incendio, al observar la muy activa lentitud de el aire que lo inflamaba; el advertir in-

útiles hasta las mismas aguas vecinas y el parecer que aun de entre ellas salian tan voraces e inestinguibles llamas, para consumir, como sucedió en menos de dos horas toda la gran Machina de aquella celebrada Puente.

Cuya lamentable fatalidad explicó bien la rara concisión y elegante manera de este Distico:

Obstupuit combusta ruens ea Machina Pontis.

Lux natura negat Pascitur Ligna Aquis.

Diose cuenta a el Rey Nro. Señor de esta desgracia con la averiguación de ser inopinado el suceso que sin noticia de artificio, violencia ni aun casualidad reparable para la ocasión de tal extrago y de tan lastimosa ruyna, a que correspondió S. M. doliendose mucho y ofreciendo ayudar para su conveniente y necessaria rehedificación con mil y quinientos doblones, que los consignó luego sobre la parte que le tocaba en la actual fabrica de moneda por ser el efecto mas pronto.

Con esta asistencia y la actividad y celo de los que gobernaban la Ciudad se confirió inmediatamente la nueva construcción de el Puente interviniendo personas diputadas por el Cabildo de la Santa Iglesia que representa a todo el Estado Eclesiástico y por la Confradia de S. Jorge que representa al Estado de Nobles y exentos seculares, a cuyos puestos se havia dado muy luego por la Ciudad la formal noticia de este fatal suceso, deliberando la Junta de unos y otros que se formó de personas nombradas por los tres Puestos, que también fuese de madera la nueva fabrica de la Puente. Con cuya resolución adelantó la Ciudad sus oficios y la diligencia de que se corone prontamente la madera necesaria, sin perder la razón y oportunidad de el menguante de Marzo, fiando estas disposiciones a la eficacia y dirección de el Señor Marques de Lierta, Rejidor de la Ciudad, para que se adelantare la fabrica y no dependiese tanto su providencia de la sagacidad y negociación de los asentistas que acudiesen con los carteles que se pusieron para la mas pronta, mas segura y menos costosa construcción.

Explicaronse algunos artifices para entrar en el desempeño de la obra pero con tan desatinada explicación como la de pedir al principio ciento diez mil pesos, pagando la madera ya cortada por cuenta de la Ciudad por restablecer la puente en la misma forma que antes tenia, mas ayudandose la Ciudad de las noticias que pudieran darla los que havian gobernado en los años antecedentes, pudo desengañar a los postores y hacerles entrar en otro conocimiento Y aunque manifestaron otros asentistas reduciendose a sesen-

ta mil escudos y aun despues de algunos dias a treynta y dos mil: reconoció la Ciudad que con menos coste y con mayor satisfacción de la fabrica se la dispondría por si misma administrando y dirigiendosela con los cuidados y advertimiento, la mucha limpieza en el manejo del gasto y en la aplicación continua acia el modelo de la fabrica y trabajo de los laborantes, pues no le faltaban diestros y diligentes artífices para asegurar la dirección y el acierto.

Todo se consiguió con la incesante oficiosidad y asistencia del Sr. D. Juan Jerónimo de Blancas y Angulo Corregidor de Zaragoza, pues con grandes ahorros en el gasto y con no perder de vista la obra, pudo concluirla con admiración, aplauso común y un acierto singular y aun con solo el gasto de diez y ocho mil libras en los primeros de octubre deste mismo año y muy mejorada la fabrica en su calidad y en su forma y disposición.

Aumentose a la fabrica del nuevo Puente el firme y hermoso estribo que se dispuso en la parte contrapuesta de la Ciudad y correspondiente al Convento de Jesús con asientos y pretil de piedra muy labrada, para que se asegurase mas la Puente y para que resistiese los impetuosos embates de el Río, con preservación de aquella rivera y de los fertiles y deliciosos campos y huertos que están muy vecinos. Y en fin para que tuviese el más perfecto y cumplido adorno y lograsen los que gobiernan a Zaragoza la mas entera satisfacción y aplauso de su fabrica.

Tiene esta puente diez y nueve arcadas que se forman cada una de trece gruesos y muy altos maderos hincados veintidós palmos debajo del agua, que sirven de pie y estribo, y de otros de casi igual tamaño que atraviesan de un pie a otro, sostenidos estos de dos órdenes más que salen de los mismos estribos para que ni se cubran los que atraviesan y haya menos tramo y distancia con que el peso que se les carga y el continuo paso de coches, carros y galeras no los quebrante. Cada una arcada tiene cincuenta palmos de hueco y desahogo para la corriente de el agua. Y la puente tiene de larga mil y cincuenta y cuatro palmos que son ocho cientos y quarenta pies y treynta y dos palmos de ancho.

Cierralo una Valla o barandilla también de madera con remates de firme talla y vestida y adornada con el artificio Betun de varios permanentes colores que aseguranos su precisa y vistosa firmeza, y está con nivel allanado al piso y tirada con cordel su longitud. Forma su entrada por la Ciudad una casa o torreón fundado sobre un arco con cuyas puertas se niega o facilita la entrada por los Ministros

que allí asisten de la Ciudad, y por la otra parte un Revellón de piedra con sus almenas y bancos que abren y se retiran de la línea que forma la valla o barandilla de el Puente, tomando principio de dos pilastras de piedra negra que las coronan otros dos leones tallados en la misma dureza incomparable de la materia.

Paraincar los muy largos y corpulentos maderos que sirven de pie y sustentan el Puente, se calzan primero con unas basas de yerro templado que rematan en punta de acero para que sin embotarse puedan introducirse, penetrando qualquiera peñasco que encuentre cuya introducción se hace poniendo derecho el madero y teniendo una pesadísima maza que pendiente de un muy ligero artificio la suben veinte forzudos hombres con otras tantas maromas para que cayga perpendicularmente sobre la caveza del madero que se inca; y a sus repetidos violentos golpes se va introduciendo lentamente hasta que llegue a la medida que se tiene proporcionada para su estabilidad y firmeza.

Tan hermosa y grande es esta Puente, que puede competir con la de Londres sobre el Tamesis; con la de la ciudad de Bressa de Sajonia sobre el Albino, con la de Praga en Bohemia sobre el río Moldavia y con la que Trajano puso sobre el Danubio en los confines de la Ungria con la Bulgaria que son los puentes más celebrados de Europa, aunque estos por ser de piedra tienen más elevación y ensanche pues el de Londres se desaparece con las muchas casas, tiendas y aun plazas que se han formado sobre la Puente, mas no tiene sino veynte arcadas, según dice el mismo autor. Ni el que mandó fabricar Trajano en el puerto referido no tiene más que otras diez y nueve arcadas, como éste, aunque cada una de aquéllas es de ciento setenta pies de ancha, y ciento y cinquenta de alta, y cada estríbo o pila sesenta de grueso.

Vemos, pues, a esta Puente de Madera que compite con las mas celebradas de Europa, así por su grandeza como por la preciosa forma con que se halla construida. Y debemos aplicar a Zaragoza y a la muy acertada dirección de esta fabrica, lo que Valerio Máximo dice de el célebre arsenal o armamentario de Atenas: "*Gloriantur Athenæ armamentario suo; nec sine causa est. Est enim illud opus et impensa et elegantia vissendum*".

Concluida y perficionada la Puente, se suspendio la libertad de su tránsito hasta que tuviese la bendición de la Iglesia, y se arrogó a S. Antonio de Padua su protección, con el motivo de haberse dado principio a la fabrica en su

día de el año 1713, a cuyo feliz augurio corresponde ya el pronto y celebrado acierto de su construcción, y con este titular estará sin duda bien defendida y preservada la Puente, para su mayor estabilidad y permanencia; pues a quien ceden los mares, con más razón se le sujetarán los ríos. Hizose asimismo en su día de el año 1714, una Procesión general, para bendecir la Puente, llevando en ella una estatua de el Santo, de marmol, cuya función se dirigió al Convento de Jesús, de el Orden de S. Francisco, y al pasar o poner el pie en la nueva Puente, el Preste la bendixo, con la Oración del Ceremonial Romano, y con grande ternura, gozo y consuelo del innumerable concurso que asistió. Y al volver del referido Convento, en que se celebró misa, se colocó la estatua de S. Antonio de Padua en un nicho muy primoroso y adornado, que se le había dispuesto en el atrio que forma la Puerta de la Puente; y se volvió la Procesión a la Sta. Metropolitana Iglesia de donde había salido para executar esta función.

Escribió esta Noticia el B. D. Diego Franco de Villalva, Abogado ordinario de la Ciudad de Zaragoza y por encargo de la misma.

Figura en nuestro Museo arqueológico una larga inscripción, tallada en piedra, relativa a este asunto, la cual copiamos a continuación.

Inscripción sobre gran piedra caliza, relativa al incendio y reparación del antiguo puente de tablas de la Ciudad. Siglo XVIII. — Depósito del Excmo. Ayuntamiento. — Dice así:

Año de MDCCXIII día XIX de febrero entre diez y once horas de la | mañana se prendió fuego en el puente antiguo y se quemó todo en | siete quartos de hora; se dió principio á la nueva fabrica de este pu | ente el día XIII del mes de Junio y se concluyó el día primero del | mes de Noviembre del mismo año: gobernando esta ciudad los muy | ilustres señores D. Juan Geronimo de Blancas, Corregidor por S. M. de Zaragoza | za y su partido, y el Conde de Bureta, el Barón de Letosa, el Conde de | Atarés, el Marques de Campo Real, el Marques de Villa Segura, el Marques de Tosos, el Marques de Lierda, D. Joseph Ferrer de Val | enzuela, D. Melchor de Alegre y Lerma, D. Jaime Feliz Mez | quita, D. Gaspar Ximenez del Corral, D. Bruno de la Balsa y Campi, D. Gaspar de Segobia, D. Antonio Perez de Nuevos y Abarca, D. Baltasar de

Nuevos, D. Joseph Torrero y Altarriba, D. Geronimo Royo Torrellas, | D. Martin de Altarriba y Exea, D. Joseph de Chueca, D. Manuel de las | Foyas Martinez de Aizpurn D. Joseph Ballabriga y Coscon, D. Baltasar | Barutel y Lunna y D. Diego Embid de Moros, regidores de la Ciudad.

Sección Oficial.

La restauración de monumentos.

Era el año 1873. Hallábase España, como ahora, en plena revolución, y lo mismo que ahora había hecho su aparición la clerofobia, amenazando con la destrucción de templos y monumentos.

Las pasiones estaban enardecidas; la escuadra española, sublevada, combatía a Cartagena; el cantonalismo estaba reduciendo a polvo la unidad de la Patria.

Era Presidente de la República española D. Emilio Castelar; Ministro de Fomento, un aragonés, D. Joaquín Gil Berges, de grandes simpatías en Zaragoza.

Los templos caían a impulso de la piqueta revolucionaria. En Zaragoza cayó por entonces el de los PP. Predicadores; era aquél un museo viviente, del cual aun se conserva el gran salón, hoy dedicado a archivo municipal.

Comprendieron aquellos estadistas la gravedad de las circunstancias y dictaron la siguiente disposición, digna de todo encomio. Se ha dado en la reciente "Compilación Legislativa del Tesoro Artístico Nacional"; de manera que aún está vigente el Decreto de D. Joaquín Gil Berges.

Lo ha hecho suyo el actual Gobierno de la República española, y dice así:

"16 diciembre 1875.—Dictando disposiciones para evitar la destrucción o derribo de edificios públicos que, por su mérito artístico o por su valor histórico, deban considerarse como monumentos dignos de ser conservados. Obligaciones y responsabilidades:

Art. 1.º Siempre que por la iniciativa de los Ayuntamientos o Diputaciones provinciales se intente proceder a la destrucción de un edificio público que por su mérito artístico o por su valor histórico deba considerarse como monumento digno de ser conservado, los Gobernadores de provincia suspenderán inmediatamente la ejecución del derribo, dando parte a esta Superioridad. Si los Gobernadores no cumplieran esta disposición con la prontitud debida, las Comisiones

de Monumentos, las Academias de Bellas Artes, los Rectores de las Universidades y los Directores de Institutos, estarán facultados para comunicar a esta Superioridad la noticia del proyectado derribo.

Art. 2.º Recibida en esta Superioridad la noticia oficial a que se refiere el artículo anterior, se pedirá informe a las Academias de Bellas Artes de San Fernando, acerca del mérito del monumento amenazado; y en caso de resultar del informe que es merecedor de la conservación, se anulará la orden del derribo acordada por el Ayuntamiento y Diputación provincial.

Art. 3.º Los monumentos derribados con manifiesta infracción de la ley por las Corporaciones populares hasta la fecha de publicación del presente Decreto, que puedan ser reedificados, lo serán a expensas de la Corporación que ordenó su destrucción.

Art. 4.º Los Gobernadores de provincias, la Comisión de Monumentos, las Academias de Bellas Artes de provincia, los Rectores de las Universidades y los Directores de los Institutos, quedan encargados, bajo la más estrecha responsabilidad, del cumplimiento de las disposiciones de este Decreto.

Madrid, 16 de diciembre de 1875.—El Presidente del Gobierno de la República, Emilio Castelar.—El Ministro de Fomento, Joaquín Gil Berges."

Decreto declarando Monumentos histórico-artísticos, pertenecientes al Tesoro Artístico Nacional, los que se indican.

Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes.

("Gaceta" del 4 de junio de 1931).

De conformidad con los informes emitidos por la Junta Superior de Excavaciones y el Comité ejecutivo de la Junta de Patronato para la protección, conservación y acrecentamiento del Tesoro Artístico Nacional, y en virtud de lo dispuesto en el Decreto-ley de 9 de agosto de 1926, el Gobierno provisional de la República, a propuesta del Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, decreta lo siguiente:

Art. 1.º Se declaran monumentos histórico-artísticos,

pertenecientes al Tesoro Artístico nacional, los siguientes:

Siguen varias provincias hasta Zaragoza, que dice:

Catedral de La Seo de Zaragoza.—La Lonja de Zaragoza. Las iglesias de San Pablo, San Miguel y la Magdalena, en Zaragoza.—La Aljafería de Zaragoza.—Baños árabes, en el Coso, de Zaragoza. — La Audiencia de Zaragoza. — Casa de la Maestranza, de Zaragoza.—Despoblados de Palermo y Rocallada, en Caspe.—Ruinas romanas, en Velilla de Ebro.—Ruinas romanas, en Monreal de Ariza.—Ruinas del Cabezo de Alcalá, en Azaila.—Ruinas romanas de Belmonte de Calatayud.—Capilla de los Corporales, en la Magistral de Daroca.—Santo Domingo de Silos y San Miguel, en Daroca.—Recinto murado de Daroca. — Santa Justa, de Maluenda. — Catedral de Tarazona.—San Pedro de Francis, en Calatayud.—Santa María y San Miguel, de Uncastillo.—San Félix, de Torralba de Ribota.—Santa María, de Tobed.—San Martín, de Morata de Jiloca.—Santa María, de Riela.—Santa María, de Tauste.—Santa María, de Utebo.—Colegiata de Caspe.—Castillo de Cetina.—Castillo de Mesones.—Palacio de Epila.—Palacio de Illueca.—Iglesia de Ejea.

Art. 2.º Se declaran igualmente como comprendidos en esta relación los Palacios y Jardines que pertenecieron al Patrimonio de la Corona, hayan sido o no entregados a los Ayuntamientos respectivos.

Dado en Madrid, a tres de junio de mil novecientos treinta y uno.—El Presidente del Gobierno provisional de la República, Niceto Alcalá-Zamora y Torres.—El Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, Marcelino Domingo y Sanjuán.

Bibliográficas.

Las Prioras de Sijena.

Se ha puesto a la venta en las principales librerías un precioso opúsculo, acerca del cual debemos llamar la atención de nuestros lectores: "Las Prioras de Sijena.—Doña Josefa de Salas y Azara (priora núm. 65)", por M. de P. Treinta y dos páginas con varios primorosos fotograbados: el retrato de la Priora, el Claustro del Monasterio, pinturas murales y el Panteón real. La cubierta ostenta el blasón prioral, dibujo a pluma de los Hermanos Albareda.

El opúsculo, en sus relaciones históricas, artísticas y religiosas, encierra particular interés.

Las Prioras de Sijena fueron en otro tiempo verdaderas Reinas de extenso territorio, cuya repoblación llevaron a cabo en la Edad Media, educando a los pueblos, desenvolviendo su riqueza, creando páginas artísticas admirables y dando fueros y libertades a sus administrados. Bajo sus humildes y blancas tocas, supieron aplicar constituciones harto más sabias que las que suelen formular nuestros políticos modernos. La costumbre, la equidad y la caridad fueron sus directrices, y apoyadas en ellas, podían desafiar las vicisitudes de los tiempos y resolver la gravísima cuestión social de entonces, no menos terrible que la de nuestros tiempos.

Es de alto interés, sobre todo para Aragón, el priorologio de Sijena; en él se encierra una gran parte de nuestra historia. La de Doña Josefa de Salas y Azara es moderna, pero de grandes enseñanzas en la restauración de todas las cosas en Cristo.

Se ha publicado también la biografía de Doña Matilde Ferrer, aragonesa también, ilustre por sus grandes virtudes y acendrada piedad.

